Gustau Nerín

Colonialismo e imperialismo

La grandeza perdida y el derribo de sus monumentos

Shackleton books

COLONIALISMO E IMPERIALISMO

COLONIALISMO E IMPERIALISMO

Entre el derribo de monumentos y la
nostalgia por la grandeza perdida

GUSTAU NERÍN

Shackleton
—books—

Colonialismo e imperialismo
© Gustau Nerín, 2017
© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2022

Shackleton
—books—

@Shackletonbooks
www.shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S.L.
Diseño de cubierta: Pau Taverna
Diseño y maquetación (edición papel): Kira Riera
Conversión a ebook: Iglú ebooks
© Cartografía de los apéndices: Geotec
© Ilustraciones y fotografías: todas las imágenes son de dominio público a excepción de las de The History Collection / Alamy Stock Photo (p. 37), CC BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 39), Andrew0921, CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 108), Tubs, CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 113), ReinerausH, CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 143), Pacha J. Willka, CC-BY-SA 3.0 / Wikimedia Commons (p. 158). Icons by Icons8.

ISBN: 978-84-1361-146-4

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice de contenido

Introducción
Las motivaciones del colonialismo ~ 1850-1950 ~
- ¿Todo por dinero?
- Por la patria, la civilización y Dios
- La ciencia y la técnica del imperialismo
- Conocer el mundo para dominarlo

Asia colonizada ~ Siglos XIX y XX ~
- El mundo árabe: de los otomanos a la sumisión
- La India: la joya de la Corona
- El Asia británica
- Holanda, la potencia asiática
- La expansión rusa
- El Oriente francés
- Asia: el imperio menor español
- China bajo control exterior
- Del Japón dominado al imperial
- Los conflictos de la descolonización

El fin de la soberanía africana ~ 1884-1970 ~
- Francia cruza el Mediterráneo
- África Occidental: la gran colonia francesa
- Francia en África Central
- Yibuti y Madagascar
- La vertical británica
- Las colonias británicas en África Occidental
- El sueño de Bismarck
- Italia: la nueva Roma de Mussolini
- El Congo: la finca del rey de Bélgica
- Portugal: primero y último
- España: impotencia colonial

Oceanía colonizada ~ 1788-1992 ~
- El colonialismo inglés en Australia
- Australia: del oro al autogobierno
- Colonialismo inglés en Nueva Zelanda
- Los ingleses en el Pacífico
- Francia en Oceanía

El lago español
Los otros colonialismos
El continente menos descolonizado
Sociedades colonizadas, sociedades nuevas ~ Siglo XX ~
La herencia: el Estado
El etnocidio
Producir para el mercado
No hay imperio que dure mil años
Construir España desde el colonialismo: desastre después del desastre
Tanteos imperiales en el siglo XIX
Un diminuto imperio africano
El imperio franquista
Abandonar África, sin querer abandonarla
La otra memoria colonial española
Revisar el colonialismo, en el siglo XXI
Disculpas de Estado y reparaciones
España, en la cola
Apéndices

Introducción

El mundo en que vivimos hoy en día es un mundo globalizado: una operación financiera en Singapur puede tener consecuencias fatídicas para los inversores de Montana, una mina del Congo explotada con medios rudimentarios puede ofrecer el coltán para los aparatos tecnológicamente más avanzados, un cualificado experto que trabaja en una multinacional de Silicon Valley puede haber nacido en uno de los países menos desarrollados del mundo…

Esta globalización bajo las pautas del capitalismo surgido en Occidente no hubiera sido posible sin el colonialismo. Puede decirse que este se remonta, como mínimo, al siglo XV, cuando los portugueses se lanzaron a explorar los océanos. Pero también hay autores que encuentran antecedentes anteriores: en las cruzadas, o incluso en la Reconquista de la península ibérica…

En realidad, la primera gran oleada colonial afectó, básicamente, a amplias zonas de América (no a todo el continente, ya que algunas regiones, como el interior de Norteamérica o la Patagonia, solo caerían en la órbita de Occidente en el siglo XIX). Por lo que respecta al resto de los continentes, en los siglos XV y XVI los europeos solo ocuparon pequeños enclaves en África, Asia y Oceanía, así que la mayoría de los habitantes de estos territorios se mantendrían al margen de las dinámicas coloniales europeas hasta bien entrado el siglo XIX. De hecho, en 1850, la mayor parte de las sociedades de estos tres continentes no estaban sometidas a la tutela occidental.

El punto más álgido de la expansión colonial se produjo entre las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del XX, cuando los europeos se lanzaron a la conquista de grandes extensiones de territorio y sometieron a casi todas las sociedades del mundo a las dinámicas políticas y productivas de Occidente. Se trató de un dominio breve, pues esas grandes áreas de África, Asia y Oceanía solo se mantuvieron bajo el yugo europeo durante algunas décadas, pero tuvo serias consecuencias: Europa aprovechó su poderío sobre el planeta para moldear a muchas sociedades en unas determinadas formas de vida y de producción, aquellas que le resultarían de mayor utilidad en el futuro.

Este libro se centra en el período más potente del imperialismo, el que se desarrolló a partir del siglo XIX (y que tuvo su momento álgido hacia 1870 con la aparición de la «era del imperialismo»). Sus principales escenarios fueron África, Asia y Oceanía, porque América en ese momento ya se había descolonizado. Los objetivos de las metrópolis que protagonizaron esta etapa distaban de los de la primera oleada

colonizadora. La mayoría de las potencias occidentales que culminaron una expansión ultramarina antes del siglo XIX no pretendía afirmar su poder sobre extensos territorios: su prioridad básica era controlar algunos enclaves desde los que les fuera posible monopolizar rutas comerciales o atacar a sus potenciales enemigos.

Por otra parte, a partir del siglo XIX, de forma creciente, los estados fueron desplazando a las compañías privadas como principales agentes del colonialismo: el imperialismo, en su fase más avanzada, no fue un asunto de inversores protegidos por el Estado, sino de los mismos gobiernos, que tomarían la iniciativa en este campo.

En cierta medida, el colonialismo español en América fue lo que más se aproximó al colonialismo europeo del siglo XIX, en el sentido de que fue una iniciativa básicamente estatal, encaminada a la conquista de grandes extensiones. La diferencia fundamental entre el colonialismo español de los siglos XVI, XVII y XVIII, y los colonialismos europeos del XIX radicaba en los recursos disponibles para la colonización. Hasta el siglo XIX, los medios de transporte y las comunicaciones eran muy deficientes, y esto imposibilitó la formación de un imperio estrictamente centralizado dividido entre varios continentes. Para garantizar la gobernabilidad de América, España se vio obligada a establecer virreinatos que tenían una amplia autonomía, muy distintos de las colonias de los siglos XIX y XX, sometidas a un férreo control de la metrópolis. Por otra parte, el potencial bélico de los europeos en los siglos XIX y XX permitió un dominio mucho mayor sobre las poblaciones locales.

Y, pese a todo, el colonialismo estaba condenado, a priori, a su desaparición. La imposición de un dominio exterior sobre cualquier población genera resistencias, y estas acaban siendo costosas, tanto a nivel económico como social, tal y como experimentaron los franceses en Argelia, los ingleses en Kenia, los holandeses en Indonesia… Y a medida que los colonizados iban adquiriendo los conocimientos técnicos de Occidente, su capacidad de resistencia se incrementó. Resultó muy difícil someter a grandes masas de población a partir del momento en que estas ya disponían de sistemas de escritura, armas de fuego, medios de transporte, telecomunicaciones, etc.

En las colonias de poblamiento, aquellas en que la población autóctona había sido sustituida básicamente por ciudadanos occidentales, los procesos descolonizadores fueron muy rápidos y poco traumáticos, pues las metrópolis reconocieron a sus habitantes el derecho de autogobierno. A principios del siglo XX, la mayoría de estas, como Canadá o Sudáfrica, redujeron su dependencia respecto a las metrópolis, aunque mantuvieron distintos grados de vinculación con ellas. En cambio, el proceso fue mucho más tenso en las colonias de explotación, donde no se había producido un proceso de sustitución de población, porque los colonizadores eran mucho más reacios a reconocer los derechos de los colonizados. Pero tras la Segunda Guerra Mundial se hizo evidente que la era del colonialismo terminaba: las resistencias se incrementaron, y el equilibrio geoestratégico se tornó claramente favorable para los partidarios de la autodeterminación de las colonias. El fin del colonialismo solo era cuestión de tiempo, a excepción de unos pocos enclaves que continuarían sometidos.

Este libro se estructura en siete capítulos. El primero se concentra en estudiar los motivos que llevaron a Europa a conquistar el mundo, para lo que incorpora las más recientes discusiones en el campo de la historiografía colonial. Los tres capítulos

siguientes se centran en investigar lo sucedido durante el período colonial en los tres continentes estudiados: Asia, África y Oceanía. Estos tres capítulos se dividen geográficamente y toman como eje de sus subcapítulos a las diferentes metrópolis coloniales. El capítulo quinto está consagrado a los cambios políticos, sociales, económicos y culturales que supusieron las colonizaciones y a la herencia que estas han dejado en los pueblos asiáticos, africanos y oceánicos. El capítulo sexto analiza la relación de la sociedad española con el hecho colonial. Y el último capítulo incluye una reflexión sobre las distintas visiones del colonialismo que perviven en el siglo XXI, tras el auge del movimiento Black Lives Matter.

Las motivaciones del colonialismo

~ 1850-1950 ~

La historia del expansionismo se remonta a tiempos muy lejanos. Tenemos constancia de que lo practicaron los romanos, los mongoles, los vikingos, los aztecas… Pueblos muy distintos se han lanzado en determinado momento a la conquista del mundo, pero no todas las sociedades tuvieron ambiciones coloniales, ni todas dedicaron enormes esfuerzos a la conquista de territorios remotos. Ni siquiera los pueblos europeos tuvieron siempre tales ambiciones, ya que durante siglos conocieron territorios lejanos, pero no se propusieron su conquista. Los portugueses, los ingleses, los franceses y los holandeses se pasaron cuatro siglos comerciando con la costa africana antes de lanzarse a la conquista de este continente en la «carrera por África». ¿Qué llevó a tantos países a acometer simultáneamente, en el siglo XIX, la conquista del mundo? Los historiadores todavía no están completamente de acuerdo en los motivos.

¿Todo por dinero?

Hasta hace algunos años, se creía que la deriva colonial europea tenía su origen en las mismas dinámicas del capitalismo. Se argumentaba que había sido la acumulación primaria de capital creada con la esclavitud y el cultivo de azúcar (así como con la labor de los agricultores que trabajaban en Europa) la que había permitido desarrollar los complejos fabriles del continente en la Segunda Revolución Industrial. A su vez, estos complejos producirían numerosos excedentes que se tratarían de colocar en los mercados exteriores: crear colonias era una forma de obtener mercados cautivos, ya que estas estaban obligadas a comprar las producciones de la metrópolis, lo que suponía una salida segura para la superproducción. Por otra parte, se argumentaba que la ampliación de mercados en las colonias permitía colocar los capitales que tenían difícil salida en Europa. Al fin y al cabo, el capitalismo tiende de forma natural al crecimiento, y parece

obvio que la expansión territorial es una de sus dinámicas.

Buena parte de la documentación disponible apoya aparentemente esta hipótesis. Cuando las naciones europeas se lanzaron a la conquista del mundo, anunciaron que esperaban obtener ingentes beneficios de los territorios que conquistaban. En algunas posesiones, determinadas empresas lograron grandes ganancias (solo cabe citar, como ejemplo, el enriquecimiento del rey Leopoldo II de Bélgica con el Estado Libre del Congo). Las industrias europeas se beneficiaron durante décadas de las materias primas baratas procedentes de las colonias: algodón, azúcar, café, té, cacao, cacahuete, especias, cobre, uranio, petróleo, etc.

Ahora bien, los estudios de los historiadores económicos de los últimos años han tendido a cuestionar o relativizar estos principios. En primer lugar, hubo muchos territorios coloniales en que los costes del mantenimiento de la colonia superaron con creces los beneficios (desde las colonias africanas alemanas hasta el Sahara español). Los sueños de riqueza que impulsaron la colonización en un primer momento no se confirmaron después. De hecho, no fueron tantas las colonias que ofrecieron grandes beneficios. Con el agravante de que buena parte del gasto corría a cargo de entidades públicas y las ganancias recaían en el sector privado. Aunque algunos países europeos, como Portugal, temían que la descolonización supusiera un grave golpe para sus economías, en realidad, los procesos de independencia de Asia, África y Oceanía no pusieron en dificultades a ninguna de las metrópolis. Algunos historiadores opinan que se hubiera podido obtener mayores beneficios de los territorios de ultramar estableciendo acuerdos con las sociedades locales sin necesidad de asumir los altos costes que implicaba la colonización. En realidad, excepto para el caso inglés, las colonias solo ofrecieron una pequeñísima parte de las importaciones que Europa requería para la industrialización y representaron un mercado mínimo para las producciones occidentales.

Por otra parte, los historiadores económicos que han estudiado en detalle las empresas coloniales han constatado que, de media, sus beneficios eran inferiores a los de las empresas situadas en las metrópolis, siempre y cuando se computaran como gastos empresariales los costes asumidos por los Estados colonizadores. Es decir, apuntan que el crecimiento económico hubiera sido mayor si estos capitales se hubiesen invertido en los propios países europeos y no en ultramar. Hay también quienes argumentan que la apuesta de muchos capitales metropolitanos por mercados coloniales simples y poco sofisticados repercutió en una reducción de las inversiones en sectores con más potencial de desarrollo, como la tecnologías. Según estas teorías, pues, la explotación colonial no benefició a las clases populares europeas, sino que, por el contrario, la expansión ultramarina repercutió en beneficios cuantiosos para unos pocos capitalistas.

Aunque los estudios sobre el tema no son concluyentes, cada vez se tiende más a cuestionar que la economía, por sí sola, explique la expansión colonial.

Por la patria, la civilización y Dios

En cambio, en los últimos años los historiadores van otorgando un mayor valor al nacionalismo como uno de los detonantes de la expansión colonial. Sin ninguna duda, la «carrera por África» se produjo por el temor de las potencias europeas a que los países rivales se apoderaran de territorios que dispusieran de recursos estratégicos. Así pues, la espiral colonizadora fue provocada por la entrada en el reparto colonial de nuevos actores que produjeron una reacción en cadena. En realidad, en África, desde la rápida toma de posesión de los territorios en la década de 1880 hasta que se pudo hacer disponible la inversión necesaria para rentabilizar estas conquistas —la *mise en valeur* —, pasaron tres decenios en que la explotación del continente fue muy tímida. Por tanto, la ocupación de los territorios no se tradujo en una inversión inmediata en ellos.

Es importante evaluar también el papel que desempeñó el nacionalismo como aglutinador social o como herramienta de presión de determinados sectores sociales. En este sentido, es obvio que Benito Mussolini usó la conquista de Etiopía como una maniobra para equiparar su régimen a la antigua Roma y así ganarse el favor de los italianos, convencidos de recuperar las grandezas pasadas. También en el caso de la dictadura de Salazar en Portugal, las colonias se equipararon a la quintaesencia de la patria, y al mantener su presencia en ellas el régimen se presentó como el salvador del país. En otros casos, la empresa colonial sirvió como aglutinador social en la metrópolis en momentos de tensión social, así ocurrió en la guerra de África que enfrentó a España con el Reino de Marruecos entre 1859 y 1860.

Tampoco hay que menospreciar el papel determinante que representó en la promoción del colonialismo el Ejército, institución que tenía en el patriotismo uno de sus fundamentos. Algunas de las conquistas territoriales fueron impulsadas por militares que ejercían de administradores coloniales de los territorios vecinos, y que no cesaban de pedir a sus respectivas metrópolis una ampliación de sus respectivas colonias. En otros casos, los choques entre fuerzas coloniales de distintos países no respondían tanto a una planificación de los gobiernos involucrados como a la iniciativa personal de los propios mandos. En la Crisis de Fachoda por el dominio de la cuenca del Nilo, en 1898, el capitán francés Marchand estaba dispuesto a dejarse masacrar por los ingleses con el fin de justificar una ofensiva colonial francesa y lamentó que sus superiores le ordenaran que se retirara de Sudán para evitar un conflicto bélico. Por su parte, los militares africanistas españoles consiguieron continuos ascensos y promociones durante los dieciocho años que duraron las campañas de Marruecos, de 1909 a 1927. A pesar de que el territorio que conquistaron era pequeño y pobre, esta guerra les sirvió para ganar popularidad e incluso como trampolín para hacerse con el poder tras la guerra civil (1936-1939). Y, en Argelia, los militares ultras franceses intentaron frenar la independencia mediante el Putsch de los Generales y la creación de un grupo terrorista: la Organización del Ejército Secreto (OAS).

Además, algunos de los episodios coloniales más crueles no fueron planificados por la metrópolis, sino que fueron el fruto de acciones, a veces improvisadas, de los colonos, que eran los más reticentes a las pretensiones independentistas que ponían en peligro su bienestar personal. La participación de estos fue clave en casos como los crímenes contra aborígenes australianos, las matanzas de Sétif en Argelia en 1945, la masacre de Batepá en Santo Tomé de 1953 y los asesinatos de militantes kanak de

1984, entre otros tantos. Los colonos, conscientes de sus muchos privilegios y de su inmunidad en la práctica, a veces actuaron por su cuenta al margen de las consignas metropolitanas.

La difusión del cristianismo se utilizó con frecuencia para justificar el colonialismo. Las misiones cristianas, por lo general, no obtuvieron buenos resultados allá donde no les respaldaba la presencia amenazadora de un Estado colonialista. En ciertos territorios, como el Congo Belga o Filipinas, los misioneros católicos y protestantes fueron fieles servidores de la autoridad colonial. En algunos casos, los religiosos fueron también responsables de discriminación y graves abusos contra los autóctonos (incluso hubo órdenes religiosas que se negaron a aceptar a «nativos»). En los últimos años se han dado a conocer, por ejemplo, los malos tratos infligidos en los internados religiosos de Australia y Canadá a los niños mestizos, indios o aborígenes, que provocaron una elevadísima mortalidad en estos centros. Aunque se produjeron bastantes denuncias de sacerdotes y pastores sobre los excesos de los colonizadores contra la población, fueron pocos los misioneros cristianos que denunciaron el colonialismo en sí (algunos lo hicieron, como los presbiterianos estadounidenses de Camerún). En muchos casos, los conflictos religiosos o la persecución del cristianismo fueron usados por las potencias coloniales como pretexto para la agresión: así ocurrió en Conchinchina, en Líbano o en China.

La legitimación de la colonización no provenía solo del cristianismo, sino también del etnocentrismo. La mayoría de los occidentales, fuera cual fuera su ideología, pensaban que su cultura era superior a la de los «salvajes» (muchos incluso se creían superiores biológicamente a ellos). Obligar a otros pueblos a someterse al dominio europeo y a adaptar sus formas de vida se llegó a considerar una labor filantrópica. Algunas de las más graves vulneraciones de los derechos humanos de este período se cometieron, precisamente, en nombre de la cultura.

Rudyard Kipling: La carga del hombre blanco

El escritor inglés Rudyard Kipling (1865-1936), Premio Nobel de Literatura en 1907, era un ferviente colonialista: nació y creció en la India, trabajó como periodista en Lahore, hizo viajes por Sudáfrica, publicó obras de temática colonial y siempre se sintió orgulloso de ser ciudadano del Imperio británico.

Aunque mucha gente solo ha conocido a Kipling a través de *El libro de la selva*, una gran novela simplificada por Disney al pasarla a la gran pantalla, una de sus obras más emblemáticas es el poema «La carga del hombre blanco», en el que plantea el supuesto «deber» colonizador que debían asumir los blancos para «servir» a otros pueblos «inferiores».

El poema incluye estos versos:

Llevad la carga del hombre blanco,
Enviad adelante a los mejores de entre vosotros;
Vamos, atad a vuestros hijos al exilio
Para servir a las necesidades de vuestros cautivos;
Para servir, con equipo de combate,

A naciones tumultuosas y salvajes;
Vuestros recién conquistados pueblos,
Mitad demonios y mitad niños.

La ciencia y la técnica del imperialismo

Europa pudo implantar su dominio sobre buena parte del mundo gracias a las tecnologías que aparecieron en el siglo XIX. El barco de vapor permitía viajar con rapidez de un continente a otro y transportar grandes cantidades de hombres o mercancías. Eso posibilitó efectuar los veloces movimientos de tropas que requería el colonialismo, pero también facilitó extraer grandes cantidades de materias primas de las colonias. El transporte aéreo, posteriormente, también ayudaría a reforzar el colonialismo.

El telégrafo, y más tarde el teléfono, fueron esenciales para garantizar el control de los dominios coloniales. Gracias a la circulación rápida de la información entre continentes, se pudieron planificar operaciones militares, maniobras políticas, iniciativas empresariales, etc. Este control de las comunicaciones otorgó a Europa una inmensa ventaja sobre los pueblos colonizados.

Asimismo, la colonización hubiera sido mucho más difícil sin los avances en la medicina. Hasta mediados de siglo XIX, el 60 % de los soldados británicos enviados a la Costa de Oro (la actual Ghana) morían durante los dos años de servicio militar. Gracias a los tratamientos antipalúdicos con quinina, la tasa de supervivencia de los europeos en las zonas tropicales aumentó espectacularmente. Esto permitió enviar grandes contingentes de soldados y de colonos a zonas donde anteriormente no se podía.

Las humanidades también se pusieron al servicio de la colonización: la geografía se usó para reivindicar la necesidad de «espacio vital» para los pueblos europeos; la antropología se inventó para conocer el funcionamiento de las sociedades colonizadas y así dominarlas mejor; la filosofía ofreció argumentos para legitimar la superioridad europea; la historia enalteció las conquistas pasadas y reivindicó la necesidad de repetirlas…

Pero quizá el factor determinante de la expansión europea fue la mejora del potencial bélico occidental: sin los fusiles de repetición, las ametralladoras, la artillería pesada, los bombardeos aéreos y las armas químicas, es posible que Europa no hubiera conseguido nunca dominar África, Asia y Oceanía, o en todo caso su sometimiento hubiera sido mucho más breve.

«Pase lo que pase, nosotros tenemos la ametralladora Maxim y ellos no»

Esta frase, muy popular entre los soldados que luchaban en conflictos coloniales, la incluyó el poeta inglés Hilaire Belloc (1870-1953) en su poema «Sangre» —

Belloc también escribió en una de sus obras: «La fe es Europa y Europa es la fe»—. Los colonialistas sabían que su potencial militar era superior al de los colonizados. Sin embargo, hasta mediados del siglo XIX la superioridad bélica de los europeos no fue tan grande como para aplastar las resistencias de los habitantes de otros continentes, y a los colonizados no les resultaba difícil derrotar a los marinos de paso o a los europeos establecidos en sus costas.

La invención del fusil de repetición, a mediados del siglo XIX, terminó con este equilibrio bélico. Los habitantes de África tenían cientos de miles de fusiles de chispa comprados a los europeos, pero estos no podían compararse con los de repetición, que se cargaban mucho más rápidamente. En la década de 1880, la llegada de las primeras ametralladoras, como la Maxim, terminó de desequilibrar los combates: en numerosas batallas, las filas de guerreros africanos fueron simplemente barridas por las potentes ametralladoras europeas. Y la difusión del barco de vapor facilitó a los ejércitos coloniales crear naves militares móviles con un gran potencial de tiro. Los últimos años del siglo XIX fueron el período álgido del colonialismo, pero también «la era de las cañoneras».

Una embarcación estadounidense carga una Maxim en 1898.

Conocer el mundo para dominarlo

Antes de acometer la colonización del mundo, Europa tuvo que conocer los territorios que dominaría posteriormente. Así, a lo largo del siglo XV y principios del siglo XVI, los europeos lograron explorar las grandes rutas marítimas, además de importantes extensiones de América del Sur y de las costas africanas y asiáticas. Pero buena parte del mundo se mantuvo todavía desconocida para los europeos, que no alcanzaron ciertas zonas interiores porque las sociedades locales se oponían a su penetración (como sucedió en China), o porque no hubo un interés real por conocer estos territorios (como pasó en África).

En el siglo XVII, Holanda, la potencia naval más dinámica de la época, se lanzó a explorar el mundo, especialmente Asia y Oceanía. Lo hacía a la búsqueda de nuevos productos y nuevos mercados, pero sus ansias de conquista fueron muy limitadas. En el siglo XVIII, Francia e Inglaterra tomaron el relevo al frente de las exploraciones. Debido al invento del sextante y el cronómetro, en la década de 1730 la navegación mejoró bastante y se empezó a cartografiar el mundo con mucha más precisión. Gracias a ello,

en este período se consiguió un conocimiento bastante exacto de las islas del Pacífico. Pero estos saberes tardaron mucho en aplicarse a la colonización: durante décadas, estas islas solo fueron frecuentadas por misioneros, mercaderes y buques balleneros que ni querían colonizar, ni tenían capacidad para ello.

Las primeras expediciones europeas por el interior de África no se produjeron hasta finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando Mungo Park descubrió que el río Níger fluía hacia el este. Las exploraciones geográficas en este continente se multiplicaron a partir de 1840, en vísperas de la «carrera por África», gracias al apoyo financiero de los gobiernos y empresas privadas con intereses en este continente, y a la labor de lobby de las Sociedades Geográficas. Estas exploraciones consiguieron penetrar en África, no solo por la tenacidad de los expedicionarios, sino también gracias a los avances militares y a los múltiples recursos que los financiadores ponían a su disposición (a diferencia, por ejemplo, de Mungo Park, que viajó solo y, tras ser asaltado y ser privado incluso de su ropa, siguió adelante sin llevar nada en absoluto). Fueron los años de las grandes expediciones de los ingleses Burton, Speke, Stanley y Livingston, del alemán Nachtigal, de los franceses Brazza y Marchand, y del portugués Serpa Pinto, entre otros. Y aunque no todos estos exploradores eran partidarios de apropiarse de los nuevos territorios, sin duda su labor fue aprovechada para la posterior colonización del continente. No es extraño que durante mucho tiempo la obsesión de los expedicionarios fuera conocer el curso de los ríos y su navegabilidad: se les financiaba para que buscaran vías de penetración para la futura colonización europea.

Con la colonización de África, Asia y Oceanía, los europeos consiguieron el conocimiento de casi todo el mundo. Solo les faltaba el dominio del Ártico y de la Antártida. En estos territorios, el problema no era la resistencia de las sociedades locales, sino la dureza del clima. Hasta principios del siglo XX, los europeos no lograron alcanzar los dos polos; llegaron, por fin, a los últimos rincones del planeta.

Stanley y Kalulu: ¿padre e hijo o amo y esclavo?

El explorador Stanley, en Inglaterra, solía viajar siempre acompañado de un chico negro elegantemente vestido: Kalulu. Algunos se referían a él como su *boy* (criado personal); otros afirmaban que era el hijo adoptivo del explorador.

Los apologistas del explorador argumentan que su relación rompía los esquemas racistas del colonialismo, pero esto no está tan claro. Kalulu, cuando tenía 8 años, fue regalado a Stanley por un traficante de esclavos. Su nombre real era Ndugu M'Hali (El Amigo de Mi Hermano), pero Stanley decidió imponerle un nombre nuevo (Joven Antílope Macho): no reconoció su identidad anterior.

En una ocasión, Kalulu decidió abandonar a Stanley. Este lo capturó y lo tuvo unos días encadenado, lo que demuestra hasta qué punto el explorador se había apropiado del chico africano y no lo trataba como a un hijo. En los encuentros de alta sociedad, en Inglaterra, Kalulu debía interpretar ante los invitados los «bailes tribales» africanos.

Tras la muerte de Kalulu a los trece años, víctima de un accidente, Stanley publicó un libro titulado *Kalulu, Príncipe, Rey y Esclavo* en el que era patente la

sexualización del menor. Hay investigadores que sospechan que Stanley podría haber mantenido una relación pederasta con Kalulu.

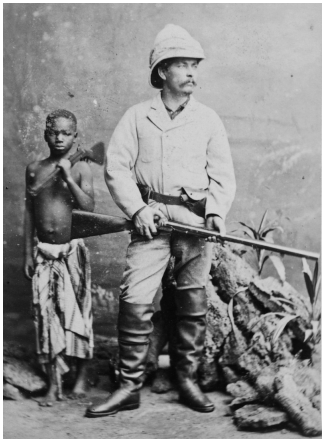


Foto de estudio de 1872 del explorador Henry Morton Stanley con Kalulu, el esclavo africano que le fue regalado en uno de sus viajes por África Central.

Asia colonizada

~ Siglos XIX y XX ~

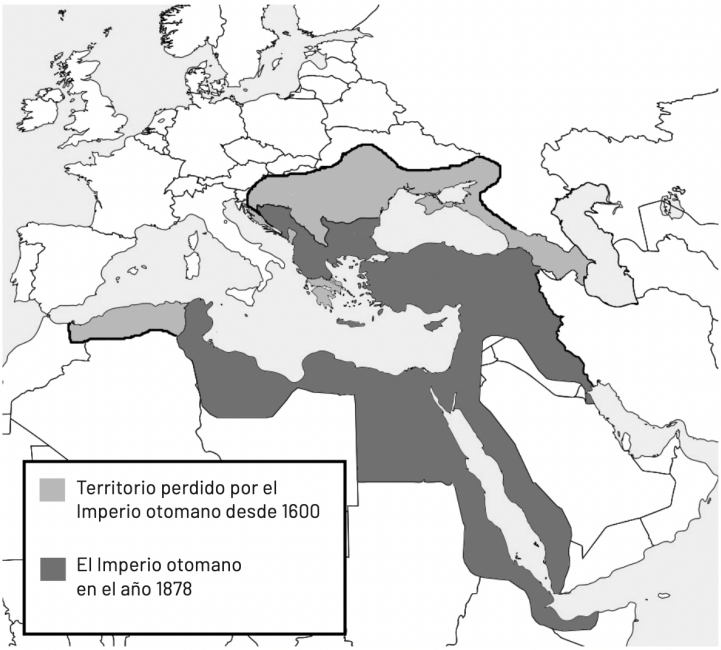
Asia es el continente que históricamente ha mantenido unas relaciones más estrechas con Europa. De hecho, muchas innovaciones técnicas, como la agricultura o la escritura, llegaron al Viejo Continente desde tierras asiáticas. Además, durante siglos, regiones importantes de Europa estuvieron bajo el control de pueblos originarios de Asia, como los árabes, los mongoles y los otomanos. Sin embargo, a partir del siglo XVI, las relaciones entre ambos continentes experimentaron un profundo cambio: Europa comenzó a ejercer una gran influencia en Oriente, hasta que en los siglos XIX y XX los europeos lograron dominar grandes territorios asiáticos.

En algunas de estas zonas, el dominio europeo se ejerció mediante el colonialismo clásico, estableciendo colonias de explotación, con elites europeas que ejercían un control absoluto sobre los autóctonos. En cambio, en China y en Japón el imperialismo europeo se ejerció de modo indirecto, preservando el Estado local, pero debilitándolo al máximo, para hacerlo vulnerable a las presiones externas. En este capítulo veremos los diferentes modelos coloniales que las distintas metrópolis aplicaron en las regiones colonizadas en Asia.

El mundo árabe: de los otomanos a la sumisión

En el siglo XVIII, el Imperio otomano era una gran potencia que controlaba gran parte del mundo árabe e incluso poseía muchos territorios situados en Europa. Era un imperio peculiar, basado en la asimetría, es decir, cada territorio se adaptaba a las elites locales, que tenían derechos y privilegios particulares. Por ello, no era infrecuente que las aristocracias de los distintos territorios, o incluso los jefes de cuerpos militares (como los jenízaros o los mamelucos), se enfrentaran al poder central, conocido como la «Sublime Puerta», y trataran de ampliar el máximo su soberanía. Las potencias

europeas aprovecharon estos conflictos para penetrar en estos territorios y debilitar al rival otomano, que en el siglo XIX ya mostraba signos de decadencia. De esta forma, algunas zonas del Imperio otomano se emanciparon de este antes de la Primera Guerra Mundial: Egipto logró su independencia en 1805, Argelia cayó en manos de los franceses en 1830 y Túnez, en 1881.



El Imperio otomano en 1878. La zona más oscura indica las regiones que se habían desgajado del mismo desde el año 1600 hasta ese momento.

Pese a todo, los otomanos retuvieron buena parte de sus dominios en Oriente Próximo hasta principios del siglo XX. Los rusos, que ya se habían anexionado las costas septentrionales del mar Negro en la guerra de Crimea (1853-1856), intentaron en 1877-1878, en la guerra de Oriente, apoderarse de los Dardanelos para asegurarse una salida al Mediterráneo (oficialmente alegaron que el conflicto fue ocasionado por la custodia de los Santos Lugares). Pero los otomanos lograron frenar a los rusos cuando ya se aproximaban a Estambul gracias al apoyo de Francia, Reino Unido y Cerdeña-Piamonte, que querían detener el creciente poder de Rusia. Aunque los rusos no consiguieron sus objetivos por la intervención occidental, el Imperio otomano salió muy debilitado de este conflicto, al evidenciarse que solo no podría enfrentarse a la poderosa Rusia. Como consecuencia de la guerra, el Imperio otomano perdió sus territorios balcánicos: Rumanía y Serbia se independizarían, Bosnia caería bajo el dominio austrohúngaro…

Un poco antes, en 1854, los franceses habían iniciado la construcción del canal de Suez, lo que fortaleció la presencia de Francia en la región, donde pronto se le reconocería además el papel de defensora de los católicos en el Imperio otomano. Las matanzas de cristianos en Damasco y en Líbano de 1860 facilitaron al Gobierno francés

un pretexto para intervenir militarmente en la zona. Francia pensaba en liberar Siria y Líbano de los otomanos y convertirlos en un protectorado —un territorio con soberanía limitada, con autoridades locales, y bajo control europeo—, pero, finalmente, la intervención del Reino Unido frenó las aspiraciones francesas, aunque París logró conservar un papel predominante en la zona. Por su parte, los ingleses ocuparon Egipto en 1882, aunque hasta mucho más tarde no formalizaron legalmente un protectorado sobre este país. De la misma forma, en 1874 el Reino Unido firmó un tratado de protectorado con Adén, en el mar Rojo, un territorio en el que ya tenía presencia desde 1839.

La situación se complicó aún más para el Imperio cuando, hacia 1890, numerosos judíos europeos empezaron a sumarse al movimiento sionista. Sintiéndose rechazados en muchas zonas de Europa, donde imperaban potentes sentimientos antisemitas, decidieron buscar una patria para su pueblo. Aunque en principio no habían decidido que esta estuviera en Palestina (habían pensado también en Patagonia, Uganda y Madagascar, entre otros lugares), paulatinamente fueron centrando sus esfuerzos en este territorio y algunos judíos de Europa empezaron a instalarse allí, con el consecuente disgusto de los árabes, que temían ser expulsados de sus tierras en caso de consolidarse el nuevo estado.

Italia aprovechó el debilitamiento del Imperio otomano para apoderarse, en 1911, de Tripolitana y Cirenaica. En 1914, los otomanos entraron en la Primera Guerra Mundial al lado de las Potencias Centrales. Inglaterra y Francia rápidamente entraron en combate contra la Sublime Puerta: era la ocasión, no solo de derrotar a su rival bélico, sino también de hacer realidad sus aspiraciones territoriales sobre Oriente Próximo. Para ello, apoyaron el levantamiento de los árabes contra los otomanos (son célebres, por ejemplo, las acciones de Lawrence de Arabia). Mientras tanto, tras la firma del Tratado Sykes-Picot de 1916 se establecieron zonas de influencia en la región. Y al año siguiente, mediante la Declaración Balfour, los británicos se comprometieron a ofrecer un hogar nacional judío en Palestina, en contra de las aspiraciones de los árabes.

En 1920, después de la derrota del Imperio otomano en la Primera Guerra Mundial y de la ocupación aliada de Anatolia, se firmó el Tratado de Sèvres, por el que se repartía el territorio otomano, siguiendo básicamente la distribución fijada en el Tratado Sykes-Picot. Siria y Líbano pasaron a estar bajo soberanía francesa, en tanto que Palestina, Transjordania e Irak quedaron bajo la administración del mandato británico. Aunque los ingleses no promovieron todavía el Estado de Israel, sí que permitieron la emigración de judíos sionistas hacia Palestina.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, la Francia Libre prometió la independencia de Siria y Líbano a cambio del apoyo de estos territorios a las fuerzas aliadas en la contienda. La independencia formal se firmaría en 1943, pero la retirada de las tropas francesas no se haría efectiva hasta 1946.

Tras el fin de la guerra mundial, el Reino Unido se dispuso a independizar sus territorios de Oriente Próximo en respuesta a los acuerdos alcanzados con las elites árabes (solo conservaría enclaves pequeños y estratégicos como Kuwait y Qatar). En 1946 se concedió la independencia a Transjordania, pero la situación en esa región era muy tensa debido a que estaban llegando grandes cantidades de emigrantes judíos,

supervivientes del genocidio, que organizaron un potente movimiento armado para forzar la proclamación del Estado de Israel, al que los árabes se oponían. En mayo de 1948, sin ningún acuerdo cerrado, el Reino Unido declaró el fin de su protectorado sobre Palestina y de inmediato los sionistas proclamaron unilateralmente el Estado de Israel. La maniobra hizo estallar la primera guerra árabe-israelí y abrió un conflicto que todavía no está cerrado.

El general francés Jacques Catroux declara en 1941 el fin del mandato francés en Siria.

El resto de los territorios coloniales británicos en Oriente Próximo se descolonizaron más tardíamente, pues debido al establecimiento de protectorados no hubo grandes movimientos anticoloniales: Kuwait se independizó en 1961, Adén no se descolonizó hasta 1967 y Qatar no obtendría su plena soberanía hasta 1971.

Líbano, el país más diverso

En las zonas montañosas de Monte Líbano convivían tres comunidades minoritarias en Oriente Próximo: maronitas (católicos orientales), musulmanes chiitas y drusos (quienes no son reconocidos como musulmanes por otros grupos islámicos). En los años álgidos del imperialismo, Francia se presentó como la defensora de los maronitas frente al poder central otomano, mientras que el Reino Unido apostó por la causa de los drusos. Las matanzas de cristianos a manos de estos últimos, en 1860, hicieron que Francia enviara un cuerpo militar a la zona y obligara a los otomanos a crear una provincia en Líbano que estuviera dirigida por un cristiano, con un consejo asesor multiétnico y supervisada por los cónsules europeos.

Durante la Primera Guerra Mundial los otomanos persiguieron a los nacionalistas árabes de Líbano. Cuando terminó la guerra, los árabes querían la

independencia, pero Francia obtuvo un mandato de la Sociedad de Naciones como administrador de Gran Líbano, el cual agrupaba a maronitas, sunitas, chiitas, drusos y alauitas. En 1926 se proclamó la República Libanesa, pero Francia la suspendió en 1932. Unos años después, en 1936, el Gobierno francés reconoció la independencia del territorio, pero al no ser ratificada por la Asamblea Nacional francesa se mantuvo su dependencia de París.

En 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, el general Catroux, delegado de la Francia Libre en Oriente Medio, concedió la independencia al territorio, a pesar de las reticencias del gobierno francés en el exilio.

Líbano obtuvo la independencia en 1943.

La India: la joya de la Corona

En 1510, los portugueses situaron bajo su soberanía un enclave de la India, Goa, para servir a sus intereses comerciales y como escala en sus viajes ultramarinos. Más tarde serían imitados por holandeses, franceses e ingleses, que iniciaron un dinámico comercio con la zona. En 1717, el emperador mogol autorizó a los ingleses a instalarse en 38 poblados cerca de Calcuta, y estos los convirtieron en enclaves que en la práctica estaban bajo su soberanía y que contaban con sus propias fuerzas armadas. Durante el siglo XVIII, franceses e ingleses lucharon por imponer su hegemonía en la India, pero fueron los británicos quienes vencieron: en 1764 lograron que el emperador mogol Shah Alam II, que dominaba una parte importante de la India aunque su poder estaba en declive, les reconociera el derecho a administrar la zona de Bengala. Así, el territorio quedó en manos de la Compañía Británica de las Indias Orientales, una gran empresa privada protegida por la Corona.

A partir de Bengala, la Compañía fue incrementando su zona de influencia mediante intrigas y un gran número de guerras. Para gobernar estos extensos territorios los ingleses recurrieron al gobierno indirecto, es decir, llegaban a acuerdos con los maharajás y nababs —los reyes hindúes y musulmanes, respectivamente, de las distintas zonas—, y les aseguraban el reconocimiento de su autoridad y el mantenimiento de sus privilegios a cambio de que acataran su soberanía y estuvieran a su servicio. Los ingleses no solo comerciaban en la India, sino que también utilizaban este territorio como base para reclutar mano de obra destinada a sus otras colonias, lo que llevó a millones de indios a trabajar en distintos puntos del Imperio.

En el siglo XIX, la Corona inglesa fue incrementando sus intromisiones en los asuntos

indios. El viraje decisivo se tomó en 1857, tras la llamada «revuelta de los cipayos» (véase el recuadro «Los cipayos»), que estuvo a punto de derrotar al colonialismo inglés en el país. Ante este fracaso de la Compañía, el Gobierno tomó las riendas del control de la India, la principal colonia británica, la que sería denominada «la joya de la Corona».

La educación británica se expandió a finales de siglo XIX entre las elites indias y las infraestructuras se desplegaron por la colonia. Sin embargo, hubo unas terribles hambrunas porque las políticas económicas coloniales no se orientaban a garantizar el bienestar de los pueblos colonizados, sino a servir los intereses económicos de la metrópolis. Más de veinte millones de indios murieron por la escasez de alimentos del período colonial; pese a todo, la población de la India no dejó de crecer.

Los cipayos

El Ejército británico jamás hubiera podido dominar un país tan extenso y tan poblado como la India sin la colaboración de áscaris (tropas nativas de los países colonizados). En la India británica, estas tropas tomaron el nombre de «cipayos». Tenían unidades propias, aunque los mandos siempre eran ingleses. En 1857 había 250 000 cipayos, y muchos de ellos estaban descontentos con sus condiciones laborales. La tensión estalló cuando se les dotó con unos nuevos cartuchos que estaban cubiertos por una membrana engrasada que se solía romper con los dientes. Al correrse el rumor de que se trataba de grasa de cerdo (prohibida a los musulmanes) o de vaca (prohibida a los hindúes), se generó una gran revuelta entre los cipayos que derivó en una escalada de violencia contra los europeos en la que participaron distintos sectores de la sociedad india. El alcance de esta rebelión llegó a poner en peligro el domino inglés sobre la India.

Un cipayo de principios del siglo XX, miembro del Ejército británico de la India.

Para someter a los cipayos, los británicos no tuvieron más remedio que recurrir a otras tropas autóctonas: los sijs del Punjab y los gurkas de Nepal. Todavía hoy, el Ejército británico cuenta con unidades de elite compuestas exclusivamente por gurkas.

Ya a finales del siglo XIX apareció en la zona un nacionalismo moderno, que se oponía al dominio británico y cuyo máximo exponente político era el Congreso Nacional Indio, que se pretendía interconfesional. Pero también había un nacionalismo claramente segregado por comunidades religiosas, que movilizaba a musulmanes por una parte, a hindúes por la otra y a los sijs separadamente de los anteriores. El Gobierno inglés reaccionó con lentitud ante las reivindicaciones de los autóctonos: se limitó a incorporar a algunos indios en instituciones consultivas, sin ningún poder real.

En la Primera Guerra Mundial, los indios colaboraron decisivamente en el esfuerzo de guerra inglés, y la necesidad de recompensar este apoyo obligó a modificar las políticas coloniales. En 1919, la Corona admitió la creación de una cámara legislativa votada e integrada por indios, aunque subordinada a los gobernadores ingleses. Pero esto no bastó para los nacionalistas: mientras algunos apostaron por la lucha armada, otros, liderados por Mahatma Gandhi, se enfrentaron al colonialismo con métodos no violentos. Las protestas pacíficas masivas de los indios tuvieron un fuerte impacto internacional y obligaron al Gobierno inglés a cuestionarse sus métodos coloniales.

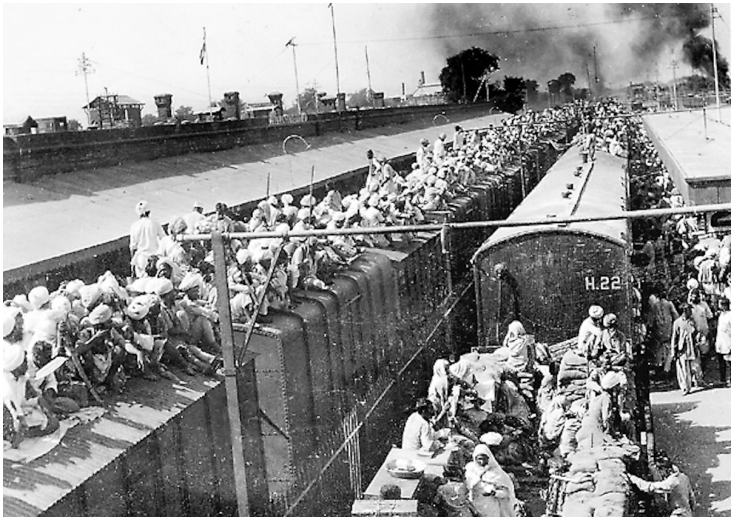
En 1935, el Reino Unido se vio obligado a aprobar la Ley de Gobierno de la India, que ofrecía mayores niveles de autogobierno para la colonia mediante un incremento de

las competencias de las asambleas locales. Por esta misma ley se redujo el poder de los nababs y los maharajás, y se les sometió al poder de las asambleas, que eran escogidas por voto directo. No obstante, el efecto de esta ley fue muy limitado, porque los administradores coloniales mantuvieron sus amplios poderes.

En el marco de la Segunda Guerra Mundial, la India declaró la guerra a Alemania en septiembre de 1939, y más de dos millones de soldados de esta colonia fueron enviados a luchar en los distintos campos de batalla (de Egipto a Birmania, pasando por Normandía). Además, las aportaciones económicas de la colonia fueron esenciales para ayudar al Reino Unido en la contienda. Sin embargo, los nacionalistas indios no estaban de acuerdo en luchar en una guerra por la libertad si esta no incluía también la liberación de la India. Por ello, el Congreso Nacional Indio pidió a sus seguidores que no colaboraran con el Ejército inglés hasta la independencia del territorio y organizaron grandes protestas contra los ocupantes, muchas de ellas no violentas. Tremendamente irritados, los británicos reaccionaron con extrema dureza: consideraron las movilizaciones como alta traición y encarcelaron a decenas de miles de nacionalistas (en cambio, no molestaron a los miembros de la Liga Musulmana porque habían colaborado con el Ejército británico).

El fin de la Segunda Guerra Mundial reforzó a los nacionalistas, ya que muchos de los soldados indios que habían luchado en los diferentes frentes se sumaron, al volver a su país, al movimiento por la autodeterminación. En 1946 se multiplicaron los motines, que fueron rápidamente reprimidos. Cuando se celebraron elecciones, el Congreso las ganó en la mayoría de las provincias, y el Gobierno laborista tuvo que ceder ante las reivindicaciones indias: prometió que antes de junio de 1948 otorgaría la independencia a la colonia.

Pero el proceso descolonizador fue muy violento. La Liga Musulmana pedía que se dividiera la India y que se cediera una parte a los musulmanes; esta petición pronto derivó en episodios de violencia comunitaria terriblemente sangrientos. Más de diez millones de hindúes, musulmanes y sijs fueron expulsados de sus casas y centenares de miles murieron. Finalmente, en 1947 se acordó la independencia por separado de la Unión India y del Dominio de Pakistán.



Trenes llenos de refugiados musulmanes e hindúes se cruzan durante los disturbios por la partición de la India.

El Asia británica

El Reino Unido afianzó su influencia en la India en unos momentos en que el vecino Reino de Birmania estaba en plena expansión conquistando las zonas fronterizas con Bengala y enviando riadas de refugiados hacia la colonia inglesa. A fin de detener esta expansión, en 1826, los ingleses ocuparon diversas zonas birmanas fronterizas con la India. En una segunda guerra, en 1852, invadieron más territorios, y en 1886, tras un año de combates, se anexionaron todo el Reino de Birmania, que fue incorporado administrativamente a la India británica.

El temor del Reino Unido a la presencia de Francia en la zona le había llevado a ocupar otros territorios estratégicos de la región. En 1796 tomó Ceilán y las Molucas. En 1810, durante las guerras napoleónicas, ocupó numerosas posesiones holandesas, como Batavia y Timor. En 1819, los ingleses se instalaron en Singapur, un puerto cuya ubicación era fundamental, pues permitía el control del estrecho de Malaca y de buena parte de las rutas comerciales con el este de Asia. En 1826 tomaron Malasia y en 1841, con el pretexto de luchar contra la piratería, instauraron un protectorado sobre el norte de Borneo.

Las fuerzas inglesas también trataron de incrementar su influencia en Afganistán y en Irán. Así, en la década de 1840, la Compañía Británica de las Indias Orientales, desde su feudo de Bengala realizó diversas incursiones en Afganistán para tratar de frenar la creciente presencia rusa en este territorio. Si bien hubo una sublevación popular que derrotó a las fuerzas inglesas en 1847, las injerencias rusas y británicas no cesaron y el territorio controlado por la monarquía se fue reduciendo. Hasta que finalmente, en 1893, el emir afgano Abdur Rahman Kan llegó a un acuerdo con los ingleses para delimitar unas nuevas y más reducidas fronteras para el país. También en esas fechas se vio

obligado a aceptar el protectorado británico, aunque Afganistán sería de los países más rebeldes a la colonización y sus habitantes protagonizarían diversas insurrecciones. En 1915, durante la Primera Guerra Mundial, pese a las presiones populares proturcas, el monarca Habibullah alcanzó un acuerdo con los británicos por el que se mantendría neutral en el conflicto a cambio de que se reconociera la independencia del país tras su fin. Pero, al acabar la guerra, el Reino Unido se negó a ofrecer el autogobierno y el rey Amanulá, hijo de Habibullah, proclamó la independencia. Tras ser derrotado en una dura guerra que estalló en 1919, el Reino Unido se vio obligado a reconocer la independencia afgana. Poco después, a fin de evitar una nueva injerencia británica, Amanulá se apresuró a firmar un tratado de cooperación con la recién fundada URSS.

Irán también estaba sometido a presiones del Reino Unido, que se había apoderado de algunos enclaves de la costa, así como de Rusia, que en el siglo XIX tomó algunas regiones septentrionales de su territorio. El descubrimiento de petróleo en 1908 facilitó un acuerdo ruso-británico para repartirse Irán en zonas de influencia. De esta manera, durante la Primera Guerra Mundial el país fue ocupado por británicos, otomanos y rusos, y en 1917 los ingleses trataron de establecer un protectorado sobre Irán, pero no lo consiguieron debido a los complejos equilibrios geoestratégicos de la época. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial, rusos y británicos volvieron a ocupar Irán.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Malasia, Singapur y buena parte de Birmania fueron ocupados por los japoneses, que se presentaban como aliados de los pueblos asiáticos frente a la dominación europea. En Birmania contaron con el apoyo de los nacionalistas del Ejército Independiente Birmano, dirigido por Aung San. Pero este quedó muy desilusionado por la actitud de los japoneses, por ello obtuvo la colaboración de los Aliados para preparar una revuelta antijaponesa en marzo de 1945. Así, los británicos recuperaron el control de Birmania, pero de inmediato se iniciaron negociaciones para declarar su independencia. El Reino Unido quería otorgar la soberanía rápidamente a los sectores nacionalistas moderados para evitar que los comunistas tomaran el poder, y en 1948 reconoció la independencia del país.

También en Malasia la ocupación por parte de Japón potenció el nacionalismo. Pero, en este caso, la lucha contra los japoneses fue liderada por los comunistas. Cuando terminó la guerra mundial, los británicos intervinieron con dureza para recuperar el control del país y derrotar a los comunistas, en la denominada «Emergencia Malaya», que duró más de una década. Los británicos solo reconocerían la independencia de la Federación Malaya en 1957.

En Singapur, la ocupación japonesa produjo un deterioro de la imagen del Reino Unido y el movimiento nacionalista se hizo fuerte. Como los grupos anticolonialistas eran liderados por los comunistas, el Reino Unido y las facciones conservadoras de Singapur se mostraron hostiles a la independencia. En 1955 se dio una autonomía parcial al territorio. Finalmente, en 1963 Singapur llegó a la plena independencia en el seno de la Federación de Malasia, de la que salió en 1965.

Holanda, la potencia asiática

Holanda, a pesar de su pequeño tamaño, también fue una potente metrópolis colonial. En América creó una importante colonia en Surinam y tuvo una presencia determinante en algunas pequeñas islas del Caribe (Aruba, Curaçao, Saba…); en África creó la colonia del Cabo, pero también tuvo factorías en muchas zonas costeras y en algunos momentos llegó a controlar Angola. Aunque la colonia más estratégica para Holanda fue la de las Indias Orientales, la actual Indonesia.

Escena en el centro de Batavia, la capital de la colonia holandesa, actual Jakarta, en 1682.

En 1602 se creó la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (VOC), una iniciativa que agrupaba a numerosos inversores y que obtuvo una concesión oficial del Gobierno para controlar posesiones exteriores. La VOC se lanzó a la conquista de Indonesia, y gracias a su potencial naval y financiero, logró expulsar de la zona a los portugueses, los primeros en instalarse allí. Esta compañía consiguió controlar territorios inmensos con una política de gobierno indirecto: los holandeses permitían que las autoridades tradicionales se mantuvieran en sus puestos y conservaran sus normas consuetudinarias a cambio de que se sometieran a los intereses económicos de la Compañía. La VOC intervino en los conflictos armados entre poderes locales, a veces como mediadora, a veces como aliada de algún contendiente, de tal forma que mediante coaliciones fue consolidando su posición hegemónica en esta zona que abarcaba miles de islas.

Aunque la influencia económica de Holanda era muy fuerte en el conjunto de Indonesia, el dominio político de la VOC solo se ejercía sobre unos pocos territorios, como Java (donde estaba la capital de la colonia, Batavia, la actual Jakarta) o Ambon, la mayor isla de las Molucas. Durante siglos, Indonesia fue una próspera colonia comercial holandesa. Muchos de los productos orientales llegaban a Europa a través de Batavia, por lo que los holandeses se convirtieron en la gran potencia comercial de la

zona.

El Gobierno holandés tomó el control de estos territorios en 1796, retirándole las competencias a la VOC (que quebró dos años más tarde, al perder sus recursos básicos). Como el Gobierno no quería mantener Indonesia solo como una colonia comercial, intentó poner en marcha iniciativas de carácter agrícola, por lo que abandonó las políticas de gobierno indirecto y aplicó medidas estrictas de control de la población. Por ejemplo, obligó a los indonesios a implicarse en la construcción de la carretera que cruzaba el norte de Java y miles de trabajadores forzados murieron. La agresiva nueva política de los holandeses generó muchas protestas: algunos de los dirigentes locales que habían colaborado con la VOC chocaron frontalmente con los funcionarios que habían tomado el poder de la colonia. Las resistencias se multiplicarían.

Posteriormente, las guerras napoleónicas supusieron un interludio en el dominio holandés de las Indias Orientales, pues durante un tiempo pasaron a estar bajo la tutela de Francia y más tarde los ingleses se apoderaron de ellas, aunque le fueron devueltas a Holanda tras el fin del conflicto.

En 1825, el príncipe Diponegoro, que controlaba una amplia región en el centro de Java, se levantó contra los holandeses, primero con un ejército regular y más tarde utilizando técnicas de guerrilla: fue la llamada guerra de Java, que duró hasta 1830 y que provocó alrededor de 200 000 muertes. El Ejército holandés tuvo tantas bajas que se vio obligado a reclutar tropas africanas en la Costa de Oro para completar sus unidades militares. Holanda consiguió terminar la guerra cuando capturó a Diponegoro mediante una traición.

La victoria holandesa en la guerra de Java dejó bien claro a los indonesios que cualquier resistencia militar contra Holanda estaba condenada al fracaso. Gracias a ello, en 1830 los holandeses pudieron implantar un sistema de cultivos forzados: cada pueblo debía reservar para el Gobierno colonial el 20 % de su tierra cultivable y producir cultivos destinados a la exportación, en caso contrario, sus campesinos debían trabajar cada año sesenta días al servicio del Gobierno. Indonesia se convirtió en una colonia especializada en la producción de azúcar, pimienta, tabaco, café, índigo, canela y té.

Los años finales del siglo XIX fueron en esa región, como en buena parte del mundo, tiempos de expansión colonial. Los holandeses decidieron anexionarse el sultanato de Aceh, en el norte de la isla de Sumatra, uno de los principales productores de pimienta del mundo. El sultanato había sido su aliado durante centurias y la anexión resultó un proceso muy difícil porque los habitantes de la zona se resistieron a someterse. La guerra estalló en 1873 y hasta 1904 los holandeses no consiguieron controlar este territorio: en los combates murieron unas 100 000 personas.

En este período se intensificó la explotación de los indonesios a manos del Gobierno, las compañías y los colonos holandeses. Para mantener este sistema económico, se instauró un régimen legal de sumisión de los «nativos», con unos privilegios reducidos para los orientales extranjeros (como los chinos). No obstante, debido a la gran extensión de la colonia y a la falta de personal europeo para explotarla y controlarla, los holandeses se vieron impelidos a privilegiar a algunos «nativos», especialmente a la minoría de mulatos «indoeuropeos». Hasta 1901, el Gobierno holandés no empezó a suministrar servicios sanitarios y educativos a la población local, y nunca se difundió la

lengua holandesa ni el cristianismo entre el conjunto de indonesios.

A principios del siglo XX empezó a surgir en Indonesia un movimiento nacionalista, que en muchos casos utilizaba el islam como bandera. Holanda reprimió duramente este movimiento y detuvo a algunos de sus líderes, entre ellos el futuro primer presidente de la República de Indonesia, Sukarno. Fue tras la Primera Guerra Mundial cuando apareció un potente movimiento comunista que también rechazaba el colonialismo.

Las fuerzas japonesas se lanzaron a la invasión de Indonesia a finales de 1941, contando con los nacionalistas indonesios como aliados. Pero la relación entre los indonesios y los japoneses pronto se degradó por la represión, los crímenes de guerra, el reclutamiento de trabajadores forzados y el uso de mujeres indonesias como esclavas sexuales para los soldados nipones. Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, Japón trató de negociar con Sukarno y otros líderes indonesios la emancipación de la antigua colonia holandesa. Pero Japón se rindió antes de ratificar ningún acuerdo, y los nacionalistas proclamaron la independencia de forma unilateral en agosto de 1945. Para enfrentarse a los holandeses aprovecharon las armas que les habían entregado las fuerzas japonesas que se rendían.

Miles de europeos fueron muertos por las acciones de los guerrilleros nacionalistas. El Gobierno holandés, con apoyo británico, trató de recuperar el control del territorio. Y aunque logró ocupar muchas zonas, no consiguió eliminar los focos de resistencia. Mientras tanto, en la ONU llovieron las críticas contra los holandeses. Finalmente, en diciembre de 1949, los Países Bajos se vieron obligados a conceder la independencia a Indonesia. Sukarno, el líder del Partido Nacional Indonesio, que había sido la formación más votada, accedió a la presidencia del país.

La expansión rusa

El principado de Moscú empezó a extenderse en el siglo XIV y alcanzó el mar Caspio y atravesó los Urales por su zona norte a finales del XVI. Pero la gran expansión de Rusia hacia el este se produjo en el siglo XVII, de manera que en 1639 los rusos ya alcanzaban la costa del Pacífico, donde no encontraron resistencias sólidas por la escasa densidad de población de las estepas siberianas. De esta forma, lograron monopolizar el comercio de pieles en Siberia, y también consiguieron mantener el control de la Ruta de la Seda (ya en plena decadencia en esos momentos). En 1741, Vitus Bering descubrió Alaska y los rusos se instalaron en la costa de este territorio (que se vendería a Estados Unidos en 1867). Pero la colonización rusa de Siberia en esos tiempos no fue muy intensa, porque pocos colonos se desplazaron hacia los territorios ocupados. En el siglo XVIII, Rusia, aunque lo intentó, no consiguió ocupar los territorios de Asia Central, poblados básicamente por uzbekos, kazajos, kirguises y turkmenos, ya que las sociedades de la zona, mucho más densamente pobladas que las situadas en Siberia y con mayor capacidad militar, se negaron a someterse. Los rusos tampoco lograron imponerse a los iraníes, que tenían un Estado fuerte, ni a los turbulentos pueblos del Cáucaso, poco predispuestos a dejarse someter a un dominio militar.

Durante buena parte del siglo XIX, Rusia se centró en consolidar su papel en Europa,

imponiendo su dominio sobre Polonia, Finlandia, Moldavia… No obstante, con su derrota en la guerra de Crimea (1853-1856), Rusia perdió la oportunidad de controlar el estrecho de los Dardanelos y conseguir así una salida al Mediterráneo. Pese a todo, en esos años logró dominar el Cáucaso.

La última fase de la expansión territorial rusa se produjo en tiempos de Alejandro III (zar, 1881-1894). Coincidió con el período de grandes conquistas territoriales inglesas y, en buena parte, fue una respuesta al imperialismo de Londres. Cuando los británicos se lanzaron a la conquista de Asia Central y ocuparon Baluchistán y parte de Pamir, los rusos se apresuraron a colonizar los territorios de Asia Central para delimitar sus zonas de influencia. En cambio, el deseo de Rusia de expandirse por Manchuria y Extremo Oriente chocó con las ambiciones japonesas sobre estos mismos territorios. En la guerra ruso-japonesa (1904-1905), las fuerzas del Imperio ruso sufrieron una derrota sin precedentes a manos del Ejército japonés.

La caída de los zares desencadenó una revuelta contra el dominio de Moscú en muchas zonas periféricas del Imperio ruso. El nuevo poder bolchevique se vio obligado a reconocer la independencia de Finlandia, Letonia, Lituania, Estonia y Polonia, pero se negó a aceptar el autogobierno de otros territorios. El Ejército Rojo combatió la proclamación de la independencia ucraniana de enero de 1918, aunque no logró controlar completamente este país hasta la total derrota de los ejércitos blancos. En el Cáucaso, también proclamaron su independencia en mayo de 1918 Armenia, Georgia y Azerbaiyán, pero las fuerzas soviéticas consiguieron recuperarlos mediante una gran campaña militar en 1920-1921.

La Unión Soviética anunció a los cuatro vientos que el comunismo había acabado con el colonialismo mediante la proclamación de una serie de repúblicas autónomas que facilitaban la convivencia igualitaria entre los distintos pueblos, lo que confirmaría, argumentaban, las tesis leninistas. Aseguraban, incluso, que se había acabado con la discriminación de los pueblos periféricos, estigmatizados como «salvajes» en tiempos del zarismo. Las nuevas repúblicas respondían aproximadamente a las fronteras étnicas: muchas de ellas tenían nombres de grupos étnicos y eran dirigidas por los miembros de estos. No obstante, todo cuanto sucedía en estas repúblicas dependía del Partido Comunista de la Unión Soviética, con una estructura tremendamente centralizada, por lo que el poder real de las elites locales era escaso. Además, en muchas repúblicas numerosos altos cargos eran ocupados por ciudadanos de etnia rusa.

Stalin, aunque era georgiano, usó el nacionalismo ruso para consolidar la unificación de la URSS. Reforzó su control sobre las etnias minoritarias obligando al desplazamiento de grandes grupos de población de un extremo al otro de la Unión: los coreanos, los cosacos y los alemanes del Volga fueron enviados a miles de kilómetros de sus territorios de origen, en tanto que se organizó el traslado de millones de rusos a los últimos rincones de la URSS. El nacionalismo ruso se atenuó con la desestalinización. Durante las dos últimas décadas del Imperio soviético (1970-1990), las elites locales de las diferentes repúblicas adquirieron mucho poder. Esto facilitó que, en el momento de desaparecer la URSS, los líderes de los partidos comunistas de las diferentes repúblicas se sumaran a las proclamaciones de independencia.

El Oriente francés

A partir de 1668, Francia empezó a establecer enclaves comerciales en la India, los llamados «establecimientos», el principal de los cuales fue Puducherry, con una extensión de 293 km^2. Muchas de estas factorías tuvieron una corta duración, sobre todo a causa de intervenciones británicas. Excepto en algunos momentos muy determinados, estos centros no pretendieron ser un trampolín para conquistas territoriales, sino simples bases para facilitar el comercio francés.

Tras las guerras napoleónicas, el Reino Unido consolidó su influencia en la India, mientras que Francia solo mantuvo cinco establecimientos en plena decadencia: Puducherry, Chandernagor, Karaikal, Mahé y Yanam. Como su papel no era muy relevante, no fueron el objetivo prioritario de los nacionalistas indios. Sin embargo, una vez alcanzada la independencia de la India, el mantenimiento de la soberanía francesa se reveló como imposible, especialmente porque amplios sectores de las poblaciones locales estaban de acuerdo con la incorporación al nuevo estado. Pese a ciertas maniobras dilatorias de Francia, Chandernagor fue anexionada a la India en 1950 y el resto de los territorios en 1954.

Los franceses aspiraban a controlar muchas otras partes del continente asiático, pero finalmente sus esfuerzos coloniales se centraron en Indochina. A partir de la expedición franco-española de 1858, Francia se apoderó de la colonia de Conchinchina. En los años siguientes constituyó su protectorado sobre Annam, Tonkín, Camboya y Laos, y además estableció un dominio sobre el territorio de Kouang-Tchéou-Wan, en el sur de China. Para administrar todas estas zonas creó la Unión Indochina.

En Indochina, los franceses explotaban los recursos minerales y el caucho, pero, además, se dedicaron a potenciar cultivos tradicionales, como el arroz. Los rendimientos de esta colonia fueron muy elevados mediante la sobreexplotación de la población, que trabajaba en condiciones muy duras. Esta situación favoreció el surgimiento de un sentimiento anticolonialista, del que en especial se aprovecharon los comunistas, que se implantaron sólidamente en Vietnam. Aunque durante el período colonial se mantuvieron formalmente las monarquías de Vietnam, Laos y Camboya, el poder de los monarcas se había erosionado mucho.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Indochina se mantuvo fiel a Vichy. Pero esto no evitó que fuera conquistada por los japoneses, que debilitaron la Administración colonial. Cuando Japón capituló, entregaron sus armas a los nacionalistas vietnamitas. De esta forma, la guerrilla comunista del Viet Minh (Liga para la Independencia de Vietnam) logró desafiar a los franceses. Las negociaciones entre estos y los vietnamitas fracasaron y en 1946, al principio de la Guerra Fría, estalló la guerra de Indochina, en la que los vietnamitas contarían con el favor ruso y chino, y los franceses gozarían del apoyo táctico estadounidense.

Dien Bien Phu: el principio del fin de un imperio

La batalla de Dien Bien Phu supuso la mayor derrota francesa en la guerra de

Indochina y provocó la retirada de este país de Vietnam, así como la partición del país. El pueblo de Dien Bien Phu, cerca de la frontera china y laosiana, fue ocupado y fortificado por paracaidistas franceses dirigidos por Christian de Castries en noviembre de 1953. Pretendían convertirlo en un centro para detener la entrada de suministros para el Viet Minh.

Las fuerzas del Viet Minh, dirigidas por Vo Nguyen Giap, transportaron por la selva piezas de artillería desmontadas y prepararon el asedio a la base francesa. Y el 13 de marzo de 1954, por sorpresa, se lanzaron al ataque. Consiguieron destruir los puntos avanzados franceses y el aeropuerto que debía garantizar la llegada de refuerzos a los ocupantes. A pesar de que los galos utilizaron bombardeos masivos, incluso con napalm, no lograron abastecer la posición, que cayó el 7 de mayo. Las fuerzas vietnamitas sufrieron entre 5000 y 8000 muertos y casi 15 000 heridos; los franceses tuvieron 2293 muertos en combate y 5195 heridos; y 11 721 de sus soldados cayeron prisioneros, de los que solo 3290 sobrevivieron al cautiverio.

Christian de Castries, comandante francés en Dien Bien Phu.

La guerra de Indochina se convirtió en uno de los principales desafíos para el Estado francés en ese período. Las fuerzas galas se revelaron incapaces de vencer a la guerrilla comunista, y tras la derrota de Dien Bien Phu, en 1954, el Gobierno de París se vio obligado a firmar los acuerdos de Ginebra con todos los interlocutores implicados en el conflicto. De manera que la descolonización de Indochina se selló así: Laos y Camboya serían independientes, y Vietnam sería repartido entre dos zonas de reagrupamiento militar divididas por el paralelo 17, que posteriormente deberían unificarse. Pero el Gobierno del sur de Vietnam, que no había firmado los acuerdos, no respetó este tratado y desencadenó el inicio de la guerra de Vietnam, a la que Estados Unidos se vería arrastrado.

Asia: el imperio menor español

España, en el siglo XVI, intentó implantarse en diversos puntos de Asia para hacerse con el control de la ruta de las especias. Pero sus esfuerzos se concentraron, sobre todo, en Filipinas.

El primer occidental en tocar territorio filipino fue probablemente Magallanes, que lo hizo en 1521. Varias décadas después, en 1565, se instalaron los primeros asentamientos españoles en ese territorio. En diversos casos, los colonizadores contaron con el apoyo de las poblaciones no musulmanas de la zona, ya que se consideraban amenazadas por la expansión del islam en la región y pensaban que los españoles les serían de ayuda.

En 1571, Legazpi se apoderó de Manila, hecho que provocó la guerra de Castilla, como se llamó al enfrentamiento con el sultanato de Brunéi, un gran imperio musulmán instalado en Borneo que había tenido como vasallo al reino de Manila. Los españoles exigían que los bruneanos renunciaran al proselitismo musulmán en Filipinas y aceptaran la presencia de misioneros católicos en su país. Como el sultán no aceptó, los españoles atacaron Brunéi, pero se vieron obligados a retirarse de allí debido a las bajas por enfermedad y a la resistencia que encontraron.

Los colonizadores españoles tuvieron grandes problemas, de forma recurrente, con la población islámica de Filipinas, a la que llamaban «moros». Precisamente, estos fueron durante siglos los sectores más reacios a la colonización y protagonizaron diversas sublevaciones. Pero en Filipinas, una colonia muy alejada de la metrópolis, los españoles también tuvieron que enfrentarse a ataques de otras potencias: los ingleses incluso ocuparon Manila entre 1762 y 1764.

La campaña de Conchinchina: España al servicio de Francia

En el siglo XVI, España logró un cierto poder en la zona de Camboya. Pero la influencia hispana en la región fue disminuyendo con el tiempo, aunque los misioneros católicos hispanos siguieron presentes allí. En 1857 diversos misioneros españoles y franceses, entre los cuales había un obispo español, fueron asesinados en una masacre de católicos en Annam. Este fue el pretexto utilizado por el emperador Luis Napoleón III para atacar este territorio. Las fuerzas españolas destacadas en Filipinas se sumaron a la acción francesa con tres buques y 1600 hombres; con ello, el Gobierno español pretendía reforzar su alianza con Francia y obtener una vía para enviar a Cuba culíes, obreros asiáticos que eran obligados a trabajar en condiciones de semiesclavitud.

El cuerpo expedicionario franco-español logró apoderarse de Saigón. Pero los jefes militares franceses ordenaron la retirada de las tropas españolas a media campaña. Al fin, en 1832 los annamitas firmaron un tratado de paz con Francia por el que España solo obtuvo algunos privilegios comerciales y una indemnización. En cambio, con este acuerdo, Francia ponía los fundamentos para la colonización de Indochina. España sacaría pocos réditos de esta maniobra imperialista.

La Corona consideraba Filipinas como una extensión de la colonia de Nueva España y por ello las islas dependieron de México hasta 1821. Anualmente, la colonia asiática se comunicaba con América mediante el galeón de Manila, que llevaba productos orientales, como telas, cerámicas, lacas o especias a Acapulco y, desde allí, se reenviaban a la metrópolis. A través del galeón, se introdujeron en Filipinas numerosos cultivos y costumbres de origen americano. En un principio, Filipinas se gobernó mediante el sistema de la encomienda: el Estado cedía un gran territorio a un «encomendero» para que obtuviera el máximo rendimiento de él y de sus habitantes, a cambio de garantizar la soberanía española en la zona. Algunas de estas encomiendas fueron otorgadas a órdenes religiosas, que tuvieron un gran poder en el archipiélago. Ante los abusos de los encomenderos, este sistema fue sustituido en 1700 por la división en provincias, dirigidas por «alcaldes mayores» y para controlar mejor a las poblaciones, con frecuencia, se procedió a su reubicación en «reducciones».

Aunque los principales cargos administrativos estaban en manos de españoles procedentes de la metrópolis, en los puestos de menor relevancia había filipinos. Los cargos públicos, además de contar con su salario, podían beneficiarse de privilegios en el comercio y muchos de ellos se enriquecieron extraordinariamente.

La economía de Filipinas se dinamizó durante el siglo XIX con la apertura del canal de Suez y con la Revolución Industrial. Esto favoreció el surgimiento de una burguesía local y de un movimiento nacionalista, liderado por los filipinos que dominaban la cultura hispana. El principal movimiento nacionalista fue el Katipunan, una especie de masonería local, dirigida por José Rizal. En 1896, el Katipunan se alzó en armas y, tras ser derrotado, se replegó y se dedicó a acciones de guerrilla. En abril de 1898 estalló la guerra hispano-americana, y en pocos días la flota estadounidense derrotó a la Armada española en la batalla de Manila. El 24 de agosto de 1899, los filipinos proclamaron su independencia, pero el Gobierno de Estados Unidos se negó a aceptarla y unos días más tarde se inició la guerra filipino-americana. Filipinas cayó en un nuevo colonialismo, el estadounidense, que se terminaría por la llegada de otro: el japonés. Las islas solo se liberarían en 1946.

China bajo control exterior

El siglo XVIII fue un siglo de expansión de China, que bajo la dinastía Qing logró anexionarse Manchuria, Mongolia, Xinjiang y el altiplano del Tíbet, entre otros territorios. El crecimiento demográfico y económico de China facilitó el proceso de ampliación territorial. En esos años, a través de políticas proteccionistas, los chinos lograron mantener una balanza comercial excedentaria con las potencias occidentales.

Pero en el siglo XIX el Imperio chino comenzó a dar muestras de debilidad. El crecimiento económico se detuvo y en algunas zonas del país aumentó la inestabilidad. Las potencias occidentales aprovecharon esta crisis para incrementar sus injerencias. Así, el Reino Unido facilitó el contrabando de opio procedente de India (su colonia), lo que el Gobierno chino trató de prohibir, consciente de los problemas de adicción que generaba entre sus ciudadanos, además de los déficits que causaba este comercio a su

balanza de pagos. Para frenar el comercio de opio, China expulsó a los comerciantes británicos, que protestaron ante la Corona de su país, y esta decidió declarar la guerra a China en 1839. Las fuerzas chinas fueron incapaces de derrotar a las británicas, muy superiores a nivel bélico, y tuvieron que rendirse y firmar el humillante Tratado de Nankín (1842), que ponía fin a la Primera Guerra del Opio. A través de este acuerdo, China cedió Hong Kong al Reino Unido y abrió parcialmente el comercio chino a los británicos.

Esta pintura de E. Duncan (1843) representa al barco británico Nemesis atacando a los juncos de guerra chinos en la mañana del 7 de enero de 1841, en el marco de la Primera Guerra del Opio.

No satisfechos con este acuerdo, los ingleses reclamaron a China que legalizara el comercio de opio, que redujera los impuestos al comercio exterior y que dejara que los británicos pudieran dedicarse a actividades mercantiles en toda China. Los británicos contaron con la complicidad de Francia y Estados Unidos, dispuestos también a expandirse por territorio chino. En 1857, con el pretexto de un incidente diplomático menor, el Reino Unido lanzó un nuevo ataque contra China al que se sumó Francia, cuyas fuerzas ocuparon Guangzhou.

Los chinos no fueron capaces de vencer a los ejércitos occidentales y se vieron obligados a firmar diversos tratados ignominiosos como el de Aigun de 1858, por el que China cedió Vladivostok a los rusos. Pero las ofensivas europeas continuaron y en octubre de 1860 las fuerzas franco-británicas tomaron Pekín y saquearon la ciudad y el Palacio de Verano del emperador, quien huyó. En 1860, los chinos tuvieron que acceder a todas las peticiones de las potencias occidentales mediante las Convenciones de Pekín: legalizaron el comercio de opio, permitieron evangelizar a los misioneros cristianos, se comprometieron a pagar una cuantiosa indemnización de guerra a Francia y al Reino Unido, admitieron la presencia de comerciantes británicos, abrieron cinco puertos al comercio internacional… Lo más grave, en realidad, fue que financieramente el Imperio chino quedó en manos de los occidentales (Francia, Reino Unido, Rusia, Estados Unidos, Japón, Alemania, Italia, Imperio austrohúngaro, Bélgica, España, Holanda…): las aduanas fueron intervenidas y el Gobierno fue obligado a aceptar a

ciertas empresas extranjeras y a realizar ciertos contratos con el exterior.

Las injerencias europeas se multiplicaron en la segunda mitad del siglo XIX. Todas las potencias querían aprovecharse de la fragilidad de China; incluso España, Suecia, Brasil y Austria-Hungría firmaron tratados que restringían la soberanía china. Por ejemplo, Suecia no tuvo que organizar ninguna operación militar en ultramar; le bastó presionar a los chinos después de una intervención británica para obtener uno de los llamados «tratados desiguales». Todos estos acuerdos debilitaron terriblemente al Gobierno manchú, que además tuvo que enfrentarse de 1850 a 1864 a la durísima Rebelión Taiping, de carácter nacionalista y socializante, que causó millones de muertos.

A finales del siglo XIX, China decidió expandir su zona de influencia, pero chocó de nuevo con las potencias extranjeras. En 1884, Francia y China se enfrentaron en la denominada «guerra de Tonkín» por el control del río Rojo. Las fuerzas chinas fueron derrotadas por los ejércitos franceses y Francia anexionó Annam y Tonkín a la Conchinchina francesa. En 1894, China intervino en Corea en apoyo al emperador coreano Gojong, amenazado por una insurrección popular. Japón, temiendo que la operación militar china derivara en una imposición del protectorado chino sobre la zona, envió a sus tropas, depuso al emperador coreano y obligó a los chinos a firmar el desventajoso Tratado de Shimonoseki (1895), por el que China se comprometía a pagar una indemnización a los japoneses, a dejar a Corea en la órbita de influencia de Japón y a permitir la instalación de fábricas japonesas en su territorio.

Los chinos se habían visto vejados por todos, sentimiento que hizo surgir un potente movimiento nacionalista, que tuvo diferentes corrientes. Una de ellas fue la corriente antiblanca de los bóxers (la Sociedad de la Justicia y la Concordia), que en 1898 se lanzó a exterminar a los extranjeros. En 1900, los bóxers ocuparon Pekín ante la pasividad de las fuerzas imperiales. Las potencias occidentales prepararon una ofensiva contra los rebeldes, pero en ese momento la emperatriz Cixi declaró la guerra a las tropas extranjeras. Las fuerzas chinas fueron rápidamente derrotadas por una coalición de las potencias occidentales. De nuevo se le impusieron a China unas tremendas indemnizaciones de guerra que dejaron al Estado sin recursos.

La derrota china en la guerra de los Bóxers supuso el principio del fin de la dinastía Qing. A comienzos de siglo XX se consolidó el movimiento nacionalista moderno, dirigido por Sun Yat-sen, quien contó con la colaboración de las sociedades secretas chinas y de algunos sectores del Ejército, que repudiaban a la dinastía imperial por su origen extranjero. Las primeras sublevaciones organizadas por Sun Yat-Sen fracasaron, pero en 1911 una nueva concesión del Gobierno a los extranjeros provocó un levantamiento militar exitoso. En el año 1912, la dinastía Qing abdicó y se instauró la República. El nuevo presidente, Yuan Shikai, acabó implantando una dictadura y proclamándose emperador, pero China siguió sometida a las presiones exteriores, especialmente de Japón, que al término de la Primera Guerra Mundial se quedó con los intereses alemanes en China.

Guerrero bóxer en 1900.

La muerte de Yuan Shikai dejó a China en manos de los señores de la guerra; y durante este período empezaron a producirse choques entre las fuerzas del partido nacionalista Kuomintang y los militantes comunistas, una situación que fue aprovechada por las potencias extranjeras.

Aunque en 1928 el Kuomintang logró reunificar el país, en 1931 el Ejército japonés conquistó Manchuria e instaló allí un Gobierno títere. Y en 1937 Japón se lanzó a la conquista de China, ocupando las principales ciudades costeras y obligando a nacionalistas y comunistas a refugiarse en el interior. Durante toda la Segunda Guerra Mundial, los milicianos chinos resistieron a la invasión japonesa. China solo logró deshacerse del dominio exterior tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, y especialmente con la proclamación de la República Popular China en 1949.

Del Japón dominado al imperial

Japón tuvo frecuentes contactos con los europeos en el siglo XVI, pero el período Edo (1603-1868) implicó una etapa de cierre al exterior (el llamado *sakoku*). Durante este tiempo, Japón vigiló estrechamente las intromisiones externas y consiguió minimizar la influencia extranjera en su política. Sin embargo, este período de aislamiento reforzó su retraso tecnológico, de tal forma que, en el siglo XIX, el potencial industrial y bélico japonés había quedado muy por detrás del de los países europeos. Y esto fue aprovechado por las naciones occidentales, que presionaron al Imperio nipón, incluso militarmente, para incrementar su influencia. Algunos de los países que maniobraron para conseguirlo fueron Rusia, Holanda o China.

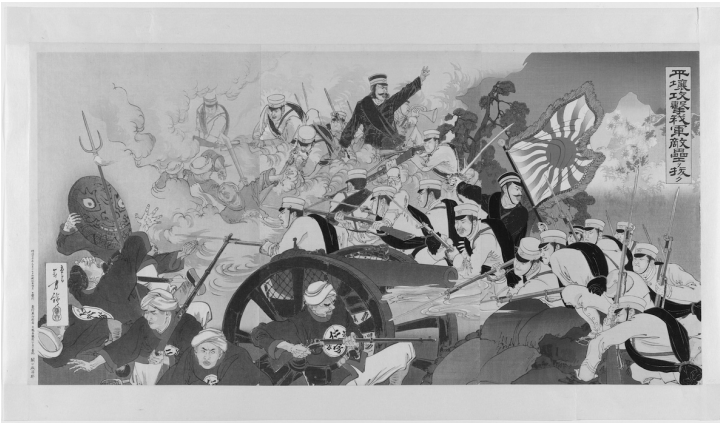
Mao Zedong

Mao Zedong (o Mao Tse Tung) nació en Hunan en 1893. A pesar de ser hijo de un terrateniente, tras pasar por la universidad se radicalizó y empezó a apoyar las luchas de los campesinos pobres. En 1921 se sumó al Partido Comunista. Por este motivo, en 1927 sufrió la persecución de los nacionalistas del Kuomintang (KMT) y organizó un grupo guerrillero. Fue detenido y estuvo a punto de ser fusilado, pero logró escapar.

La invasión japonesa interrumpió la guerra entre nacionalistas y comunistas: ambos grupos se unieron en 1937 contra el enemigo común. Mao consiguió en ese tiempo un liderazgo férreo de las fuerzas comunistas. Tras la Segunda Guerra Mundial se reactivó la lucha entre el PC y el KMT, y los seguidores de Mao consiguieron derrotar a sus enemigos en 1949. Se proclamó la República Popular China y Mao accedió a la presidencia, gobernando bajo su propia visión del marxismo, lo que se ha venido a llamar «maoísmo». Mantuvo el poder hasta su muerte, en 1976.

La figura de Mao Zedong es extremadamente polémica. El mismo Partido Comunista Chino, que lo venera, acepta que cometió «errores graves». Se calcula que entre 10 y 70 millones de personas murieron como consecuencia de sus políticas. Pero algunos consideran muy positivo que, gracias a Mao, China se convirtió en un país avanzado.

Estados Unidos, que llevaba años intentando conseguir una vía de penetración en Japón, envió en 1852 una flota dirigida por el comodoro Perry para lograr que el país se abriera a las influencias extranjeras. Perry amenazó con un bombardeo naval y entregó al emperador una carta del presidente Millard Fillmore en la que este exigía concesiones políticas y comerciales. En 1854, Perry volvió con una gran flota, y los representantes del shogun, el máximo cargo político-militar de Japón, alarmados por la derrota china en las guerras del Opio (1839-1842 y 1857-1860), cedieron a las peticiones del Gobierno estadounidense mediante la firma del Tratado de Kanagawa. Sin embargo, la decisión causó un verdadero cisma nacional: los partidarios del emperador, contrarios a la injerencia extranjera, se enfrentaron al shogun, que era quien gobernaba en la práctica, situación que inició un conflicto armado entre los dos sectores que terminaría con la victoria de los favorables al emperador.



Ukiyo-e de una batalla en Corea, en el marco de la primera guerra sino-japonesa.

En 1868, se instauró un nuevo tipo de gobierno en el que el emperador Meiji tenía el poder absoluto. La centralización fue acompañada de una apertura al exterior, pues el emperador estaba convencido de que solo adquiriendo la tecnología occidental se podrían combatir las ambiciones imperialistas de las grandes potencias de la época. Simultáneamente, intentó ir modificando los tratados internacionales que subordinaban Japón a las grandes potencias.

En 1894, Japón consiguió anular los tratados que reducían su soberanía y empezó a mostrar ambiciones imperialistas. Temiendo el incremento de la presencia rusa en Manchuria, se empezó a planear una intervención en esa zona. En 1894, tras una intervención militar china en Corea, destinada a sofocar una rebelión, las tropas japonesas también se desplegaron por este país y se enfrentaron a las fuerzas chinas. En unos meses, el Ejército japonés derrotó a los chinos y destruyó su flota. Tras la victoria, Japón obligó a China a firmar un tratado de rendición humillante, por el que esta le cedía algunos enclaves, se comprometía a pagar una indemnización de guerra y abría su economía a los inversores japoneses.

La victoria en Corea animó a Japón a nuevas aventuras militares. En 1904 atacó por sorpresa Port Arthur y destruyó la flota rusa del Pacífico. La guerra fue tremendamente cruenta, y terminó con un tratado de paz que implicaba ciertas ventajas para Japón. Durante la Primera Guerra Mundial el Imperio japonés fue aliado de Francia e Inglaterra y logró consolidar su expansión por el Pacífico al apoderarse de las posesiones alemanas; y también incrementó su poder en China al hacerse con los intereses alemanes en este país mediante el Tratado de Versalles.

En la década de 1930, el Gobierno japonés empezó a defender el eslogan «Asia para los asiáticos» (lo que podía ser interpretado también como «Asia para los japoneses»). En 1931, agentes japoneses en Manchuria dinamitaron la vía férrea en Mukden (la actual Shenyang, en el norte de China) y acusaron de los hechos a los nacionalistas chinos. Este incidente sirvió para justificar la ocupación militar japonesa en Manchuria y el establecimiento de un estado vasallo de Japón, el Manchukuo. La invasión nipona desencadenó el levantamiento de los nacionalistas y comunistas chinos, en un enfrentamiento que se prolongaría hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

En 1941, paralelamente al ataque a Pearl Harbor, los japoneses también se lanzaron a expansionarse por Asia y el Pacífico conquistando numerosos archipiélagos de Oceanía y diversos territorios asiáticos, como Singapur, Filipinas, Indonesia, Birmania o Indochina. Las fuerzas de ocupación japonesas actuaron con gran dureza sobre los territorios ocupados. Pero la rendición de Japón tras el estallido de las bombas nucleares de Hiroshima y Nagasaki (agosto de 1945) puso fin al imperialismo japonés.

Los conflictos de la descolonización

En Asia, la descolonización fue casi completa tras la Segunda Guerra Mundial (solo quedaron por emanciparse Hong Kong, Macao y algunos pequeños emiratos). Pero este sería uno de los continentes en el que las nuevas potencias imperialistas medirían sus fuerzas con mayor dureza, lo que generaría nuevas tensiones. En Corea, en Vietnam, en Afganistán, en Indonesia… Estados Unidos, la URSS y China se verían involucrados en largos y sangrientos conflictos. Y todo Oriente Próximo acabaría desestabilizado por la creación del Estado de Israel.

El fin de la soberanía africana

~ 1884-1970 ~

África es, sin duda, el mejor ejemplo de la fiebre colonialista de finales del siglo XIX. De hecho, a principios de ese siglo solo unos pocos territorios costeros estaban sometidos a la dominación colonial, como era el caso de los archipiélagos de Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe, Angola, la Colonia del Cabo o algunos enclaves en Mozambique. A lo largo de los primeros ochenta años del siglo las colonias se ampliaron poco, pero a partir de 1880 se desencadenó la llamada «carrera por África». En 1900 todo el continente se hallaba ya repartido entre potencias extranjeras y ni un solo pueblo africano se libraría de su dominación. En algunos territorios, como en el Congo, el colonialismo llegaría a sus máximas cotas de brutalidad y de violación de los derechos humanos.

Hasta 1879 las potencias europeas se habían mostrado poco dispuestas a colonizar territorios africanos, porque creían que los costes podían superar a los beneficios. Pero la entrada de Bismarck y el rey Leopoldo II de Bélgica en el mundo del colonialismo africano alteraron el equilibrio geopolítico. Temerosas de que sus rivales ocuparan antes territorios potencialmente ricos, todas las potencias se lanzaron en 1880 a la «carrera por África», hasta el punto de enfrentarse por la posesión de algunos de ellos.

Para superar esta situación, en 1884 se convocó la Conferencia de Berlín, con la participación de Alemania, Bélgica, Francia, Portugal, Reino Unido, España, Italia, Países Bajos, Austria-Hungría, Suecia-Noruega, Dinamarca, Estados Unidos, el Imperio ruso y el Imperio otomano. Los participantes acordaron ceder el Congo a la Congo Society del rey Leopoldo, y permitir el libre comercio de todos los signatarios en ese territorio. En Berlín también se decidieron las normas de reparto del continente africano, basadas en el principio de efectividad: solo tendrían derecho a colonizar un territorio quienes tuvieran una presencia real en su costa; y las ocupaciones siempre se deberían notificar a los otros signatarios. Pese al acuerdo, no faltaron choques como la Crisis de Fachoda, en 1898, en una remota localidad sudanesa situada junto al Nilo, que

estuvo a punto de desencadenar una guerra entre Francia e Inglaterra.

Francia cruza el Mediterráneo

En 1830, el gobernador (dey) de la provincia otomana de Argel abofeteó al cónsul francés con un abanico: fue el pretexto que utilizaron los franceses para lanzarse a la colonización de este territorio. Tras una corta guerra los franceses se apoderaron de la costa y expulsaron a las fuerzas otomanas. Pero los argelinos organizaron una feroz resistencia, bajo el mando de Abd el-Kader, que solo pudo ser derrotada en 1847. En 1848 la Constitución francesa definió Argelia como parte integrante del territorio francés, pero no garantizó la no discriminación de los autóctonos. Pese a todo, la región de Kabilia no se conquistó hasta 1857 y la soberanía sobre los territorios del Sahara no se formalizó hasta 1902.

Francia convirtió a Argelia en una colonia de poblamiento. Se enviaron cientos de miles de colonos a la región del Oranesado y a otras zonas costeras. Pero no todos eran franceses, también había italianos, menorquines y valencianos, entre otros. En 1914, en Argelia ya se contaban 750 000 residentes europeos y, a diferencia de lo que pasaba en otras posesiones francesas, los colonos realizaban numerosas tareas manuales. Además, se apoderaron de tierras de los autóctonos, por lo que el proceso de colonización fue especialmente conflictivo. Por otra parte, muchos argelinos fueron movilizados y enviados como áscaris a Francia en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial.

El reino de Túnez hacia 1850 formaba parte del Imperio otomano, pero gozaba de una notable autonomía. Era uno de los países más modernos de la zona: suprimió la esclavitud e incluso contó, desde 1861, con la primera constitución del mundo árabe. Pero Túnez tuvo que hacer frente a graves problemas económicos y en 1869 se declaró en bancarrota. Francia, Italia e Inglaterra, sus acreedores, aprovecharon la ocasión para intervenir la economía tunecina y multiplicar sus injerencias. Aunque los italianos pretendían anexionarse el reino, finalmente lo logró Francia, en 1881.

Túnez se convirtió entonces en un protectorado francés, lo que le permitió conservar sus propias instituciones, si bien supervisadas por un general francés residente y los agentes de Asuntos Indígenas. Bajo la ocupación francesa, Túnez experimentó un crecimiento notable gracias al incremento de la producción minera y agrícola. Aun así, desde principios del siglo XX se manifestó un fuerte sentimiento nacionalista. En 1920 se fundó el partido nacionalista conservador y musulmán Destur, y en 1934 se formalizó en su seno una escisión laica y modernizadora: el Neo-Destur. Este se reveló muy dinámico y, tras ser capaz de organizar unas masivas manifestaciones, fue severamente perseguido y tuvo que pasar a la clandestinidad en 1938. Los nazis alemanes esperaban encontrar en el Neo-Destur un aliado contra los franceses, pero su líder, Habib Burguiba, se negó a colaborar con el Tercer Reich y pidió a los tunecinos que apoyaran a los Aliados. Durante la Segunda Guerra Mundial, Túnez fue uno de los grandes escenarios de la guerra del desierto.

Marruecos, que nunca estuvo en manos de los otomanos, resistió las injerencias europeas hasta 1912, cuando Francia y España se repartieron su territorio mediante

sendos protectorados. Se mantuvo formalmente la figura del sultán, y los funcionarios franceses acapararon mucho poder. Francia tuvo graves dificultades para controlar toda su zona. El principal problema fue la proclamación de la República del Rif en 1921, una insurrección de una confederación de tribus amazigh que se declararon independientes del protectorado español y del francés y que fueron derrotadas gracias a la colaboración bélica hispano-francesa. En la década de 1930 surgió un fuerte movimiento nacionalista marroquí. Su sector más radical, el Partido Istiqlal, no solo reivindicaba la independencia, sino también la reconstitución del Imperio marroquí en todo su esplendor, es decir, con la incorporación del Sahara, Mauritania y partes de Mali y Argelia.

A partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo adquirió virulencia en África del Norte. El mismo día de la capitulación alemana, estalló una revuelta anticolonial en Sétif (Argelia) en la que murieron 5000 argelinos y un centenar de franceses. El tunecino Burguiba se exilió a Egipto, y desde allí organizó la resistencia contra los franceses con la colaboración de los sindicatos de Túnez. En 1952 estalló la rebelión armada de los tunecinos contra los franceses y para sofocarla Francia llegó a enviar 70 000 soldados a la zona. En 1954, la situación se calmó con la proclamación de la «autonomía interna» que abrió paso a la negociación de la independencia. Un año después, el sultán marroquí, Mohamed V, mostró su simpatía por el nacionalismo y los franceses decidieron destituirlo y deportarlo, primero a Córcega y después a Madagascar. Sin embargo, la expulsión del sultán reforzó el movimiento nacionalista y, en octubre de 1955, Mohamed V volvió a Marruecos y se iniciaron las negociaciones políticas para preparar la autodeterminación.

Cuando, en 1947, en Argelia ganaron las elecciones municipales las fuerzas nacionalistas, de inmediato la represión se cebó en ellas. La situación se agravó en 1948 ante el fraude masivo de los comicios regionales que llevó al nacionalismo argelino a darse cuenta de que la vía legal suponía para ellos un límite, por lo que empezaron a prepararse para la lucha armada. En 1954 estalló la rebelión del Movimiento Nacional Argelino y del Frente de Liberación Nacional (FLN). El Ejército francés, para suprimir a sus enemigos, no dudó en recurrir a la tortura y a las ejecuciones extrajudiciales. Pero ni aun así consiguió la victoria. Con el fin de no dispersar sus esfuerzos militares en la zona, en 1956 Francia prefirió otorgar la independencia a Túnez y Marruecos, donde también había un activo nacionalismo, y concentrar sus tropas en Argelia.

Pero la guerra no se terminaba y las presiones internacionales contra el colonialismo aumentaban. La descolonización de Argelia se complicó porque los colonos y algunos militares se negaban a negociar con el FLN e incluso organizaron un golpe de Estado contra el Gobierno francés. Pese a todo, mediante los Acuerdos de Évian se negoció en 1962 la independencia de Argelia. La descolonización fue caótica: un millón de personas tuvo que huir del país y los argelinos profranceses sufrieron terribles represalias.

África Occidental: la gran colonia francesa

Reino Unido, en el período colonial, controló algunas zonas estratégicas de África Occidental, como la Costa de Oro, la desembocadura del Gambia o el delta del Níger. En cambio, Francia consiguió crear una inmensa colonia, el África Occidental Francesa (AOF), que conectaba con sus territorios del Magreb y de África Central (aunque no alcanzaba la Somalia francesa, como inicialmente se pretendía).

Durante el período de la trata de esclavos y de la persecución de esta actividad, Francia había creado algunos enclaves en la costa occidental africana, como Saint-Louis, Gorée o Grand-Bassam. A partir de estos territorios, la presencia francesa se fue expandiendo hacia el interior mediante expediciones militares que garantizaron la sumisión de los africanos. Francia incluso se anexionó regiones donde había cierta presencia de otras potencias europeas, como Casamance, donde anteriormente hubo colonización portuguesa. Finalmente, el AOF se compuso de Senegal, Sudán francés (Malí), Guinea francesa, Mauritania, Costa de Marfil, Dahomey (Benín), Alto Volta (Burkina Faso) y Níger. Tras la Primera Guerra Mundial se le añadiría el mandato de Togo.

La política colonial francesa pasó por reproducir las estructuras políticas de la metrópolis, en un modelo muy centralista: de esta forma los reinos, las jefaturas y las estructuras políticas preexistentes pronto fueron desapareciendo o fueron marginadas. Para conseguir la colaboración de algunos africanos, Francia impulsó en sus colonias una política de «asimilación» de las elites mediante su promoción a nivel educativo, político y económico. Así, a partir de 1925 algunos africanos lograron participar en la Asamblea Nacional de Francia desde donde impulsaron leyes contra la discriminación y los trabajos forzados. Algunas comunas senegalesas contaban, excepcionalmente, con instituciones democráticas y unas decenas de miles de africanos accedieron a la nacionalidad francesa.

Los territorios de la AOF se especializaron en la producción de cultivos tropicales, como el cacahuete, la piña o el algodón, pero también en la producción de minerales (como el uranio). Había grandes desigualdades entre los territorios de la zona: las regiones menos productivas se usaban como reserva de mano de obra para las más ricas, como Costa de Marfil.

Al principio de la Segunda Guerra Mundial, el África Occidental Francesa se mantuvo fiel a Vichy. Solo después del desembarco anglo-americano en África del Norte acabó pasándose a la Francia Libre. En estos territorios no hubo combates, pero numerosos habitantes de la AOF acabaron luchando en los campos de batalla europeos con el Ejército francés.

Tras la Segunda Guerra Mundial proliferaron en el AOF los movimientos nacionalistas. Pero a pesar de que no faltaron las protestas y los disturbios, en ninguna colonia se llegó al conflicto armado, porque Francia aumentó progresivamente el autogobierno de sus posesiones, fue anulando las legislaciones racistas y facilitó la creación de partidos africanos, a los que se concedió ciertas cuotas de poder.

En 1958, De Gaulle, en un intento de salvar in extremis la unión entre Francia y las colonias, convocó un referéndum sobre la llamada Comunidad Franco-Africana, que pretendía ser un Estado franco-africano con todos los territorios en situación de igualdad. Solo Guinea votó en contra de la propuesta, por lo que accedió a la

independencia de inmediato. Sin embargo, al cabo de dos años todas las colonias acabarían por desvincularse de Francia, independizándose por separado, por lo que la integración regional conseguida durante este período desapareció.

Francia en África Central

En 1849, los franceses crearon la ciudad de Libreville (en Gabón) como punto de reasentamiento de los esclavos liberados de los barcos negreros. A partir de ese enclave, fueron anexionándose buena parte de los territorios de la zona mediante diferentes expediciones militares, y acabaron creando el África Ecuatorial Francesa (AEF). A esta también incorporaron Camerún, cedido a Francia como mandato tras la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial.

El AEF fue siempre la Cenicienta del Imperio francés. Era un territorio poco rentable, que se componía de las zonas desiertas del Chad, de los territorios poco poblados de Ubangui-Chari y de las selvas de Gabón-Congo. En estos territorios se explotó el caucho, el marfil, los minerales y, sobre todo, la madera. Para la construcción de la principal infraestructura de la zona, el Ferrocarril Congo-Océano, que une a lo largo de 502 kilómetros Brazzaville, la capital de la colonia, con Pointe-Noire, en la costa atlántica, se recurrió a los trabajos forzados: cientos de miles de trabajadores fueron movilizados. Las tasas de mortalidad por los malos tratos y la desnutrición fueron muy elevadas, como dejó claro el escritor André Gide en su obra *Viaje al Congo*. La conquista europea en la región también fue acompañada de una fuerte despoblación por la difusión de enfermedades epidémicas europeas.

Durante la Primera Guerra Mundial, las poblaciones del África Ecuatorial Francesa tuvieron que contribuir duramente al esfuerzo de guerra ofreciendo combatientes para la lucha contra el Kamerun alemán, así como porteadores y víveres para las columnas africanas del ejército aliado, y caucho y materias primas para la metrópolis. Al final de la guerra, Camerún se incorporó a la AEF con una cierta situación de privilegio, ya que como mandato contaba con la supervisión de la Sociedad de Naciones, que trataba de frenar las prácticas coloniales más abusivas, como los trabajos forzados. Quizá por eso se convirtió en una colonia mucho más próspera que el resto.

En la Segunda Guerra Mundial, el AEF fue el primer territorio francés en sumarse a las fuerzas de la Francia Libre y ayudó decisivamente a los Aliados en la guerra. Para compensar a sus poblaciones, en 1944 De Gaulle les prometió en la Conferencia de Brazzaville una mayor participación en el gobierno de sus respectivos países. Sin embargo, como había ocurrido en otros casos, tras la contienda, el movimiento nacionalista emergió con fuerza, especialmente en Camerún, donde la guerrilla socialista de la Unión de Pueblos del Camerún (UPC) logró poner en peligro la continuidad del dominio francés. Para eliminarla, Francia recurrió al fraude electoral, a la guerra sucia e incluso a los bombardeos. Pero, finalmente, todos los territorios de la AEF obtuvieron su independencia en 1960.

Yibuti y Madagascar

En el otro extremo de África, los franceses habían empezado a colonizar la Somalia francesa (el actual Yibuti) en 1888, con el fin de disponer de un puerto que facilitara el control del mar Rojo y de las rutas marítimas hacia Asia. El enclave fue creciendo hasta convertirse en la colonia de la Costa Francesa de los Somalíes. Este territorio experimentó un importante dinamismo a partir de 1917, cuando se terminó la construcción de la vía férrea Yibuti-Adís Abeba, línea que facilitaba a Etiopía una salida al mar, lo que hizo crecer el puerto de Yibuti rápidamente. Sin embargo, los franceses no intentarían someter a las tribus nómadas de la zona hasta finales de la década de 1920. Y, si bien durante la Segunda Guerra Mundial el territorio se mantuvo fiel a Vichy, en diciembre de 1942 se sumó a la Francia Libre. Cuando se independizó toda el África francesa, Francia retuvo Yibuti como Territorio de Ultramar y conservó allí una gran base militar. En 1966 hubo disturbios en favor de la secesión, pero Francia mantuvo el control del territorio hasta 1977, cuando le otorgó la independencia, aunque preservándose su base.

Otro territorio colonizado por Francia fue Madagascar, que hasta 1895 había sido un reino independiente, pero al que los franceses obligaron a firmar duros tratados que limitaban su soberanía. En 1895, Francia invadió el territorio con el fin de instaurar un protectorado, pero ante la resistencia de la reina y de la población, estableció una colonia e inició una dura campaña de represión en la que murieron decenas de miles de personas. A partir de entonces, las empresas y los particulares franceses se hicieron cargo de los sectores clave de la economía, especialmente a partir de la década de 1920, cuando se incrementaron las inversiones en el territorio. Los malgaches colaboraron con los Aliados en la Primera Guerra Mundial, sin embargo en la Segunda esta colonia se sumó a la Francia de Vichy hasta que en 1942 esta fue invadida por los británicos. Tras del fin del conflicto, el movimiento independentista actuó con mucha virulencia, pero fue ferozmente reprimido por los franceses. Finalmente, Madagascar también accedería a su plena soberanía en 1960.

1947: Represión brutal en Madagascar

En 1944, De Gaulle prometió a los africanos mayor autogobierno. Y cuando terminó la guerra mundial, en Madagascar el partido claramente mayoritario era el independentista Movimiento Democrático de Renovación Malgache (MDRM). Entonces París se negó a permitir un proceso democrático que pudiera llevar al MDRM al poder. El 29 de marzo de 1947 estalló una rebelión en Moramanga: militantes nacionalistas asaltaron un cuartel para apoderarse del arsenal, pero fracasaron. Como respuesta, las fuerzas coloniales llegaron a Moramanga y masacraron a todos los malgaches que vivían allí. Esto no hizo sino propagar la insurrección por todo el país, y fueron atacados tanto colonos como militares franceses e infraestructuras coloniales. Pero los rebeldes tenían pocas armas y pronto fueron derrotados por las tropas procedentes de la metrópolis y de otras colonias que acudieron como apoyo. La «operación de pacificación» se saldó con

89 000 víctimas, la mayoría malgaches; los líderes del MDRM fueron encarcelados y el partido quedó desarticulado.

La vertical británica

Los alemanes, los portugueses y los franceses intentaron infructuosamente crear grandes colonias que abarcaran desde el Atlántico al Pacífico; en cambio, los ingleses pretendían constituir un continuo territorial desde El Cairo hasta El Cabo. Las maniobras diplomáticas y militares británicas bloquearon los proyectos de Alemania, Portugal y Francia. Las ambiciones inglesas se hicieron realidad tras la Primera Guerra Mundial, cuando la Sociedad de Naciones les cedió Tanganica.

La primera gran colonia inglesa en África fue la Colonia del Cabo, tomada a los holandeses durante las guerras napoleónicas. Su población colonizadora era, básicamente, de origen neerlandés (los bóers o afrikáners) y se marchó de la colonia en 1838, después de que los ingleses prohibieran la esclavitud. Los huidos fundaron las repúblicas de Orange y Transvaal. En 1845, los ingleses también se apoderaron de Natal, en el sudeste del continente, y desde allí se lanzaron a la conquista de los territorios próximos que pertenecían a pueblos bantúes. El descubrimiento de diamantes en Orange y de oro en Transvaal fue un reclamo para multitud de colonos europeos, lo que aumentó la presión sobre el territorio bóer y desencadenaría dos guerras entre británicos y bóers. Este enfrentamiento finalizó en 1902 con la derrota de los bóers y la incorporación de sus repúblicas a la Unión Sudafricana.

Para consolidar la Unión y reducir los antagonismos entre bóers y anglófonos, se estableció un sistema legal de privilegios para todos los blancos basado en la discriminación de los negros, los mulatos (muy numerosos como consecuencia de los muchos años de colonización) y los indios (llevados allí en masa por los ingleses para realizar obras públicas y trabajar en la agricultura). Pese a todo, en la Primera Guerra Mundial, los nacionalistas bóers radicales intentaron rebelarse contra el Reino Unido y apoyar a las potencias centrales. Pero su insurrección fue derrotada, y Sudáfrica participó junto al Imperio británico en las dos guerras mundiales. Gracias a su intervención en el primer conflicto mundial, logró que le cedieran como mandato el África Alemana del Sudoeste (Namibia).

En 1934 la dependencia del Reino Unido se redujo al reconocerse a Sudáfrica como un Estado dentro del Imperio británico, gobernado por su minoría blanca. Pero, tras la Segunda Guerra Mundial, mientras los ingleses modificaban las legislaciones más racistas de sus colonias y preparaban su descolonización, los blancos de Sudáfrica apostaron por endurecer la segregación racial y evitar un Gobierno de mayoría negra, y por eso en 1948 instituyeron el régimen racista del *apartheid*. Ante las críticas del Reino Unido a este sistema, en 1960 la República Sudafricana cortó todos sus vínculos de dependencia con la antigua metrópoli.

Desde Sudáfrica y siguiendo las iniciativas del explorador Cecil Rhodes, la British South Africa Company se lanzó a la conquista de Rodesia en 1889. Con el apoyo de las

fuerzas imperiales, las tropas de la Compañía derrotaron a las tribus shona y ndebele que vivían en el territorio. Y desde Rodesia del Sur la expansión británica continuó por Rodesia del Norte y Nyassaland. En estas colonias se instauraron cámaras legislativas dominadas por los colonos blancos. Eran territorios con una estrecha relación con Sudáfrica, por eso cuando el Reino Unido preparó la independencia de sus colonias con el objetivo de dar el poder a la mayoría negra, los colonos blancos trataron de evitarlo instaurando regímenes racistas, muy parecidos al *apartheid*. Hasta que, finalmente, Rodesia del Norte y Nyassaland accedieron a la independencia con un Gobierno negro en 1964, y tomaron respectivamente los nombres de Zambia y Malawi. Rodesia del Sur, por el contrario, proclamó su soberanía bajo un Gobierno racista blanco en 1965. El Reino Unido no la reconoció, y tras unos años de guerra, en 1979 volvió al dominio inglés. Un año después, en 1980, accedió a su plena soberanía como República de Zimbabue con un Gobierno negro.

En África Oriental la penetración británica se inició a partir de Zanzíbar, un archipiélago que tenía estrechos vínculos con el Reino Unido. Desde este territorio, los británicos extendieron su influencia a la actual Kenia y también a Uganda y Somalia, no sin chocar con la resistencia de las elites árabes de la zona. Estas posesiones, que inicialmente fueron gestionadas por una compañía privada, pasaron en el año 1895 a ser administradas por la Corona inglesa. En las zonas altas del valle del Rif, donde apenas había enfermedades tropicales, pronto se empezaron a instalar colonos, que se apropiaron de las fértiles tierras de los habitantes locales.

El África Oriental Británica sufrió graves combates durante la Primera Guerra Mundial. Las tropas coloniales inglesas se enfrentaron a las fuerzas alemanas de Tanganica; al final de la guerra este territorio se incorporó al mandato británico.

Después de la Segunda Gran Guerra el nacionalismo africano tomó impulso. En 1952, en el territorio kikuyu de Kenia, donde se habían instalado muchos colonos blancos, estalló el movimiento anticolonialista del Mau Mau, que fue brutalmente reprimido por los ingleses hasta que lo derrotaron en 1959. En 1960 se independizó Somalia; en 1961, Tanganica; en 1962, Uganda; en 1963, cuando se controló la inestabilidad, les seguiría Kenia; finalmente, también en 1963, se independizó Zanzíbar, pero sin un proceso realmente democrático porque la monarquía árabe mantuvo sus privilegios.

También en Egipto hubo presencia inglesa desde 1841, cuando todavía era dominio otomano. Primero los ingleses formalizaron un tratado por el que se asentaron en el país (aunque hasta 1914 no oficializaron un protectorado) y extendieron su área de influencia hasta Sudán. Este era un protectorado egipcio al que en 1877 enviaron como gobernador, en nombre de Egipto, al general inglés Charles Gordon, quien tenía como objetivo acabar con el comercio de esclavos. Pero Gordon fue asesinado en 1885 por una revuelta nacionalista e islamista dirigida por El Mahdi (un reformador islámico que se consideraba el redentor del Islam, destinado a limpiar el mundo de pecado antes del día de la resurrección). Para derrotar a El Mahdi fue necesaria una expedición militar anglo-egipcia y, tras la victoria, Inglaterra formalizó el coprotectorado, egipcio-británico, sobre Sudán.

En Egipto el descontento por la ocupación británica llevó en 1952 al golpe de los

oficiales libres, liderado por Muhammad Naguib y Gamal Abdel Nasser. Estos acabaron con la monarquía y con el dominio británico. Y Sudán se independizó de inmediato.

Las colonias británicas en África Occidental

Los comerciantes británicos llegaron en 1588 a un trato con los portugueses para comerciar en régimen de exclusividad por el río Gambia. En 1618 una compañía británica se estableció en una de las islas de la desembocadura, y a partir de ese momento hubo presencia continua de establecimientos comerciales británicos en esa región. En 1827, los británicos se establecieron en Banjul y luego se anexionaron algunos territorios vecinos. Pero fue en 1887 cuando, mediante tratados con jefes locales, consiguieron el control de ambas orillas del río Gambia (un territorio muy estrecho, ya que a ambos lados los franceses estaban colonizando amplias áreas). Gambia se convertiría en una colonia centrada en la agricultura, especialmente en el cultivo de cacahuete, y también fue importante como escala naval y aérea. Tras la Segunda Guerra Mundial, el Reino Unido fue aumentando las cuotas de autogobierno de Gambia, hasta obtener en 1962 la independencia.

Muy distinto es el origen de Sierra Leona. Esta posesión fue creada en 1787 para instalar a los negros pobres que vagaban por Londres. En 1792 se envió a la zona a los negros norteamericanos que habían colaborado con los ingleses en la Guerra de Independencia a cambio de su libertad. A estos primeros ocupantes se les sumaron otras oleadas de población negra, como una formada por cimarrones jamaicanos. Todos ellos se instalaron en la capital, Freetown, originando el grupo étnico de los krio. Estos formaron una burguesía local, anglófona, que con frecuencia disponía de estudios superiores y que pronto empezó a reivindicar mayores derechos.

Sierra Leona se convirtió en un importante centro militar, comercial y administrativo cuando se instalaron allí, en 1819, los tribunales mixtos de represión de la esclavitud, donde se juzgaba a los barcos negreros capturados. La base naval de Freetown fue durante décadas un puerto muy frecuentado por la Armada inglesa. Muchos de los esclavos encontrados en los barcos negreros eran liberados en la ciudad y pasaban a engrosar la población criolla.

En 1864, la ciudad entró en decadencia por el fin de la trata y el cierre progresivo de las instalaciones judiciales y militares. En los años siguientes la colonia se fue ampliando territorialmente a base de tratados con los jefes de la región, con frecuencia obtenidos mediante coacción. La colonia no fue escenario de combates en las dos guerras mundiales, aunque colaboró en el esfuerzo de guerra inglés. En las décadas de 1940 y 1950 se multiplicó el sentimiento anticolonialista, que se tradujo en motines, disturbios y huelgas. Hasta que, en 1961, Sierra Leona alcanzó la independencia.

Otra región muy frecuentada por los ingleses y otros europeos en tiempos del comercio de esclavos fue la Costa de Oro. Los ingleses consolidaron su poder en la zona en el siglo XIX mediante cuatro guerras con el Reino Ashanti, el más potente de la zona. Finalmente, en 1874 establecieron un protectorado en la región. Ghana se convirtió en una colonia especializada en el cultivo de cacao y otros productos

tropicales, así como en la explotación de oro y diversos minerales; pero, además, tuvo uno de los sistemas educativos más avanzados de la región. Tras la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo de su población creció rápidamente y, por ello, Ghana fue el primer país africano en independizarse, en 1956, bajo el liderazgo de Kwame Nkrumah.

Por su parte, Nigeria fue colonizada en 1885 y constituyó un territorio estratégico para el Reino Unido por su riqueza. Se trataba de la región más poblada del continente, con una gran diversidad de culturas. Para gobernar este inmenso país, el Reino Unido recurrió al gobierno indirecto e instituyó un sistema federal que trataba de respetar las especificidades de todos los territorios. Pero este sistema, si bien garantizó la gobernabilidad, también provocó desigualdades y problemas de cohesión. Algunas zonas de Nigeria se convertirían en dinámicos polos industriales y de comercio, otras empezaron a producir petróleo, mientras otras se quedaban estancadas. En 1960, Nigeria alcanzó la independencia con una constitución federal, pero pronto estallaría el problema territorial.

El sueño de Bismarck

Hasta el siglo XIX, Alemania había tenido poca presencia en el continente africano. Pero la reunificación despertó las ansias coloniales alemanas. Cuando Prusia consiguió unir el país bajo su tutela, Alemania contaba ya con potentes empresas de comercio con una fuerte implantación en África, como la Casa Woermann, y las usó como instrumentos de penetración colonial. En 1884 se envió al explorador Gustav Nachtigal a África Occidental, quien lograría convertir Togo y Kamerun en colonias alemanas.

Por su parte, el comerciante alemán Adolf Lüderitz había comprado en 1883 un pequeño territorio en la costa de Namibia, que sería la base para la creación del África Alemana del Sudoeste en 1884. Ahora bien, los alemanes tuvieron que respetar el dominio sudafricano sobre el enclave pesquero de Walvis Bay, anexionado a la Colonia del Cabo desde 1878.

En 1885 los alemanes establecieron su protectorado sobre un extenso territorio de la costa oriental africana perteneciente al sultanato de Zanzíbar. A partir de este enclave, se apoderaron de Tanganica, Ruanda y Urundi y agruparon estos dominios en la colonia del África Oriental Alemana. Los colonos tuvieron que enfrentarse a diversas rebeliones de los autóctonos, la principal de las cuales fue la revuelta Maji-Maji, en 1905.

El sueño de Bismarck, el artífice de la unidad alemana, era unir Tanganica con Kamerun y Togo en una gran colonia, Mittelafrika, pero los ingleses no lo permitieron. Alemania invirtió mucho en sus colonias africanas y logró que fueran muy productivas y que se integraran rápidamente en el mercado mundial. Así, se dotó a Kamerun y Tanganica de largas líneas de ferrocarril y en África Oriental se crearon gigantescas plantaciones de sisal, café, algodón y caucho. Las ciudades coloniales alemanas, como Duala, Yaundé o Dar es-Salam, se convirtieron en importantes polos económicos donde se concentró mucha población.

Sin embargo, los alemanes actuaron con gran contundencia contra los pueblos que se les resistieron. El caso más grave fue el de los hereros y los namaquas, en el África

Alemana del Sudoeste, que se opusieron ferozmente a la colonización alemana porque eran numerosos los colonos que se apropiaban de sus tierras y les obligaban a hacer trabajos forzados. Cuando en 1904 estalló una insurrección armada de estos dos pueblos, el general Von Trotha dio la orden de acabar con todos los rebeldes. Las tropas alemanas no solo ejecutaron a numerosos hereros y namaquas, sino que envenenaron los pozos del desierto donde les acorralaron para que sucumbieran de sed. Fue un genocidio en el que murió más del 50 % de la población de estos grupos étnicos: hubo entre 34 000 y 75 000 víctimas mortales

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, las colonias alemanas se encontraron rodeadas de territorios enemigos. Pronto serían atacadas simultáneamente por franceses, ingleses, belgas y sudafricanos. Las tropas coloniales alemanas no tenían posibilidades de recibir refuerzos, ya que las Potencias Centrales no tenían el control del mar. Pese a todo, recibieron instrucciones desde Berlín de resistir al máximo, de tal forma que obligaran a desviar tropas aliadas de los campos de batalla europeos.

Las fuerzas de Togo, Kamerun y África del Sudoeste consiguieron resistir notablemente a las columnas aliadas que los atacaron. Las tropas de Kamerun, tras durísimos combates, incluso lograron escapar a la Guinea Española, territorio neutral, en compañía de 40 000 áscaris y otros cameruneses que se sentían estrechamente vinculados a sus colonizadores. Pero quienes mayor habilidad bélica demostraron fueron las tropas de África del Este, dirigidas por el general Paul von Lettow-Vorbeck. En noviembre de 1914 estas derrotaron al ejército inglés en la batalla de Tanga. Durante años, las columnas del ejército colonial alemán se desplazaron por Tanganica, Mozambique y Rodesia del Norte perseguidas por las fuerzas inglesas, muy superiores numéricamente, las cuales no consiguieron vencerlas jamás. Von Lettow solo se rindió tras el armisticio en Europa.

Territorios controlados por Alemania en África, en 1914.

Finalmente, Alemania perdió todas sus colonias africanas por el Tratado de Versalles. Estas quedaron repartidas como mandato entre Bélgica (Ruanda-Urundi), Francia (la mayor parte de Kamerun y de Togo), Reino Unido (Tanganica, parte de Togo y parte de Kamerun) y Sudáfrica (África del Sudoeste). Para consumar el expolio se acusó a Alemania de explotar sus colonias de forma brutal. Pero en ese momento ninguna institución tuvo el interés y el valor de comparar los métodos de colonización alemanes con los también brutales de las otras potencias.

Italia: la nueva Roma de Mussolini

Italia no resultó muy favorecida en el reparto africano. En 1889 consiguió hacerse con la colonia de Eritrea, en el mar Rojo, una posesión a la que favoreció con grandes inversiones. Muchos italianos se desplazaron allí y las industrias y plantaciones se multiplicaron por el territorio. Los misioneros italianos fueron muy activos y convirtieron a bastantes eritreos al catolicismo. Además, se permitió que muchos cargos medios del Imperio italiano fueran ocupados por eritreos. Ese mismo año Italia también se hizo con el control de la Somalia italiana. En principio, fue administrada por una compañía privada, la Compagnia del Benadir, pero se le retiró la concesión al descubrir que había tolerado el tráfico de esclavos y pasó a ser gestionada directamente por el Estado.

En 1912, Italia, tras una breve pero cruenta guerra italo-otomana, se apoderó de uno de los últimos territorios independientes del continente: Cirenaica y Tripolitana (la costa de la actual Libia). Los italianos lograron ampliar paulatinamente su colonia. Italia envió a una gran cantidad de colonos a este territorio, el más próximo a sus costas, de manera que los colonizadores llegaron a alcanzar el 20 % de los habitantes de Libia.

Hubo diversos episodios de resistencia contra los italianos. Uno de los principales, el del grupo religioso de los sanusíes, dirigidos por el emir de Cirenaica, Idris. Finalmente, este terminó por exiliarse a Egipto en 1922. Por otra parte, se produjo una rebelión de los nómadas del desierto, entre 1928 y 1932, que fue derrotada mediante la represión y el encierro de los beduinos en campos de concentración, donde murieron 50 000 de ellos. Durante la Segunda Guerra Mundial, esta colonia fue el escenario de grandes combates; cuando los ingleses la conquistaron, en 1943, la pusieron bajo su administración. En 1947, los italianos renunciaron a la soberanía sobre esta posesión y en 1951 se convirtió en el reino independiente de Libia, con Idris I como monarca.

Pero, en realidad, el gran sueño colonial para los italianos era Etiopía, por su prestigio histórico como gran reino cristiano, gobernado por los descendientes de Salomón. Ya en 1896 se habían lanzado a la conquista de este reino desde Eritrea, pero fueron vencidos en Adua, una derrota que jamás perdonaron. Cuando Mussolini llegó al poder, el expansionismo italiano se reforzó y se multiplicaron las inversiones coloniales. Con el fin de convertir Italia en una «Nueva Roma», el Duce se lanzó a la conquista de Etiopía en 1935, pese a las repetidas condenas de la Sociedad de Naciones. Los duros métodos de guerra empleados por los italianos les permitieron apoderarse de este reino en 1936. Pero su conquista no duraría mucho: durante la Segunda Guerra

Mundial los Aliados, con apoyo etíope, se apoderarían de Etiopía y de las otras colonias italianas, que jamás volverían a estar bajo soberanía de Roma.

Haile Selassie

Ras Tafari Makonnen nació en 1892; era miembro de la familia real abisinia, que se consideraba descendiente directa del rey Salomón y de la reina de Saba. En 1916, durante el reinado de la emperatriz Zauditu, su tía, asumió el cargo de regente. Y en 1930 fue coronado Negus Nagast («Rey de Reyes»), con el nombre de Haile Selassie. Su fastuosa coronación, cubierta por numerosos corresponsales y reporteros gráficos, lo hizo mundialmente famoso.

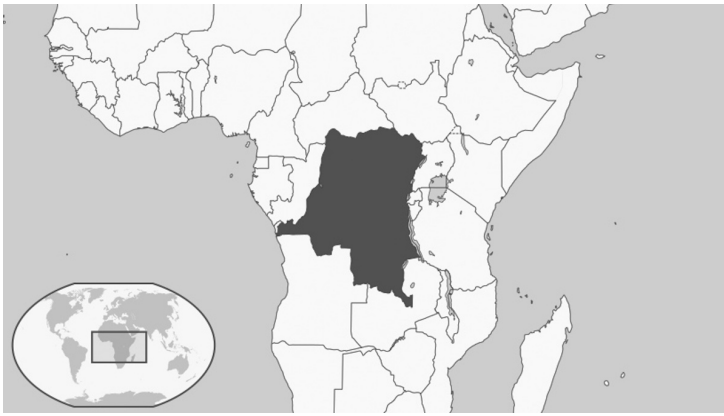
Selassie intentó que el país modernizara su economía sin alterar sustancialmente su estructura social. En realidad, él era un monarca absoluto que ni siquiera firmaba las leyes; lo hacía en su nombre el «ministro de la Pluma». Cuando los italianos conquistaron Etiopía, Haile Selassie se negó a capitular y se exilió en Inglaterra. Durante la Segunda Guerra Mundial volvió a África con apoyo inglés para enfrentarse a las tropas italianas. Logró derrotar a los colonizadores y se convirtió en un mito para africanos y afroamericanos: el negro que había conseguido vencer a los blancos. Pero en 1974 fue depuesto por una revuelta popular antiabsolutista. El Rey de Reyes, el «Elegido de Dios», sería encarcelado y asesinado por los militares marxistas que lo derrocaron.

El Congo: la finca del rey de Bélgica

En la década de 1870, el rey Leopoldo II de Bélgica empezó a soñar con la creación de un imperio colonial personal, y para ello creó un lobby colonialista: la Asociación Internacional Africana. Por consejo del explorador Stanley, Leopoldo II decidió centrarse en la reivindicación del Congo. Para conseguir sus ambiciones, alegó ante las potencias colonialistas que era mejor que él se hiciera con la cuenca del Congo a que se apoderaran del territorio países rivales. De esta forma, logró que en la Conferencia de Berlín se reconociera el Estado Libre del Congo.

Este fue explotado de forma despiadada por los agentes de Leopoldo II. Las principales riquezas de esa posesión que el rey belga exportó fueron el caucho y el marfil. Para obtenerlos se instauró un régimen de terror entre la población, que era sistemáticamente esclavizada y torturada por la Force Publique, el ejército mercenario reclutado por el monarca belga. Cuando en una localidad no se alcanzaban las cuotas de producción que establecían los agentes del Estado Libre, se mutilaba o se asesinaba a sus habitantes, cuyas cabezas o manos ahumadas se llevaban los áscaris para demostrar a sus jefes la labor realizada. Las infraestructuras, como la vía férrea, se construyeron mediante trabajos forzados en que los trabajadores congoleños llegaban a fallecer de hambre y extenuación. Más de cinco millones de personas pudieron morir en el Estado Libre del Congo como consecuencia no solo de los malos tratos sino también del

hambre, porque las poblaciones no tenían tiempo para cultivar los alimentos básicos. El Congo generó inmensos beneficios para Leopoldo, quien llegó a ser uno de los hombres más ricos de su época.

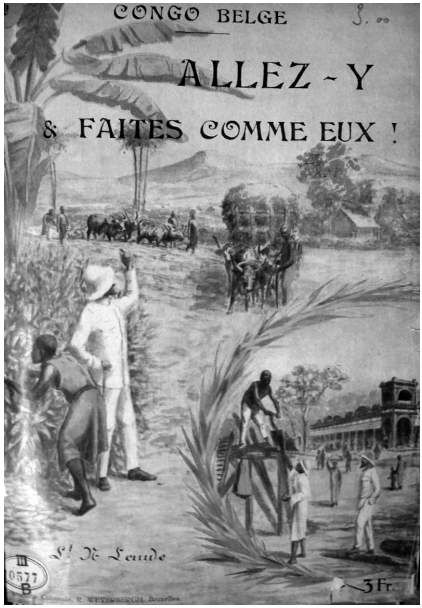


Ubicación del Congo Belga.

Como las noticias de las brutalidades cometidas llegaron a la opinión pública europea y norteamericana y generaron un gran escándalo, Leopoldo decidió en 1908 ceder el Congo a Bélgica, a cambio de una cuantiosa indemnización. Pero las nuevas autoridades belgas no modificaron excesivamente los métodos de explotación del territorio. Cuando la extracción de marfil y caucho entró en decadencia, fue sustituida por la explotación de minerales. Hasta fechas muy tardías estuvieron en vigor los trabajos forzados, y los castigos físicos mediante el chicote (látigo de piel de rinoceronte o hipopótamo).

El sistema paternalista belga se basaba en la segregación de los «indígenas» y para «civilizarlos» se reservó un papel destacado a las misiones católicas. Por otra parte, se consideraba que la educación de los negros era una cuestión que tardaría generaciones, por lo que solo se les preparó para tareas rudimentarias. Cuando se concedió la independencia, en el país casi no había licenciados, ni gente capaz de manejar el Estado y la economía.

El Gobierno belga no creó instituciones participativas para que los congoleños intervinieran en la toma de decisiones. En realidad, estos ni siquiera tenían derecho al voto. Por ello, muy pronto surgió un movimiento anticolonial. Sin embargo, se trataba de una reacción muy fragmentada en grupos étnicos y esto generó dificultades para articular una respuesta conjunta al colonialismo. En 1959, una serie de disturbios anticoloniales pusieron de manifiesto la tensión latente; a lo que se añadió la continua presión de la ONU al Gobierno belga para que descolonizara el territorio. Así, sin apenas preparación, ese mismo año se legalizaban todos los partidos políticos y, en 1960, Congo conseguía su independencia, con Joseph Kasavubu como presidente, y su rival político, Patrice Lumumba, como primer ministro.



Folleto propagandístico producido por el Ministerio de las Colonias del Congo en 1920.

Bélgica también administró Ruanda-Urundi como mandato de la Sociedad de Naciones, tras la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial. Estos territorios se especializaron en la producción de café y también estuvieron sometidos a regímenes de trabajo abusivos, aunque no tan duros como los congoleños. En estos dos reinos, los administradores coloniales colaboraron con la aristocracia y la monarquía tutsis, y mantuvieron marginada a la mayoría hutu (que tenía el apoyo de la influyente Iglesia católica), lo que favoreció el conflicto étnico cuando se avecinaba la independencia.

En Ruanda, en la década de 1950, los nacionalistas hutu se organizaron en el Parmehutu, un partido republicano, mientras que los tutsi se integraron en la Unión Nacional Ruandesa, que defendía el mantenimiento de la monarquía. En noviembre de 1959 hubo una revuelta hutu en la que más de 50 000 tutsis fueron asesinados y muchos otros se exiliaron a Uganda. En 1961, los ruandeses decidieron suprimir la monarquía tras un referéndum. En Burundi también hubo tensiones étnicas, pero no alcanzaron las mismas dimensiones y la monarquía se mantuvo. Ruanda y Burundi obtuvieron la independencia en 1962.

Portugal: primero y último

Portugal fue la primera potencia europea en explorar las costas africanas e instalarse en algunos puntos del continente. Desde el siglo XV, los portugueses crearon ciudades en Cabo Verde, Santo Tomé, Angola y Mozambique. También establecieron algunos puestos comerciales en otras partes del litoral e incluso enviaron a mercaderes, los

denominados *lançados*, a comerciar con las poblaciones del interior de la colonia. Fruto de este prolongado contacto se formaron comunidades criollas lusoafricanas en varias zonas costeras y muchos topónimos de la costa africana todavía hoy son portugueses.

Cuando empezó la fiebre colonial, hacia 1880, los portugueses eran quienes tenían mayores posesiones en África: los archipiélagos de Cabo Verde y Santo Tomé, así como numerosos enclaves en Bissau, Angola y Mozambique. El Gobierno portugués pretendía crear una gran colonia que enlazara Angola con Mozambique, pero en el reparto colonial solo obtuvo una cierta ampliación de los enclaves que ya poseía.

La colonia de Cabo Verde siempre fue muy pobre, pero tuvo ciertos privilegios por estar habitada por población criolla (Guinea Bissau era, en realidad, una dependencia del archipiélago). Santo Tomé se especializó en la producción de cacao, gracias a la mano de obra importada, a veces por la fuerza, de otras colonias. Realmente, las grandes posesiones portuguesas fueron Angola y Mozambique, donde Portugal realizó grandes inversiones.

El Imperio colonial portugués en África, en el siglo XX.

La ideología colonial estaba en la base de la dictadura que António de Oliveira Salazar implantó en 1930 en Portugal. El régimen argumentaba que la misma existencia de Portugal dependía de su imperio ultramarino; además, se concebía a este como una salida para la población más empobrecida de la metrópolis. De esta forma, grandes cantidades de colonos partieron de Portugal hacia Mozambique, Angola y Guinea Bissau. Y, pese al discurso multirracial empleado por el régimen en las últimas fases de la ocupación, en las colonias se implantó una rígida discriminación racial y los negros fueron sometidos a un brutal sistema de explotación.

En la década de 1950, mientras que las otras potencias coloniales empezaban a

planear la descolonización de sus territorios, Portugal se negó a ofrecer la independencia a los suyos alegando que se trataba de provincias ultramarinas y, por tanto, estaban integradas en el territorio metropolitano. Incluso incrementó la presencia de colonos en estos dominios. Pero a principios de la década de 1960 se organizaron movimientos armados de liberación para combatir a los portugueses, como el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO); el Partido Africano para la Independencia de Guinea Cabo Verde (PAIGC); el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA); el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA); la Unión para la Independencia Total de Angola (UNITA); y el Frente de Liberación del Enclave de Cabinda (FLEC).

Amílcar Cabral

Amílcar Cabral (1924-1973) era un ingeniero agrícola caboverdiano que pudo cursar estudios superiores en Lisboa gracias a la situación de privilegio que tenían los oriundos de este país en el Imperio portugués. Cuando regresó a África, en 1956, creó el Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC).

En 1963, ante la resistencia de Portugal a descolonizar sus territorios africanos, su partido optó por la lucha guerrillera, con el apoyo de Cuba, Ghana y Guinea Conakry. Sus técnicas de guerrilla se demostraron muy eficaces. Los hombres del PAIGC consiguieron convivir armónicamente con los campesinos, ya que cuando no combatían trabajaban el campo y comerciaban. Gracias a esto lograron liberar buena parte del país.

Cabral estaba muy influido por el pensamiento de Marx, pero no era estrictamente marxista. Fue uno de los pensadores más agudos de las independencias africanas, ya que lamentaba la deriva autoritaria que habían tomado otros gobiernos africanos.

En 1973 fue asesinado en un complot organizado por algunos de sus hombres, aunque no está muy claro si tuvieron apoyo exterior.

En consecuencia, Portugal se encontró con tres guerras simultáneas en África: en Mozambique, en Angola y en Bissau. Y, a pesar de gozar del apoyo de la OTAN y de Sudáfrica, no consiguió derrotar a ninguno de los movimientos guerrilleros. Estas guerras acabaron siendo muy impopulares en Portugal y fueron el detonante de la denominada Revolución de los Claveles de abril de 1974, que terminó con la dictadura portuguesa. El nuevo Gobierno firmó de inmediato un alto el fuego con las guerrillas independentistas y en poco tiempo concedió la independencia a los territorios africanos.

España: impotencia colonial

España fue uno de los primeros países en lanzarse a la colonización de África. En 1858 consiguió imponer su soberanía en las islas de Fernando Poo (Bioko), Annobón y

Corisco. Pero estos territorios no ofrecieron rentabilidad a la metrópolis durante décadas, por lo que muchos altos funcionarios, conocedores de las pocas perspectivas de estas colonias, propugnaron el abandonismo.

Solo a partir de 1884, Fernando Poo se convirtió en una zona productora de cacao, gracias a la mano de obra extranjera y al proteccionismo del mercado español, que pagaba el cacao de la colonia a un precio superior al del mercado internacional.

Mientras las potencias europeas se lanzaban al reparto de África, España estuvo inmersa en los conflictos coloniales de Cuba. Finalmente, en 1900, la diplomacia española consiguió mediante un acuerdo con Francia un pequeño reducto de las selvas del África Central (Río Muni) y el territorio desértico del Sahara Occidental. Río Muni se convirtió en una zona de explotación de madera y café (este último, también, beneficiado por el proteccionismo). Solo durante los años de la guerra civil española (1936-1939) y de la postguerra hubo cierta diversificación de la economía guineana, pues la autarquía franquista pretendía obtener los productos tropicales que necesitaba de su única colonia en el África negra. Pero, por sus pequeñas dimensiones y por su falta de mano de obra, Guinea no podía responder a las necesidades de la metrópolis. En 1968 se descolonizó en un proceso poco conflictivo.

Por su parte, el Sahara se convirtió en una colonia militar, pues el único rendimiento que obtenía España de aquel territorio era el de la pesca en sus aguas territoriales, si bien en los últimos años de colonización se empezaron a explotar sus ricos yacimientos de fosfatos. España no permitió la autodeterminación de este territorio y solo cuando el dictador Francisco Franco agonizaba, en noviembre de 1975, se firmaron los Acuerdos de Madrid por los que se repartía la colonia entre Marruecos y Mauritania.

El colonialismo español en Guinea y el Sahara no tuvo trascendencia para la vida política ni económica española. En cambio, fue mucho más importante la experiencia colonial en el protectorado español de Marruecos, obtenido en 1912 por un acuerdo hispano-francés. Aunque la zona española de Marruecos era pequeña y pobre, los españoles tardaron en ocuparla de 1909 a 1927, pese al uso de técnicas de guerra brutales. Muchos soldados españoles murieron en batallas como la de Annual. Durante todo el período colonial, el control de estos territorios estuvo en manos del Ejército. España abandonó su parte de protectorado en 1956, después de que Francia concediera la independencia a su zona de Marruecos.

Oceanía colonizada

~ 1788-1992 ~

Oceanía fue el continente más difícil de colonizar para Europa. Era el más alejado de las metrópolis y el conocimiento de sus territorios fue muy tardío. Además, su dispersión territorial dificultaba su exploración y explotación. De los poco más de 9 000 000 km^2 de Oceanía, 7 600 000 km^2 corresponden a Australia y Tasmania, 800 000 km^2 a Nueva Guinea, y 270 000 km^2 a Nueva Zelanda. El resto está repartido entre 25 000 islas, la mayoría de muy pequeño tamaño.

El colonialismo inglés en Australia

Desde hace muchos siglos, las costas de Australia fueron frecuentadas por los pescadores y comerciantes de Sulawesi (isla de Célebes), en Indonesia, pero ninguna de las grandes culturas marítimas de la zona (como la china) trató de colonizar la gran isla ni de establecer allí enclaves.

Los navegantes portugueses ya intuyeron la existencia de una masa continental en Australia, aunque solo la observaron desde lejos. A principios del siglo XVII, los holandeses llegaron a las costas australianas y llamaron Nueva Holanda a esta isla continental. También serían ellos quienes descubrirían en 1642 Tasmania. Posteriormente, en el siglo XVIII, los principales exploradores de la zona fueron ingleses, como James Cook, si bien no faltaron las expediciones de europeos de otras nacionalidades, como la del francés Marion du Fresne.

Ninguno de estos exploradores encontró motivos para ocupar una tierra a la que no consideraban merecedora de la colonización. De hecho, era tan poco el interés que despertaba Australia que no se circunnavegaría hasta 1802. Un poco antes, en la segunda mitad del siglo XVIII, ingleses, franceses y suecos se plantearon la creación de colonias en la mayor isla del mundo. Hasta que finalmente fueron los británicos los

primeros en ponerlas en marcha, con lo que se reservaron la propiedad de este territorio. El Reino Unido decidió establecer estas colonias por motivos económicos y penales, pero también estratégicos: consideraba que podían tener un papel importante como bases para enfrentarse a los holandeses, que estaban en Indonesia; a los españoles, establecidos en Filipinas, y a los franceses, con bases en la India.

Australia tenía muy poca densidad de población y sus aborígenes, que eran cazadores y recolectores nómadas, no parecían dispuestos a someterse a tareas agrícolas. Por ello, desde el principio, el Reino Unido proyectó crear en el territorio una colonia de poblamiento, estableciendo allí a presos, prostitutas y personas consideradas indeseables en la metrópolis. El primer establecimiento colonizador con deportados se instaló en 1788 al sudeste del continente, en la bahía de Botany, adonde llegó la Primera Flota, compuesta por once barcos que traían a 775 convictos. Los primeros colonos libres no llegarían hasta 1793. Con todo, durante décadas, el número de nuevos pobladores fue extremadamente pequeño para un territorio tan grande. A pesar de ello, no faltaron los conflictos: en primer lugar, entre los ciudadanos libres y los condenados a la pena de deportación; y, en segundo lugar, entre quienes practicaban la ganadería extensiva y los agricultores, ya que ambos modos de vida no eran compatibles en un mismo territorio.

En realidad, en un principio los europeos solo ocuparon pequeñas zonas del país: la exploración de la gran isla se fue produciendo escalonadamente a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, con las expediciones de Oxley, Sturt, Eyre, Gregory, Edmund Kennedy y Ludwig Leichhardt. Pero hasta 1862 nadie consiguió atravesar Australia de sur a norte, a pesar de las subvenciones del Gobierno australiano a las exploraciones. Finalmente, lo logró John McDouall Stuart, un aventurero de origen escocés que lo consiguió con la ayuda de los conocimientos que había obtenido de los aborígenes.

El declive de los aborígenes

Se denomina «aborígenes australianos» al conjunto de los pueblos que habitaban Australia antes de la llegada de los colonos. En esta definición también se suele incluir a los nativos de las islas del estrecho de Torres, que pertenecen a un grupo cultural distinto al resto de los autóctonos. En realidad, el término engloba a unos 400 pueblos diferenciados que hablan unas 20 lenguas diferentes, si bien a la llegada de los europeos existían centenares de lenguas que han ido desapareciendo.

Durante mucho tiempo, los aborígenes permanecieron aislados de los pueblos de su entorno, y por ello crearon una cultura peculiar (especialmente, los tasmanos). Cuando llegaron los europeos eran unos 500 000, pero sufrieron una grave despoblación a resultas de la colonización. Esto, en parte, se debió a la importante mortalidad que causaron entre estos grupos las enfermedades contagiosas traídas por los europeos y que para ellos eran desconocidas, como la viruela, que mató en torno a un 50 % de aborígenes. Pero, por otra parte, los autóctonos también se vieron muy afectados por la adicción al alcohol y al opio, y sufrieron mucho las consecuencias de la pérdida de tierras porque se quedaron

sin recursos estratégicos. Por todo ello, a principios del siglo xx, solo quedaban 50 000 aborígenes. Y a pesar de que se estableció un cuerpo de funcionarios conocido como «Protectores de los aborígenes», esta medida fue muy poco eficaz.

Fotografía del año 1860 de los últimos aborígenes de Tasmania.

Entre 1788 y 1868 llegaron a la isla 25 000 condenados (solo el 25% de ellos eran mujeres). Durante este período, los descendientes de europeos fueron colonizando las partes más fértiles de la isla, mientras los aborígenes quedaban confinados a las zonas más inhóspitas. Los gobernadores británicos nunca consideraron a los nativos como legítimos propietarios de sus tierras, y por eso en esta colonia jamás se firmaron tratados, a diferencia de lo que pasó en América del Norte o en Nueva Zelanda. Con el tiempo, la población autóctona acabaría confinada en reservas o misiones. Si bien se delimitaron zonas para la expansión europea, los *squatters* (como se denominó a los colonos que ocupaban ilegalmente los «pastos de la Corona») fueron ocupando tierras aborígenes y se convirtieron en terratenientes.

Los autóctonos pronto se vieron diezmados por epidemias y por choques con los nuevos ocupantes. Inicialmente, los gobernadores ingleses tenían órdenes de mantener buenas relaciones con ellos, pero enseguida estallaron conflictos entre los colonos y la población autóctona en los que esta resultó derrotada, debido a su inferioridad militar. Además de las campañas militares del Gobierno inglés contra los nativos australianos, hay constancia de frecuentes asesinatos de aborígenes a manos de colonos civiles.

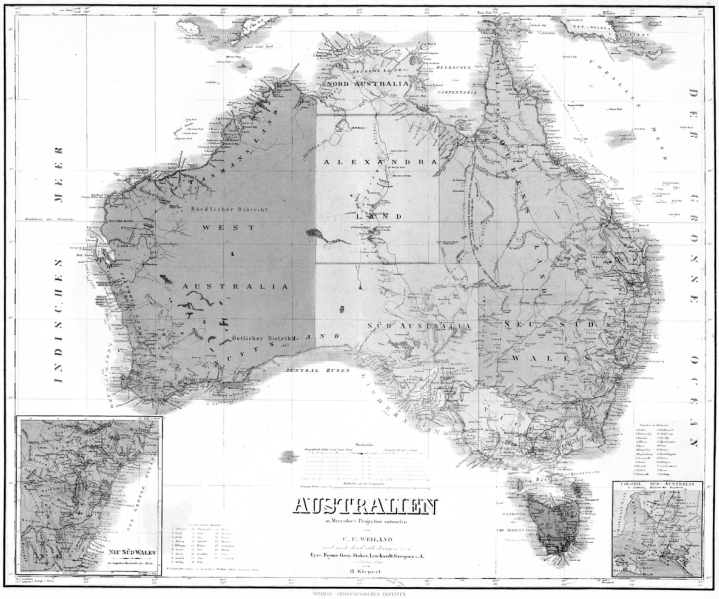
Australia: del oro al autogobierno

En 1850 se descubrió oro en Australia, lo que atrajo a muchos colonos, especialmente hacia la colonia de Victoria. Esto provocó choques entre las autoridades británicas, que defendían que la extracción de este mineral solo podía realizarse mediante una concesión de la Corona, y los mineros, que ocupaban los yacimientos incontroladamente. También hubo enfrentamientos entre mineros blancos y chinos. Ante esta situación, el Gobierno inglés empezó a establecer leyes para favorecer la inmigración blanca. Fueron años de expansión, no solo minera, sino también ganadera y comercial. Pero en la década de 1890 terminó este período de progreso y Australia entró en recesión.

A partir de 1855, el Reino Unido fue concediendo un cierto autogobierno a los territorios de Australia, pues las colonias de poblamiento gozaban de mayores privilegios que las de explotación (aquellas en que la mayoría de la población era autóctona). Los colonos disponían de unas cámaras representativas. Inicialmente solo eran consultivas, pero a partir de la segunda mitad del siglo XIX tuvieron capacidad de decisión en muchos asuntos, aunque siempre supervisadas por un gobernador. El voto en principio era masculino y censitario (solo podían elegir y ser elegidos los hombres con cierta capacidad económica), pero pronto se convirtió en sufragio masculino general.

Gracias a los beneficios otorgados por la Corona, ya en el siglo XIX los territorios de Australia tuvieron infraestructuras de cierta importancia. La isla estaba dividida en seis posesiones británicas: Nueva Gales del Sur, Victoria, Tasmania, Australia del Sur, Queensland y Australia Occidental. Esto fue creando un sentimiento identitario regional que llevó al movimiento nacionalista australiano a exigir, a finales del siglo XIX, no tanto una separación de la metrópolis, como una federación entre las distintas colonias. Entre todos los territorios sumaban tres millones de colonos y se creía que se podría obtener una importante mejora económica si había una coordinación entre ellos. En sus inicios, esta voluntad federalista incluía a Nueva Zelanda, pero paulatinamente este territorio se fue desvinculando de Australia.

En 1900, Inglaterra aprobó la formación de un gobierno conjunto australiano y en 1901 entró en vigor la Commonwealth de Australia, un Estado basado en la federación de todos los territorios y en la supremacía blanca. Como los colonos anglosajones temían que se produjera una inmigración masiva de asiáticos y habitantes de las islas oceánicas, establecieron duras leyes migratorias para garantizar privilegios para los blancos, especialmente respecto a los chinos.



Mapa de Australia de C. F. Weiland (1882) en el que se indican las seis posesiones británicas.

Australia se mantuvo fiel a la metrópolis en los conflictos armados. Colaboró con las tropas inglesas en la guerra de los bóers y envió a más de 400 000 soldados a los campos de batalla durante la Primera Guerra Mundial (de los que murieron 60 000). Hubo tropas australianas en cuantiosos frentes, pero se destacaron en Galípoli, en la batalla del Somme y en Beerseba, en el desierto del Néguev, donde los jinetes australianos protagonizaron una célebre carga de caballería. Australia aprovecharía el conflicto mundial para apoderarse de algunas de las colonias alemanas del Pacífico, que más tarde le serían cedidas como mandato por la Sociedad de Naciones. De esta forma, Australia se consolidaría como una especie de metrópolis subsidiaria del Reino Unido (ya a principios del siglo XX el territorio de Papúa había quedado bajo su administración).

La década de 1920 fue de agitación obrera por la acción de los sindicatos y del pequeño pero muy activo Partido Comunista. Australia mantenía un buen nivel de vida gracias a los acuerdos preferenciales con el Reino Unido, pero sus principales exportaciones eran productos no manufacturados, como el trigo y la lana. Tenía unas leyes sociales avanzadas, pero su economía dependía completamente de las exportaciones a la metrópolis, y este hecho empezó a inquietar a los sindicatos.

En 1926, la Conferencia Económica del Imperio Británico, a través de la Declaración Balfour —que no hay que confundir con la declaración del mismo nombre de 1917—, decidió la conversión de Australia (y de otros territorios, como Canadá o Nueva Zelanda) en «dominios». Este tipo de territorios estaban integrados en el Imperio, prometían lealtad a la Corona, formaban parte de la Commonwealth —el ente de cooperación mutua de los antiguos territorios británicos— y no estaban subordinados a ningún otro estado. Oficialmente, este tratado suprimía el colonialismo como tal en

Australia, pero los australianos, poco interesados en consolidar la plena soberanía, no ratificaron todos los tratados hasta 1942, en plena Segunda Guerra Mundial.

La Gran Depresión afectó especialmente a Australia, porque su economía era extremadamente frágil por la escasa diversificación. Pero en la década de 1930 el país experimentó una rápida recuperación y la economía se fue diversificando. Australia se implicó a fondo también en la Segunda Guerra Mundial, junto con los británicos: su apoyo fue determinante para que Inglaterra resistiera a la Alemania nazi tras la caída de Francia y de los otros aliados. Los australianos acabaron luchando en numerosos frentes.

En 1986, a través del Acta de Australia, aprobada por los Parlamentos de Australia y el Reino Unido, los últimos vínculos entre ambos países fueron anulados (no se realizó el trámite antes porque Gran Bretaña no intentó ejercer ningún tipo de dominio sobre la isla). El continente quedaba así definitivamente descolonizado, aunque la reina de Inglaterra permanecía como jefa del Estado australiano.

Colonialismo inglés en Nueva Zelanda

Las islas de Nueva Zelanda (isla Norte e isla Sur) fueron pobladas en el siglo XIII o en el siglo XIV por navegantes polinesios, que establecieron asentamientos y desarrollaron la cultura maorí. Aunque los primeros europeos que exploraron las islas, en 1642, fueron los holandeses (Zelanda es el nombre de una provincia de los Países Bajos), en el siglo XVIII fueron los ingleses quienes mantuvieron más contacto con el archipiélago. De hecho, el primero en cartografiar sus costas fue el célebre capitán Cook. Cuando en 1817 el Gobierno británico renunció a la posesión de todos los territorios del Pacífico Sur, probablemente debido a las dificultades para colonizar Australia, mantuvo sus aspiraciones sobre Nueva Zelanda.

A principios del siglo XIX solo había unos pocos centenares de colonos en las costas neozelandesas. Las relaciones entre estos y los maoríes atravesaron períodos de guerra y de paz. La actuación de los misioneros protestantes fue importante para la colonización, pues al traducir la Biblia a la lengua de los maoríes tuvieron mucho éxito en extender la evangelización.

Una consecuencia del contacto con los europeos fue que los maoríes de la zona norte pudieron proveerse de armas y atacar y dominar a algunos pueblos del sur en una serie de batallas denominadas «guerras de los Mosquetes», que se desarrollaron principalmente en la isla Norte. Los maoríes, gracias a los barcos europeos que los transportaron, se desplazaron en 1835 a las islas Chatham, habitadas por los morioris, otro grupo de origen polinesio. Allí aprovecharon la superioridad que les daban los mosquetes y sometieron a los 2000 morioris de las islas: mataron a muchos de ellos y esclavizaron al resto. Durante décadas, los supervivientes de los morioris vivieron bajo dominio maorí y se vieron obligados a mestizarse con estos. En 1933 murió el último individuo íntegramente morioris.

En 1840, algunos jefes maoríes de la isla Norte firmaron con las autoridades británicas el Tratado de Waitangi, por el que Nueva Zelanda se incorporaba al Imperio

británico. Aunque las versiones inglesa y maorí del texto difieren significativamente, el tratado supuso una subordinación de los polinesios a las autoridades británicas. Pero, por otra parte, también proclamó la igualdad de derechos entre los maoríes y los súbditos británicos, y el reconocimiento de la propiedad de los maoríes sobre sus tierras (algo impensable en el caso de los aborígenes australianos). Los ingleses firmaron este tratado debido a los movimientos de resistencia maoríes y a las prisas por consolidar su soberanía ante los proyectos colonizadores de los franceses, dirigidos por Jean François L'Anglois, que querían establecer una colonia en Akaroa, en la isla Sur de Nueva Zelanda.

Los maoríes católicos, influidos por los misioneros franceses, se opusieron a la firma del tratado, ya que no creían correcto que su pueblo se sometiera a un gobernador extranjero. Aunque la mayoría de los jefes maoríes firmaron el acuerdo, algunos lo rechazaron; además, entre los firmantes no había representantes de la isla Sur. A la larga, estos tratados fueron vulnerados sistemáticamente, y durante décadas, cuando los maoríes iban a los juzgados neozelandeses para reclamar sus derechos, los jueces afirmaban que esos tratados no tenían ninguna validez.

Nueva Zelanda, como Australia, contaba con un Gobierno autónomo con amplias atribuciones que aplicó, a los ciudadanos de cultura occidental, leyes muy progresistas para la época.

Los neozelandeses se mostraron muy vinculados sentimentalmente al Reino Unido y enviaron tropas a la guerra de los bóers (en Sudáfrica) y, más adelante, reclutaron a más de 100 000 hombres para la Primera Guerra Mundial. Después de este conflicto, Nueva Zelanda ingresó en la Sociedad de Naciones —el organismo creado por el Tratado de Versalles en 1919 y que agrupaba a los países soberanos— y diseñó su propia política exterior, pero mantuvo su estrategia de defensa subordinada a la de Inglaterra. La contribución todavía fue mayor durante la Segunda Guerra Mundial, en la que lucharon 135 000 neozelandeses. Al término de este conflicto, los lazos oficiales con Inglaterra prácticamente desaparecieron.

Los ingleses en el Pacífico

El Reino Unido, la gran potencia naval del siglo XIX, intentó controlar algunas islas del Pacífico, que le servirían para consolidar su hegemonía comercial y militar. En 1877 se crearon los Territorios Británicos del Pacífico Occidental con las posesiones que en ese momento estaban bajo dominio inglés. Posteriormente, se fueron incorporando diversas islas; en el momento de máximo esplendor, esta colonia estaba integrada por las Fiyi; las Salomón; las islas Cook; Pitcairn; las islas Gilbert, Fénix, Canton y Enderbury (actualmente Kiribati); las islas Ellice (ahora Tuvalu); las islas Savage (Niue); Tonga; las islas Unión (actual Tokelau); y Nauru. Por su parte, las Nuevas Hébridas fueron durante mucho tiempo un condominio franco-británico, hasta que se convirtieron en el microestado de Vanuatu.

Pitcairn: el colonialismo por amor

En 1789, el barco británico Bounty recaló en Tahití. Durante la larga estancia, algunos marineros tuvieron relaciones con tahitianas. Tras partir de nuevo, la tripulación se resistió a obedecer las órdenes, ya que deseaban permanecer en la isla con sus amantes. Así que se amotinaron y abandonaron al capitán y a sus marineros más fieles en una chalupa, lejos de los puertos controlados por europeos, y volvieron a Tahití, donde subieron al barco a seis hombres y once mujeres tahitianos y se dieron a la fuga. El grupo de amotinados desembarcó en Pitcairn, una isla por aquel entonces deshabitada, de solo 5 km2, situada a más de 2000 kilómetros de Tahití, y se refugiaron allí, destruyendo el buque.

Pero la vida en este territorio distó mucho de ser idílica, pues acabaron surgiendo tensiones. Por una parte, los británicos trataron a los tahitianos como subordinados y no les permitieron el acceso a la tierra. Además, hubo continuos episodios de violencia entre los residentes en la isla, con numerosos asesinatos, muchos de ellos por celos, que diezmaron la población.

La pista de estos fugitivos no se obtuvo hasta 1808, cuando un ballenero se detuvo en Pitcairn para aprovisionarse. Encontró vivo a solo un amotinado, que vivía allí con diez mujeres y sus hijos. Las autoridades británicas decidieron no juzgarlo.

En 1838, Pitcairn fue incorporada al Imperio británico y se convirtió en el primer territorio del mundo en reconocer el derecho de voto de las mujeres. En 1850 la isla, que estaba en crisis debido a la superpoblación, quedó deshabitada, pues toda la población marchó. Pero al cabo de poco tiempo un grupo de pitcarnianos volvió a instalarse en el territorio. Todavía hoy la isla está habitada por unas cincuenta personas, de nueve familias, descendientes de los amotinados y las tahitianas. Los gobierna un alcalde y dependen de un gobernador británico establecido en Nueva Zelanda. Es la única colonia que Gran Bretaña mantiene en el Pacífico y está bajo la supervisión del Comité Especial de Descolonización de Naciones Unidas.

Ilustración de los amotinados expulsando al capitán del Bounty, William Bligh. Obra de Robert Dodd del año 1790.

La posesión del Pacífico era para los británicos una colonia menor, pues la integraban centenares de islas, algunas de ellas desiertas. Pero adquirieron protagonismo al estallar la Segunda Guerra Mundial, cuando los japoneses ocuparon las islas Gilbert el mismo día del ataque a Pearl Harbor. Más tarde, los japoneses fueron expulsados de allí por los estadounidenses, que convirtieron estos territorios en bases para atacar a las fuerzas niponas. Por lo que respecta a las Salomón, fueron uno de los principales escenarios de la guerra del Pacífico. Hubo grandes operaciones navales allí, pero también duros combates terrestres. Tras el fin de la contienda, el Reino Unido fue cediendo mayor autogobierno a algunas de estas islas, y a las otras las dejó bajo la administración de Australia y Nueva Zelanda. En la década de 1960 procedió paulatinamente a su descolonización, aunque algunos territorios siguen manteniendo vínculos —en forma de colonias, estados asociados…— con el Reino Unido, Australia o Nueva Zelanda.

Francia en Oceanía

Francia no fue una de las grandes potencias coloniales de Oceanía, pero es uno de los países europeos que en la actualidad tiene más presencia en el Pacífico. Uno de los principales territorios franceses en la región es Nueva Caledonia, un archipiélago que fue bautizado por el capitán Cook. A principios del siglo XIX, Francia e Inglaterra empezaron a tener cierta presencia en estas islas, pero fue en 1853 cuando los franceses las declararon colonia francesa y las utilizaron como establecimiento penitenciario para presos comunes y políticos hasta finales del siglo XIX.

En los siglos XIX y XX se intentó atraer a colonos franceses a Nueva Caledonia (junto con Argelia, fue un caso excepcional de colonia de poblamiento francesa). Esto supuso la expropiación de las tierras de los melanesios, que fueron firmemente discriminados a nivel legal y fiscal. Como consecuencia del maltrato, la población kanak se redujo drásticamente hasta quedar por debajo de las 30 000 personas. Pese a su escaso número y a su incapacidad bélica para resistirse a los ejércitos europeos, en la metrópolis se describía a los kanaks como a un grupo de salvajes asesinos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Nueva Caledonia se unió a la Francia Libre y con la llegada de tropas estadounidenses se modernizó. Al finalizar la contienda, los kanaks obtuvieron de forma progresiva derechos civiles. Sin embargo, en la década de 1960, mientras otros territorios franceses avanzaban hacia la independencia, Francia se opuso a las ansias de autogobierno de los kanaks y combatió su nacionalismo intentando atraer a inmigrantes franceses al territorio. Esto radicalizó a los nacionalistas kanaks, que empezaron a reivindicar su soberanía. Ante el crecimiento del nacionalismo, el Gobierno francés organizó en 1987 un referéndum de autodeterminación que fue boicoteado por los independentistas, porque se permitía votar a todos aquellos franceses que llevaran tres años residiendo en el país. Esta consulta popular tuvo una participación muy baja y se mostró favorable a la unión con Francia con el 98,3% de los votos. Tras estos resultados, el movimiento independentista perdió fuerza y Francia consolidó su soberanía sobre el territorio.

Los «eventos» de Nueva Caledonia

La década de 1980 marcó un período de gran tensión nacionalista en Nueva Caledonia. La población de origen melanesio, los kanaks, se articularon en un potente movimiento independentista al que se oponía la población «caldoche», de origen francés. Muchos de estos habían llegado recientemente al archipiélago, movilizados por el Gobierno francés para dejar a los kanaks en minoría y frenar el nacionalismo. Los independentistas del Frente de Liberación Nacional Kanak y Socialista (FLNKS) organizaron ataques contra las posesiones de algunos caldoches, especialmente en la isla de Ouvéa. Es lo que la prensa francesa llamó eufemísticamente «eventos», por no hablar de revolución. Como represalia, en 1984 algunos caldoches asesinaron a diez militantes del FLNKS. Los asesinos fueron liberados por un jurado integrado por europeos.

En abril de 1988, mientras se preparaba el controvertido referéndum de autodeterminación, un comando del FLNKS atacó un cuartel de la gendarmería en Ouvéa y tomó a algunos gendarmes como rehenes para bloquear las elecciones. Las fuerzas francesas torturaron a muchos melanesios hasta que lograron localizar una cueva donde los secuestradores escondían a los rehenes. Tras unas largas negociaciones, los militares franceses asaltaron la gruta y liberaron a los gendarmes. Según algunos testimonios, diversos militantes del FLNKS fueron ejecutados sumariamente.

Jean-Marie Tjibaou fue elegido presidente del Frente de Liberación Nacional Kanak y Socialista en 1984.

Otro territorio de Francia en el Pacífico es la Polinesia Francesa, integrada por 118 islas, de las cuales 51 están deshabitadas, y la mayoría de ellas son muy pequeñas; de hecho, entre todas ocupan 4167 km^2. Francia empezó a implantarse en Tahití y en otras islas en la década de 1840, y a partir de aquí creó los denominados «establecimientos franceses» de Oceanía. Esta presencia europea implicó cambios fundamentales en las islas, cuyos habitantes se convirtieron masivamente al catolicismo y al protestantismo en el siglo XIX, y la economía de la zona se centró en la pesca, en la recogida de perlas y en la producción de copra. Durante la Segunda Guerra Mundial, estos territorios se sumaron a la Francia Libre y muchos isleños combatieron con el Ejército francés;

además, en Bora Bora se instaló una gran base estadounidense.

Pero la discriminación de los habitantes autóctonos continuó siendo dura: hasta 1946 no tuvieron derecho a voto, y solo en 1957 se les otorgó un cierto autogobierno. El movimiento nacionalista empezó a ser activo en la década de 1950 y Francia lo reprimió duramente. Tras la independencia de Argelia, los franceses concentrarían en estos archipiélagos sus actividades nucleares. Para ello, creó el Centro de Experimentación del Pacífico, que hizo casi doscientas pruebas atómicas en los atolones de la zona. Estas pruebas nucleares tuvieron efectos adversos en el medioambiente, lo que reactivó el movimiento nacionalista. El partido Pupu Here Aia, dirigido por el histórico líder Pouvanaa a Oopa, que defendía posturas autonomistas, se vio desplazado por el independentista Tavini Huiraatira, liderado por Oscar Temaru. Como consecuencia de la presión de estos movimientos, hubo mejoras en el autogobierno: primero, en 1977 se concedió cierta autonomía a la Polinesia Francesa, y después, en 1984, se amplió. Además, en 1975 las pruebas nucleares dejaron de realizarse a cielo abierto y empezaron a practicarse solo en emplazamientos subterráneos. En 1992 se decidió suspender este tipo de pruebas y, tras un breve paréntesis, en 1996 se desmanteló el Centro de Experimentación. Ahora, la Polinesia Francesa es un territorio de ultramar y su actividad básica es el turismo.

Por otra parte, en 1887, Francia estableció un protectorado sobre tres pequeños reinos polinesios situados en tres diminutas islas: Wallis, Futuna y Alofi. Pero en el caso de estas tres islas el colonialismo francés fue especialmente suave, porque, como protectorado, las autoridades tradicionales mantuvieron su poder y conservaron las instituciones de autogobierno consuetudinarias. Wallis fue ocupada por los estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, un período de gran dinamismo en la isla generado por la actividad bélica. En 1961 hubo un referéndum en el que los habitantes de la zona decidieron permanecer unidos a Francia como Territorio de Ultramar (TOM). En 2003 pasaron a ser considerados como una Colectividad de Ultramar de la República Francesa (COM).

Así pues, el único territorio francés del Pacífico que se independizó por completo es Vanuatu, las antiguas Nuevas Hébridas, que fueron un condominio franco-británico hasta 1980, año en que el archipiélago accedió a la independencia.

El lago español

España fue la primera potencia occidental que empezó a imponer su dominio sobre Oceanía. En 1513, Vasco Núñez de Balboa guio la expedición que permitió a algunos europeos contemplar el llamado «Mar del Sur» (el océano Pacífico) y, en consecuencia, abrió las puertas a la exploración de las tierras oceánicas. En 1520, el portugués Fernando de Magallanes pasó el estrecho que ahora lleva su nombre y se lanzó a los Mares del Sur. Magallanes tocó Guam y algunas otras islas del Pacífico antes de llegar a Filipinas en su viaje de circunnavegación.

En 1527, Hernán Cortés envió la primera expedición española destinada a explorar el Pacífico: la dirigía Álvaro de Saavedra, quien, partiendo de México y tras descubrir

diversas islas y archipiélagos, llegó a Filipinas en cuatro meses. Pero Saavedra no consiguió volver a México: tras años de vagar por el Atlántico y fracasar en sus intentos, regresó a Filipinas. En 1537, un nuevo grupo expedicionario, dirigido por Hernando de Grijalva, salió de Perú hacia el Pacífico y nunca se volvió a tener noticias de ellos; como tampoco logró volver a las costas hispanas de América la expedición de López de Villalobos, quien en 1542 partió de México y exploró numerosas islas oceánicas.

En 1564, Miguel López de Legazpi salió de Nueva España para conquistar Filipinas, adonde llegó y fundó Luzón. Su expedición fue la primera que consiguió volver a costas americanas y puso en funcionamiento la ruta de Filipinas a América que más tarde sería utilizada por el «galeón de Manila», un navío comercial que, desde 1565, una vez al año haría el trayecto entre Manila y Acapulco. Los españoles conocieron muchas islas oceánicas gracias a estas y otras tantas expediciones, como las de Álvaro de Mendaña (1567-1569 y 1595-1596), Fernández de Quirós (1605-1606) y Álvaro de Malaspina (1789-1791). Pero, en realidad, los españoles solo establecieron bases en unas pocas islas que servían como escala al galeón de Manila.

Las islas Marianas se convirtieron en posesión española en fechas muy tempranas. Fue en 1668 cuando se inició la presencia española en este archipiélago con la creación de algunas misiones jesuitas. Y dos años después se instauraba el dominio político de España en Guam y en otros puntos de las Marianas, que eran gobernadas desde Manila. En el siglo XIX se reforzaría el colonialismo en las Marianas con la llegada de reos procedentes de Filipinas. En cambio, las islas Carolinas y las Palaos no se colonizaron hasta 1885. Fue un dominio extremadamente corto, porque cuando España perdió Filipinas, en 1898, vendió a Alemania todas sus islas del Pacífico y se vio obligada a ceder Guam a Estados Unidos.

Los otros colonialismos

A finales del siglo XIX, cuando el tráfico de esclavos por el Atlántico vivía sus últimos días, en Perú se planteó la posibilidad de esclavizar a los habitantes de Rapanui (la isla de Pascua) para que trabajaran en las haciendas y explotaciones de guano. De manera que hacia 1863 muchos de ellos fueron esclavizados por una expedición de varias naves dirigida por Joan Maristany. La isla quedó muy despoblada no solo por el secuestro de cientos de sus habitantes, sino porque esto provocó un éxodo masivo a otras islas y también porque la incursión esclavista causó la muerte de otros muchos habitantes de Rapanui, contagiados por las enfermedades de los europeos. En 1888, Chile firmó un tratado con los supervivientes, y se hizo con la soberanía sobre el territorio. Pero los planes del Estado chileno no funcionaron y se dio la concesión de la explotación de la isla a una compañía especializada en la producción de lana. La situación no mejoró después de eso y los autóctonos de Rapanui denunciaron repetidamente los abusos que cometían contra ellos tanto la compañía como los gobernadores.

A partir de 1860, las empresas comerciales alemanas instalaron factorías en Samoa y en Melanesia. En la década de 1880, Alemania ocupó parte de Nueva Guinea, Samoa,

las islas Marshall, Nauru y algunas de las islas Salomón. Y en 1899 completó sus dominios oceánicos comprando a España las Marianas, las Palaos y las Carolinas. Explotó estas colonias mediante empresas privadas y mano de obra extranjera, y mantuvo unas relaciones poco conflictivas con los autóctonos. Pero, al final de la Primera Guerra Mundial, Alemania perdió todas sus colonias por el Tratado de Versalles, y sus posesiones del Pacífico se repartieron entre Australia, Nueva Zelanda y Japón. El colonialismo japonés en las islas del Pacífico fue extremadamente duro, ya que los japoneses, imbuidos de las doctrinas de superioridad racial, cometieron todo de tipo de abusos contra los autóctonos.

Las islas Hawái fueron un estado independiente hasta 1898, momento en que pasó a ser posesión estadounidense. Unos años antes, los estadounidenses y los europeos habían presionado sobre la monarquía hawaiana hasta lograr una fuerte influencia. Sin embargo, cuando en 1891 asumió el poder, la reina Liliuokalani comenzó a suspender las cesiones que sus antecesores habían hecho a los extranjeros. Esto llevó a que, en 1893, Estados Unidos enviara tropas a la isla para obligar a los isleños a someterse a su hegemonía, lo que provocó una grave crisis política. Con este golpe de Estado derrocaron a la reina y, con el pretexto de combatir la inestabilidad, el Gobierno estadounidense multiplicó sus injerencias y logró que Estados Unidos se anexionara Hawái en 1900. Además, tras la Segunda Guerra Mundial se apoderó de las islas japonesas del Pacífico y las incorporó a su soberanía bajo diferentes figuras jurídicas. En algunas de ellas, como las islas Marshall, los estadounidenses realizaron ensayos nucleares, lo que provocó las protestas de los autóctonos.

La reina Liliuokalani de Hawái en una imagen tomada hacia 1891.

El continente menos descolonizado

Oceanía es el continente con mayor porcentaje de territorios dependientes. Pese a que algunos microdominios, como Kiribati, Vanuatu o Tonga, se han autodeterminado, muchos otros siguen bajo la tutela de potencias coloniales, aunque bajo distintos regímenes de asociación, mucho más suaves que el colonialismo de finales del siglo XIX y principios del XX.

En este ámbito geográfico, Estados Unidos detenta el control de un gran número de territorios oceánicos. Además de Hawái, que es un estado integrante de la Unión, hay diversos territorios subordinados mediante distintas fórmulas al Gobierno de Washington. Guam es en realidad una gran base estadounidense, y también están sujetas a Estados Unidos el resto de las islas Marianas del Norte, la Samoa Americana y las llamadas Islas Ultramarinas de Estados Unidos. Por su parte, el Reino Unido posee solo Pitcairn, mientras que Francia ejerce su dominio sobre Wallis y Futuna, Nueva Caledonia y la Polinesia Francesa. Australia controla las islas Cocos, las Norfolk y la isla de Navidad; y Nueva Zelanda posee las islas Cook, Niue y Tokelau. En cuanto a la isla de Pascua y el archipiélago Salas y Gómez, están integrados en Chile.

Es decir, dieciséis territorios se encuentran todavía, de una forma u otra, bajo una situación de dependencia, y solo catorce han llegado a ser soberanos. Entre estos figuran los grandes estados de la región: Australia, Nueva Zelanda y Papúa Nueva Guinea. Pero también diversos microestados, algunos de los cuales figuran entre los más pequeños y menos poblados del mundo: Fiyi, las islas Marshall, las islas Salomón, Belau (o Palaos), Kiribati, Micronesia, Nauru, Samoa, Tonga, Tuvalu y Vanuatu.

Sociedades colonizadas, sociedades nuevas

~ Siglo XX ~

El colonialismo supuso cambios radicales en los territorios dominados. No es solo que algunos pueblos estuvieran sometidos a otros durante cierto período, sino que las sociedades afectadas por esta dominación sufrirían transformaciones que marcarían profundamente su futuro. El proceso colonial se convirtió en un elemento clave de la globalización, porque, además de unificar el mundo bajo la tutela de Occidente, también homogeneizó sus diferentes modos de vida y de gobierno.

La herencia: el Estado

A principios del siglo XX, grandes extensiones del planeta estaban habitadas por sociedades sin Estado: desde el oeste americano hasta las selvas africanas, pasando por zonas de Oceanía y por las estepas centroasiáticas. Estos pueblos se organizaban en sociedades segmentarias o en tribus sin que existiera un gran poder centralizado.

La era del imperialismo supuso la expansión a nivel mundial del modelo estatal. Todos los pueblos del mundo quedaron sujetos, de una forma u otra, a la autoridad de un Estado, que detentaba el monopolio de la violencia legítima. Y para poder librarse de la dominación extranjera, la comunidad internacional les exigió, al descolonizarse, deshacerse de sus estructuras tradicionales y convertirse en estados. Algunos de estos pueblos, que se habían resistido a la colonización y que habían conservado sus formas de poder tradicionales, se constituyeron en estados impregnados por sus propias lógicas de gobierno; así, las monarquías petroleras del golfo Pérsico aún hoy mantienen formas de poder heredadas del pasado y se rigen por la interpretación más estricta de la ley islámica. En otros países colonizados, las estructuras estatales no lograron imponerse a largo plazo y, finalmente, las fuerzas políticas subyacentes consiguieron derrotarlas: es lo que sucedió en estados fallidos como Somalia o Afganistán, o incluso en Libia tras la

caída de la férrea dictadura de Gadafi.

Los nuevos estados se formalizaron usando las antiguas fronteras establecidas por los límites coloniales. En muchos casos no se correspondían, por tanto, con las entidades políticas preexistentes y sentidas como suyas por los habitantes de la región. De esta forma, las nuevas fronteras separaron a familias, linajes, clanes y grupos étnicos y forzaron a convivir a grupos que habían tenido en el pasado una relación extremadamente conflictiva. Esto, a medio plazo, se convirtió en un elemento de fuerte inestabilidad. Un ejemplo claro es el de Sudán, un país que se vieron obligados a compartir las poblaciones negroafricanas del sur con las elites arabizadas del norte, que tradicionalmente las habían sometido y esclavizado. Esto acabó generando una guerra civil que duró décadas, hasta que se consumó la secesión de Sudán del Sur.

Las formas políticas de los nuevos estados independientes estaban inspiradas, en buena parte, en las experiencias que habían vivido sus poblaciones durante el colonialismo. Y todas las colonias, en cierta medida, fueron gobernadas de forma autoritaria: los habitantes de África, Oceanía y Asia estuvieron sometidos a la tiranía de gobernadores, prefectos, administradores coloniales, capitanes y agentes de «Asuntos Indígenas». Durante el período colonial, ni hubo una formación democrática para sus habitantes ni estos tuvieron ocasión de practicar la vida en democracia. No es extraño que muchos estados, de Indonesia a Argelia y de Uganda a Filipinas, acabaran derivando en dictaduras.

El etnocidio

Los colonizadores europeos estaban convencidos de su superioridad. Pensaban que la conquista de otros continentes no solo era una consecuencia lógica de su supremacía militar, sino que además estaba asociada a una preeminencia cultural, moral e incluso, para algunos, biológica. Por lo tanto, para ellos, obligar a los pueblos colonizados a abandonar su cultura, a «modernizarse», se consideraba algo positivo. Y por eso, en mayor o menor medida, fueron obligados a «aculturarse», esto es, a modificar su forma de vida para adaptarse a las exigencias de los colonizadores.

Los niveles de aculturación, no obstante, variaron notablemente de una colonia a otra. En primer lugar, en aquellas zonas donde se mantuvo un protectorado, como en Zanzíbar o Egipto, se conservaron las autoridades locales precoloniales y estas mantuvieron muchas competencias en lo referente a la vida cotidiana de sus ciudadanos. Además, los ingleses, para llevar a cabo su política de gobierno indirecto, trataron de no interferir en la cultura y las formas de gobierno locales. Sus políticas, pues, fueron mucho menos duras que las diseñadas desde París, porque los franceses, bajo su consigna de asimilación, con frecuencia mostraron una gran agresividad hacia las formas de vida de los colonizados.

Barreras y sistemas de pases

Fue frecuente que los gobiernos coloniales establecieran trabajos forzados para la población local. A fin de garantizar su cumplimiento se tuvieron que inventar sistemas de control de población, mucho más rígidos que los que imperaban en Europa. En bastantes territorios se implantaron cartillas o pases que limitaban los movimientos de los colonizados (el caso más extremo fue el de los pases aplicados en la Sudáfrica del *apartheid*).

Además, en algunas colonias se instalaron barreras en las carreteras, en los límites entre distritos. Cuando la población viajaba, debía mostrar a los soldados la autorización para hacerlo expedida por el prefecto o la autoridad de la zona. Tras la independencia de muchos países africanos, estas barreras pervivieron. Aún en el presente, en los mismos puntos en que antaño se establecieron los controles coloniales, se instalan destacamentos del ejército, que cortan la carretera con una caña sostenida entre dos bidones. En ellos, además de identificar a los viajeros, con frecuencia cometen exacciones contra ellos; las mismas que, según recuerdan los más ancianos, cometían los áscaris durante el período colonial.

El uso de misioneros en la labor colonizadora también agravó el nivel de aculturación: allí donde la dominación fue acompañada de una actividad misionera intensa, las formas de vida locales se vieron más afectadas. A los religiosos no les bastaba con que los colonizados aceptaran la tutela de la metrópolis y trabajaran para ella; querían mucho más: que asimilaran el concepto cristiano de «familia», que abandonaran la poligamia si la practicaban, que aceptaran nuevos conceptos morales o que se sometieran a un nuevo culto. En el Congo Belga o en la Guinea Española, los misioneros buscaron la ayuda estatal para forzar la conversión de los «infieles». De esta forma, por ejemplo, en Guinea, a los polígamos no se les admitía como funcionarios ni se les otorgaban nombramientos de jefe «tradicional».

Por otra parte, fueron muchas las colonias donde los colonizadores impusieron su lengua. Mientras ellos podían vivir en un territorio sin conocer la lengua local, era inconcebible que un autóctono progresara sin saber la de los colonizadores. Así, muchos pueblos que no poseían escritura fueron enseñados a escribir en inglés, francés, alemán o español. Esto produjo con el tiempo una situación de diglosia, es decir, la lengua foránea terminó adquiriendo una posición de dominio sobre la lengua local. En algunos casos, tras la descolonización, los vínculos lingüísticos instaurados por la dominación extranjera sirvieron para crear lazos neocoloniales, como es el caso de la Francophonie, la institución que agrupa a los países francófonos bajo la tutela de Francia.

«El grupo social subyugado militar y económicamente es deshumanizado»

Frantz Fanon (1925-1961) fue un psiquiatra martiniqués que estuvo muy influenciado por Marx, pero también por el psicoanálisis y por la doctrina de la

negritud (fue Aimé Césaire quien lo introdujo en los círculos intelectuales). Fanon, al atender a enfermos psiquiátricos de colectivos colonizados, se dio cuenta de que no podía tratar sus patologías sin considerar el marco colonial. Afirmaba que la colonización enaltece al colonizador y a su cultura frente al colonizado y acaba generando complejos y autoodio en este.

Fanon, que había luchado de muy joven en la Segunda Guerra Mundial con las fuerzas de la Francia Libre, fue enviado a Argelia en 1953. Allí pudo observar los abusos de los franceses contra los independentistas argelinos y dio apoyo activo a la guerrilla del Frente de Liberación Nacional, hasta ser expulsado de la colonia. Sus obras, sobre todo *Piel blanca, máscaras negras* y *Los condenados de la tierra,* han influenciado en buena parte de los estudiosos del fenómeno colonial.

El psiquiatra martiniqués Frantz Fanon

Las estructuras familiares no escaparon a las transformaciones impuestas por la colonización. En buena parte del planeta existían tipos de organización familiar distintos de los occidentales. Esto hacía que, mientras en unos lugares se admitía la poliginia, el matrimonio de un hombre con varias mujeres, en otros se toleraba la poliandria, el casamiento de una mujer con varios hombres. Estos modelos eran ajenos a los vigentes en la Europa y los europeos trataron de imponer la familia nuclear, presentada como una forma de vínculo superior. Este cambio de la estructura familiar, que estaba en la base de la sociedad, afectó con frecuencia a las formas de vida cotidiana de los colonizados, alterando muchos aspectos de su día a día, desde las solidaridades locales hasta la organización del trabajo.

Producir para el mercado

Durante el período colonial, las poblaciones de los países colonizados se vieron obligadas a asumir el papel económico que les reservaba la metrópolis. Las economías locales, que habían garantizado secularmente la supervivencia de sus habitantes,

tuvieron que adaptarse a las lógicas del capitalismo. Para construir las infraestructuras coloniales y producir los bienes de exportación que requería la metrópolis, millones de personas fueron obligadas a realizar trabajos forzados. Esto implicó en muchos casos un abandono de las prácticas económicas que garantizaban la subsistencia de la población, por lo que el período colonial estuvo acompañado de grandes hambrunas.

Se desposeyó a una parte importante de los habitantes de las colonias de sus recursos tradicionales. Y no fueron pocas las poblaciones nómadas o seminómadas a las que se obligó a sedentarizarse con el fin de delimitar sus tierras y expropiar las restantes. De esta forma, a los cazadores-recolectores y a los agricultores que se dedicaban a la tala y quema se les quitó la propiedad de los bosques y tierras de los que consuetudinariamente disfrutaban, y estas quedaron en manos del Estado colonizador o de las empresas que obtuvieron concesiones en sus territorios. Muchos no las recuperarían jamás.

Por otra parte, el colonialismo forzó grandes movimientos de población. Los colonizadores no crearon empleo donde había gente, sino que llevaron a la gente a las zonas donde había los recursos necesarios para las metrópolis. Hubo desplazamientos masivos de trabajadores. Así, por ejemplo, los británicos llevaron a millones de indios al Caribe y a África; los franceses movilizaron a muchos malgaches hacia sus islas del Índico; los portugueses desplazaron a caboverdianos y angoleños hacia Santo Tomé; se mandó a millones de culíes chinos a Norteamérica, a Oceanía y a algunos países del Caribe. Estas migraciones forzadas, además del dolor que causaron a los que fueron obligados a abandonar sus hogares, en algunos casos generaron mucha inestabilidad, tanto en las sociedades de origen como en las de acogida.

Los habitantes de las colonias se vieron obligados a cambiar sus lógicas productivas. En bastantes casos, a poblaciones centradas en producciones de autosubsistencia se les exigía asalariarse y someterse a una dura disciplina laboral. Las formas económicas tradicionales fueron desapareciendo por la aplicación de las dinámicas capitalistas: la gente se vio forzada a adaptar horarios laborales, a separar la esfera pública de la privada o a priorizar la producción de excedentes por encima de la seguridad alimentaria.

Las economías coloniales, durante décadas o siglos, estuvieron al servicio de Europa. Y en muchos casos lo hicieron mediante un número muy limitado de producciones. Las colonias se especializaron: unas, en la extracción de metales; otras, en el cultivo de cacao, de café, de té, de especias, de copra, etc. Dado que la economía de muchos países estaba al servicio de una sola o de unas pocas actividades dominantes, se provocó una gran fragilidad en estos territorios, que eran muy vulnerables a las oscilaciones de los precios de los productos coloniales. Cuando llegó la descolonización, esto resultó extremadamente perjudicial para estas zonas.

Por otra parte, todas las infraestructuras construidas durante el período colonial no se orientaban a garantizar el bienestar de sus habitantes, sino a maximizar el rendimiento que la metrópolis sacaba de ellos. Los colonizados trabajaron en la construcción de unas carreteras, puertos y trenes que no pretendían mejorar su nivel de vida. Cuando llegaron las independencias africanas, la mayoría de las infraestructuras disponibles, especialmente en las colonias de explotación, estaban orientadas exclusivamente hacia

la exportación de productos. Todas las vías férreas de África conducían del interior a la costa: ninguna había sido pensada para unir las poblaciones del continente.

En el ámbito de la sanidad, la colonización originó en un primer momento un descenso de la población, pues a las consecuencias de los trabajos forzosos se le añadió la introducción de enfermedades contagiosas procedentes de Europa. Solo en el siglo XX se empezó a poner en marcha sistemáticamente un programa sanitario para los colonizados: primero cubría únicamente a los trabajadores de las empresas coloniales y más tarde se fue extendiendo. Aunque en muchas colonias el sistema sanitario era discriminatorio y se dedicaban muchos más recursos a curar a los colonizadores que a los colonizados, la llegada de la medicina occidental, sobre todo a partir de 1920, permitió mejorar la esperanza de vida de muchos pueblos colonizados y les garantizó un crecimiento rápido.

No hay imperio que dure mil años

La colonización fue, siempre, un proceso violento. Los pueblos de África, Asia y Oceanía no aceptaron fácilmente someterse a una autoridad ajena. En algunos casos, el proceso de conquista fue terriblemente sangriento. En otros lugares, los europeos consiguieron mediante presiones y maniobras políticas imponer su dominio sin necesidad de grandes derramamientos de sangre. Pero en prácticamente todas las colonias la imposición del dominio colonial se tradujo en oposición. En un primer momento hubo intentos de resistir la colonización mediante técnicas bélicas tradicionales, pero los colonizados pronto aprendieron, sufriéndolo en sus propias carnes, que la superioridad bélica de Occidente era tal que no era posible vencer a los ejércitos colonizadores en una lucha a campo abierto.

Y, sin embargo, los pueblos dominados no abandonaron jamás la resistencia contra las potencias dominadoras. Esta actitud tomó formas muy diversas, desde la huida a zonas no colonizadas hasta la negativa a trabajar, pasando por el mesianismo religioso o la guerrilla. Cuando el colonialismo se consolidó, el liderazgo de la resistencia pasó de los guerreros a las elites aculturadas. Los colonizados que se habían formado en escuelas europeas y habían llegado a ser maestros, catequistas o funcionarios coloniales pasaron a liderar las protestas. En lugar de convertirse en correas de transmisión de la colonización, como esperaban los colonizadores, aprovecharon los conocimientos de la sociedad dominadora para reivindicar mejoras en las condiciones de vida de sus pueblos.

Las primeras reivindicaciones de los colonizados no eran nacionalistas. Pedían, entre otros derechos, la supresión de los trabajos forzados, la eliminación de la discriminación residencial, el acceso de los colonizados a la educación y a la sanidad o la mejora de los salarios para los indígenas. En definitiva: que los colonizados tuvieran los mismos derechos que los colonizadores. Generalmente, la respuesta de las administraciones coloniales fue la represión.

Con el tiempo, los pueblos colonizados fueron organizando movimientos de resistencia, que tomaron diversas formas: desde iglesias protestantes hasta sindicatos,

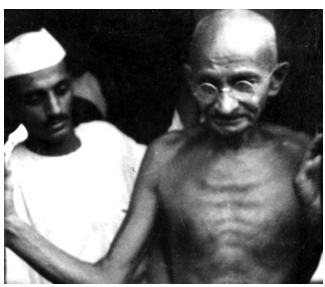
pasando por agrupaciones étnicas, cofradías islámicas o logias masónicas, pero también partidos políticos, obviamente, legales o clandestinos.

Las potencias coloniales no se mostraron nada receptivas a estas reivindicaciones. Ni estaban dispuestas a que los colonizados intervinieran en la vida política de la metrópolis ni querían asumir los costes económicos que supondría ofrecerles una vida digna. Hubo mejoras puntuales, pero la división entre ambos colectivos se mantuvo. Por eso, muchos de los movimientos en favor de los derechos de los colonizados derivaron en movimientos independentistas: con el tiempo llegaron a convencerse de que la única forma de hacer realidad sus objetivos era la secesión.

Mahatma Gandhi: a la independencia por la no violencia

Mohandas Karamchand Gandhi (1869-1948), más conocido como Mahatma ('alma grande'), fue un abogado indio formado en Inglaterra. En 1893 se fue a trabajar a Sudáfrica, y allí se empezó a sensibilizar ante la discriminación de los indios residentes en este territorio. En Natal fundó el Congreso Nacional Indio, que luchaba contra las políticas racistas que marginaban a los indios. A partir de 1906 empezó a organizar protestas no violentas, inspirándose en la filosofía de Tolstói y en la tradición hinduista. Bajo estas consignas, sus seguidores del Congreso se negaban a cumplir las leyes injustas, pero acataban los castigos que les imponían. El eco internacional de las protestas de Gandhi obligó al Gobierno sudafricano a negociar.

En 1915, Gandhi volvió a la India y se dedicó al activismo nacionalista y a la reflexión filosófica, y llegó a movilizar a grandes masas de seguidores. Durante la Segunda Guerra Mundial argumentó que los indios no debían luchar en una guerra por la libertad si esta libertad no incluía a su propio pueblo. Fue maltratado y encarcelado, pero finalmente consiguió que los británicos prometieran la independencia de la India y liberaran a los presos políticos, aunque no pudo evitar la partición del país. Finalmente, fue asesinado por un hinduista radical.



Gandhi en una fotografía de 1933.

Las metrópolis en principio habían planteado la colonización como un proceso transitorio: se dominaría a los pueblos de África, Asia y Oceanía hasta que consiguieran la «madurez» para gobernarse por sí mismos. Pero, cuando los colonizados exigieron el

derecho a autogobernarse, generalmente se les negó con el argumento de que todavía no estaban preparados para la independencia. Esto condujo con frecuencia al endurecimiento de las reivindicaciones anticoloniales. Y, tras la Segunda Guerra Mundial, el marco geoestratégico se volvió claramente favorable para los secesionistas. Las grandes potencias, Estados Unidos y la URSS, se mostraban a favor del derecho a la autodeterminación de los pueblos colonizados, y también les daba apoyo la ONU, reforzada por naciones con firmes convicciones anticolonialistas (como Yugoslavia, Indonesia o Egipto). En algunos casos, como el del Portugal de Salazar, que se negó en redondo a permitir las independencias, el proceso descolonizador fue extremadamente traumático. Pero en casi todo el mundo colonizado pronto se hizo evidente que las independencias eran inevitables y se prepararon procesos descolonizadores que contaron con la colaboración de determinados sectores de los territorios colonizados. Las potencias coloniales, cuando ocuparon África, Asia y Oceanía, creían que la era de la colonización duraría muchos siglos. En la mayoría de los casos ni siquiera duró uno.

Construir España desde el colonialismo: desastre después del desastre

Los académicos han escrito mucho más sobre el colonialismo español en América que sobre la presencia de España en África, Asia y el Pacífico. La mayoría de los españoles conocen muy poco de la expansión hispana en estos territorios. Sin embargo, la presencia española en Filipinas fue muy relevante a nivel económico, y la política española, en el siglo XX, estuvo profundamente marcada por el colonialismo español en Marruecos. El tardocolonialismo español es clave para explicar la evolución de la España del siglo XX. No se puede entender la historia reciente de este país sin tener en cuenta su dimensión colonial. Y no se pueden entender las reticencias españolas a una revisión histórica del colonialismo sin entender esta peculiar trayectoria histórica.

Tanteos imperiales en el siglo XIX

En la segunda mitad del siglo XIX, en pleno auge del imperialismo europeo, el expansionismo fue utilizado por los gobiernos españoles de forma recurrente. Entre 1858 y 1863, el Gobierno de la Unión Liberal, que representaba a la burguesía conservadora, optó por una política ultranacionalista y se involucró en la intervención en México en apoyo al emperador Maximiliano, en la expedición franco-española a la Conchinchina y en la Guerra de África. La operación militar en México terminó con un tremendo fiasco, en el que mostró mucha más dignidad el supuesto emperador que sus aliados europeos. La misión a Conchinchina sería de tremenda utilidad a Francia, que la usaría como vía de penetración en Vietnam, país que posteriormente terminaría por colonizar. Pero para España fue una misión absolutamente inútil.

Sin duda, para los españoles la principal operación imperial de la época fue la Guerra de África de 1859 y 1860. Con un pretexto fútil, la revisión de las fronteras de Ceuta, el general O'Donnell, por aquel entonces presidente del Gobierno, declaró la guerra a Marruecos. En definitiva, el motivo importaba poco: eran tiempos de euforia imperial y los españoles querían ampliar su influencia en el mundo. Este conflicto imperialista generó una oleada de entusiasmo patriótico, en que la islamofobia y los sueños de grandeza se daban la mano. Por todas partes se iniciaron suscripciones de ayuda al

ejército, los medios de comunicación se volcaron en estigmatizar al «enemigo» y los intelectuales se sumaron en masa a la marea patriótica. Incluso se envió un batallón de casi medio millar de voluntarios catalanes para reforzar las fuerzas regulares que luchaban en el Norte de África, liderado por el general Prim. Para glorificarlo, Josep Anselm Clavé, el gran dinamizador del asociacionismo musical en Catalunya, compuso, en catalán un «rigodón bélico» que rezaba: «¡Vayamos / y con sangre de africanos / sabremos / teñir nuestras dagas! / ¡Vayamos / y con sangre de africanos / sabremos / lavar nuestras manos! (…) El exterminio juramos / de esta raza de esclavos».

La rápida victoria española en cinco meses culminó en la firma del tratado de paz de Wad-Ras, por el que España obtuvo indemnizaciones de guerra, un tratado de comercio que debía favorecerla y la posesión «a perpetuidad» del punto de la costa donde se había ubicado la pesquería canaria de Santa Cruz de la Mar Pequeña. La victoria despertó una gran euforia popular, de la que es expresión el cuadro *La batalla de Tetuán*, de Marià Fortuny, una de las piezas emblemáticas del orientalismo español.

Pero, como se dijo en la época, la «guerra grande» dio lugar a una «paz chica». Marruecos tuvo que claudicar ante España, pero las ventajas obtenidas por esta en realidad no fueron decisivas ni duraderas. El puerto de Santa Cruz de la Mar Pequeña no fue ocupado hasta 1934, dando lugar a la misérrima y efímera colonia de Ifni. En 1893, a causa de un problema de límites, esta vez en Melilla, estalló un nuevo conflicto entre España y Marruecos, la Guerra de Margallo, que de nuevo se saldaría con una «paz chica».

En la segunda mitad del XIX, mientras muchos imperios coloniales europeos se dilataban, no corrían buenos tiempos para el expansionismo español. En 1865, tras una larga guerra, los españoles se retiraban definitivamente de Santo Domingo. Y en 1868 estallaba en Cuba la Guerra de los Diez Años, que causó cientos de miles de muertes. Aunque España logró finalmente derrotar a los rebeldes, la cuestión cubana seguiría candente: en 1879-1880 las fuerzas españolas tuvieron que luchar en la Guerra Chiquita y en 1895 estalló la Guerra de Independencia de Cuba, que acabaría con la intervención americana y con el desastre colonial del 98 («desastre», obviamente, desde una perspectiva colonial española). Para el orgullo nacionalista español, el golpe fue tremendo, pues el dominio sobre las colonias se consideraba expresión de la grandeza de la nación. España, tras la derrota en la guerra hispano-americana, perdería las colonias del Caribe y Filipinas. Un año más tarde, en 1899, vendería los archipiélagos del Pacífico a Alemania, ya que le resultaba imposible controlarlos sin contar con bases en Filipinas. El Imperio español quedaba, pues, reducido a su mínima expresión: las pequeñas y poco prometedoras posesiones africanas.

Un diminuto imperio africano

Mientras España estaba pendiente de sus colonias del Caribe, y en menor medida de Filipinas, las potencias europeas se dividían África. En 1880 se desencadenó la carrera por este continente. Los estados colonialistas de Europa trataban de ocupar el máximo de terrenos africanos, a toda velocidad, para evitar que sus rivales se les adelantasen.

Como hemos visto en capítulos anteriores, la Conferencia de Berlín de 1884 estableció las normas del reparto del continente, que resultaron claramente desfavorables para España. Era necesaria una ocupación efectiva de la costa para reclamar la posesión de territorios continentales. Pero España, que solo disponía de pequeños enclaves en el Sahara y en el golfo de Guinea, tenía pocos argumentos para defender una ampliación de sus posesiones africanas. En realidad, muchos de los funcionarios enviados a Guinea abogaron, directamente, por el abandonismo: pensaban que la colonia africana no tenía ninguna utilidad y que no podía reportar ningún beneficio. Y, ciertamente, fue una colonia claramente deficitaria hasta finales del siglo XIX, cuando se pusieron en marcha las plantaciones de cacao y se consolidó la colonización.

El Desastre del 98 provocó un gran debate entre los intelectuales colonialistas españoles. Algunos regeneracionistas creían que la pérdida de las posesiones de Ultramar debía servir para diseñar un nuevo modelo de Estado, centrado en la extensión de la educación, en la modernización y en el crecimiento económico, y por ello abogaban por abandonar las pocas colonias que le restaban a España. Otros, en cambio, creían que España debía recuperar posiciones en el concierto internacional y que debía hacerlo consolidando su posición en el universo colonial. Al final, triunfaron estos últimos, los partidarios de relanzar el colonialismo. Pero en 1898 casi todo el planeta ya se había repartido. Incluso África, tras la Conferencia de Berlín, había sido despedazada mediante convenios bilaterales entre las potencias colonialistas.

Tras muchas negociaciones, España solo consiguió arrancar una pequeña ampliación de los terrenos que ya había ocupado previamente. A través del tratado hispano-francés de París de 1900, conseguiría el territorio de Río Muni (la parte continental de la actual Guinea Ecuatorial) y también el Sahara Occidental. No se trataba de posesiones muy prometedoras: las colonias de la selva ecuatorial tenían bajos rendimientos para todas las potencias occidentales y Río Muni era un territorio muy reducido y poco poblado. Y el Sahara Occidental era un inmenso pedazo de desierto, donde el recurso económico más significativo parecía ser el banco pesquero que tradicionalmente usaban los pescadores canarios (más tarde, mucho más tarde, serían hallados los yacimientos de fosfatos).

Tras el Tratado de París, la última esperanza para España estaba en Marruecos. El reino alauita a principios del siglo XX mantenía su independencia, aunque su poder era continuamente erosionado por las maniobras imperialistas de las potencias europeas. El Gobierno español del conservador Antonio Maura ambicionaba ocupar parte o la totalidad de este territorio, pero en 1909 un choque armado en los límites de Melilla desencadenó un conflicto armado con Marruecos que en España se saldaría con una violenta revuelta en contra de la movilización de reservistas, la Semana Trágica. Esta protesta tuvo su máxima expresión en Catalunya, donde las protestas contra el decreto de movilización, entre el 26 de julio y el 2 de agosto de 1909, acabaron con más de un centenar de muertos y una represión ejemplarizante. La respuesta de la población española, en este caso, como en tantos otros, no obedecía a una posición anticolonialista, sino que simplemente protestaba porque consideraba que la movilización para la guerra afectaba básicamente a las clases populares, mientras que el

conflicto solo beneficiaba a los ricos.

Finalmente, en la Conferencia de Algeciras de 1912, las potencias europeas acordaron el reparto de Marruecos, cuyo monarca se vio obligado a ceder a las presiones internacionales. El reino alauita se convirtió en un protectorado de Francia y España. Francia mantendría el control del centro del país. Allí, formalmente, se mantendría la autoridad del sultán bajo la supervisión del residente general francés, un militar colonial. España se reservaría el control de la zona norte del país, ya que las potencias rivales de Francia no querían que esta dominara el estrecho de Gibraltar. Además, se reservaba a España, también, una zona de protectorado al sur del país, en la frontera del Sahara Occidental: un territorio semidesértico llamado «zona de Tarfaya» o «protectorado Sur». Un visir, férreamente controlado por el alto comisario (un general español), tendría el poder en la zona española del protectorado, por delegación del sultán.

Los territorios cedidos a España eran los menos ricos de Marruecos. Además, se trataba de zonas en que la autoridad del sultán estaba poco consolidada, por lo que sería difícil imponer el dominio colonial. Por si fuera poco, el principal núcleo comercial de la zona, la ciudad de Tánger, fue excluido del protectorado español y se situó bajo tutela internacional. Marruecos no podría ser la gran colonia española que habían soñado algunos intelectuales colonialistas.

La conquista del Marruecos español no fue sencilla. Entre 1909 y 1926 se sucedieron choques armados entre españoles y resistentes marroquíes, en distintas zonas del protectorado. Fueron las llamadas «campañas de Marruecos». Los enfrentamientos más sangrientos se dieron a partir de 1921, cuando Abd el-Krim el-Jattabi organizó a los pueblos del Rif en contra de la ocupación española. En la batalla de Annual, que tuvo lugar en el verano de 1921, murieron unos 11 500 soldados del Ejército español, de los cuales 9000 eran metropolitanos.

La matanza de Annual despertó una gran oleada de feroz patriotismo. Los medios de comunicación españoles clamaron en favor de una «campaña de venganza» y no faltó quien llamó, directamente, al exterminio de los rifeños. La respuesta militar española fue extremadamente contundente, con bombardeos con armas químicas y prácticas de guerra brutales, como la quema de poblados, la toma de rehenes o las amputaciones a prisioneros y a cadáveres de enemigos.

Pero, pasada la primera oleada de furor bélico, la opinión pública española se empezó a cuestionar la actuación del Ejército en el protectorado y se abrió la llamada Campaña de Responsabilidades, por la que se pretendía juzgar a los responsables de la muerte de tantos soldados. El Ejército abrió una investigación, el llamado «Expediente Picasso», en que se documentaron numerosas malas prácticas por parte de los mandos militares: corrupción, descoordinación, injerencias políticas, malversación de fondos… La Campaña de Responsabilidades amenazaba con salpicar a la monarquía y este es uno de los motivos por los que Alfonso XIII dio apoyo al golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923. La guerra colonial, pues, acabó derivando en una dictadura en la metrópolis.

Primo de Rivera llegó al poder con el plan de abandonar Marruecos. Incluso organizó operaciones para replegar el ejército español, como la retirada de Chauen de 1924. Pero el proyecto abandonista no se pudo llevar a cabo por la firme resistencia de los llamados

«africanistas», los militares agrupados en la Legión y en las unidades de «tropas moras» (Regulares, Mehal-la, Policía Indígena, Harca…), como Dámaso Berenguer, Millán Astray o Francisco Franco. Los africanistas, que abogaban por la máxima dureza para doblegar a los marroquíes, habían conseguido una gran influencia en el Ejército y en la sociedad españoles gracias a años de conflicto, a pesar de que los progresos militares habían sido insignificantes. Exigieron al Gobierno que redoblara sus esfuerzos militares y que apostaran por la ocupación del conjunto del protectorado, cosa que consiguieron.

Primo de Rivera tuvo que rectificar y, con la colaboración francesa, lanzó una nueva ofensiva, cuyo máximo exponente fue el desembarco de Alhucemas en septiembre de 1925, en que una impresionante fuerza aérea, marítima y terrestre franco-española consiguió ocupar el cuartel general de Abd el-Krim. En 1926, las fuerzas coloniales españolas lograron el control de toda su parte de protectorado y, en 1927, Abd el-Krim tuvo que rendirse ante las tropas coloniales del Marruecos francés.

La llegada de la República en 1931 no alteró sustancialmente las políticas coloniales españolas, a pesar de que algunos sectores de izquierdas reclamaron un cambio de orientación del Estado en este campo. Indalecio Prieto, que había advertido proféticamente que la guerra del Rif podía provocar «un contagio de la barbarie» y llevar las prácticas brutales del ejército colonial a la metrópolis, sugirió entregar el protectorado a la Sociedad de Naciones, para que esta gestionara su descolonización. Algunos diputados radicales propusieron extender los derechos constitucionales al Marruecos español, lo que hubiera supuesto alterar por completo el sistema colonial. En el protectorado español, los anarquistas movilizaron juntos a los obreros españoles y marroquíes en favor de más libertades, pero sufrieron la represión…

Al fin, triunfó el continuismo. Manuel Azaña dejó bien claro que los marroquíes no podían «pretender ejercer sus derechos políticos y hasta sus extravíos políticos como si estuvieran en el territorio sagrado de la Península, donde todo está permitido» y añadió que «España todavía sirve para civilizar a alguien bajo su gracia y protección». Y el PSOE, pragmáticamente, terminó por renunciar al abandonismo. La República ni siquiera se atrevió a disolver las unidades africanistas, pese a que eran el fermento de la ultraderecha golpista española.

Abandonismo y anticolonialismo

En España hubo más abandonismo que anticolonialismo. Concepción Arenal criticó duramente que en Guinea se utilizara la colonización penal (el traslado de presos como fuerza colonizadora del territorio, tal como lo hacía Reino Unido en Australia), pero Arenal lo hizo solo porque consideraba que no era justa para los condenados y no porque perjudicara a los colonizados. Diversos altos funcionarios coloniales del XIX, como el gobernador de Guinea, García de Tudela, apostaron por abandonar las colonias, pero solo porque no había suficiente presupuesto para invertir en ellas y sacarles provecho.

Las campañas de Marruecos generaron una oleada de críticas al ejército colonial y a sus prácticas. Los sindicatos y los partidos de izquierdas encabezaron las protestas contra el expansionismo. Pero la mayoría de los que criticaban la

guerra argumentaban que se debían evitar los sufrimientos de los soldados españoles y no cuestionaban la justicia de la operación colonial.

Las obras literarias de Ramón J. Sénder, Arturo Barea, José Díaz Fernández o Ernesto Giménez Caballero dieron a conocer el padecimiento de los soldados colonizadores, pero olvidaron el de los colonizados.

No obstante, no faltaron las voces claramente contrarias al colonialismo, desde el periodista republicano Marcel·lí Domingo o el líder socialista Indalecio Prieto hasta el ministro conservador Yanguas Messía o el líder de la revuelta de Jaca, el militar Fermín Galán. Pero nunca llegaron a influir demasiado en la sociedad española.

Así pues, el Ejército de África seguiría convertido en una fuerza política de primera magnitud, y jugó un papel clave en la represión de la revolución de Asturias de 1934, en la que volvieron a detectarse prácticas brutales como las producidas en las Campañas de Marruecos. Serían los colonizados quienes acabarían con los revolucionarios asturianos. Al fin, los militares africanistas serían el eje central de la sublevación del 18 de julio de 1936. Sin el ejército de África, los sublevados no hubieran conseguido crear una cabeza de puente en la península. Las fuerzas coloniales fueron básicas en la primera fase de la Guerra Civil, en la denominada «guerra de columnas» por el sur de España. Durante la guerra, Franco, un militar colonial, conseguiría monopolizar el poder en el bando rebelde y los africanistas acumularían cargos de poder, tanto en las unidades militares como en la Administración civil. La herencia colonial fue determinante para la victoria de Franco.

El imperio franquista

El triunfo de los sublevados en 1936 llevó asociado un resurgir del mensaje imperialista. Los generales africanistas que gobernaban España creían que una «gran nación», como definían a España, debía tener su propio imperio, y consideraban que Francia e Inglaterra, en el reparto colonial, le habían robado a su país las posesiones que merecía. En los primeros años de franquismo se multiplicaron los mensajes irredentistas. El franquismo no solo reivindicaba Gibraltar, sino también el conjunto de Marruecos, Argelia, Gabón, Biafra y Camerún (cuando no Iparralde, la Catalunya Nord, Andorra y l'Alguer, los territorios de habla vasca y catalana situados fuera de las fronteras españolas).

El estallido de la Segunda Guerra Mundial dio una bocanada de aire a las ansias expansionistas de Franco y los africanistas. Creían que podrían negociar con la Alemania nazi: España entraría en guerra junto al Eje a cambio de un acuerdo para ampliar el Imperio colonial español, a costa de las posesiones francesas e inglesas. El mismo día que las tropas alemanas ocupaban París, las fuerzas españolas entraban en Tánger (ciudad que, más tarde, incluso incorporarían al protectorado español). Los expertos coloniales españoles se lanzaron a diseñar mapas de la futura África española y Franco los llevó a Hendaya, a su encuentro con Hitler. Pero este no valoraba demasiado

el Ejército español y prefería no irritar a sus aliados italianos y franceses del régimen de Vichy con una cesión colonial a España. Hitler no aceptó la propuesta española y Franco no entró en guerra, lo que probablemente, a medio plazo, salvó a su régimen. Así, el factor colonial fue también clave para la supervivencia de la dictadura española.

Tras la derrota de la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial, el régimen trató de «rehacer su virginidad», como decía el diplomático Agustín de Foxá. Los mensajes irredentistas, que recordaban la complicidad del régimen franquista con la Alemania nazi, fueron quedando de lado. El franquismo, no obstante, no olvidó sus colonias. Ante el bloqueo de las relaciones internacionales y con la política de autarquía en pleno vigor, la Guinea Española sirvió al franquismo para obtener productos tropicales, como cacao, caucho, café, madera, yuca, copra o aceite de palma. Pese a todo, debido a lo reducido del territorio, Guinea no consiguió garantizar el suministro de estas mercancías a todos los españoles, y en España algunos de ellos estuvieron racionados durante décadas.

El franquismo mantuvo el sistema colonial heredado de la República, pero lo dotó de algunas de las características propias que no hicieron más que reforzar la dureza del régimen colonial. La Administración colonial española en África siempre estuvo militarizada. Con excepción de unos breves momentos durante la Segunda República, los gobernadores de las colonias y del protectorado siempre fueron militares. Y los administradores coloniales que controlaban las distintas zonas también eran militares (del cuerpo de Intervenciones en el Norte de África y de la Guardia Colonial en el África Ecuatorial). El gobernador de Guinea y el alto comisario de Marruecos tenían amplísimos poderes, y los militares que mandaban en los diferentes distritos «mandaban más en su zona que Franco en España», como se decía en Guinea.

Paradójicamente, tanto en el Sahara como en Ifni había más militares de la metrópolis que colonizadores civiles; la mayoría de los civiles, en realidad, estaban al servicio del Ejército. Eran colonias casi improductivas, en las que un porcentaje elevadísimo de sus habitantes estaban adscritos al ejército colonial.

En Marruecos y en el Sahara el colonialismo español respetó las estructuras tradicionales religiosas existentes. Franco incluso pagaba la peregrinación a La Meca de notables marroquíes, y prohibió la evangelización de las tropas norteafricanas desplegadas en España. En cambio, en Guinea se aplicó de forma estricta el nacionalcatolicismo. Se marginó a la población animista y protestante, se trató de imponer la monogamia, se reforzó el papel de las misiones… Los guineanos, los saharauis y los marroquíes no solo fueron víctimas del colonialismo, sufriendo trabajos forzados, explotación y discriminación, como el resto de los africanos, sino que también, como el resto de los españoles, fueron víctimas del franquismo, sufriendo encuadramiento y adoctrinamiento religioso y político, y siendo excluidos de cualquier participación democrática en las instituciones locales.

Abandonar África, sin querer abandonarla

A mediados de la década de 1950, la situación internacional fue cambiando. Francia e

Inglaterra empezaron a plantearse la necesidad de descolonizar el continente, pues la Organización de las Naciones Unidas, dominada por Estados Unidos y la Unión Soviética, no dejaba de presionar a las potencias coloniales. Y España, cuando se incorporó al organismo internacional, se vio obligada a cambiar sus estrategias respecto a las colonias.

Ante la descolonización francesa de su protectorado marroquí y la oleada de nacionalismo que provocó esto en la zona española, Franco se vio obligado a ordenar el abandono del Protectorado Norte, donde él había luchado durante once años. Su primo, que le hacía de secretario y confidente, asegura que el dictador lloró amargamente muchas noches. No obstante, España, sorprendentemente, retuvo la posesión de Ifni y del Protectorado Sur, la zona de Tarfaya, que incorporó administrativamente al Sahara, que también se mantuvo bajo soberanía española. El Reino de Marruecos reclamó la retrocesión de todos estos territorios y armó a la guerrilla del Ejército Nacional Marroquí, que en 1957 intentó anexionar a Marruecos estas posesiones coloniales españolas y algunas francesas. España se vio involucrada en una guerra para salvar Ifni y Tarfaya, unas colonias absolutamente improductivas. Tras unos meses de conflicto, España perdería el control de parte de estos territorios, pero conseguiría alargar unos años la agonía colonial en esta zona.

En 1959, para tratar de retrasar la inexorable acción de la ONU, el régimen decidió convertir las colonias africanas en cuatro provincias: Fernando Poo, Río Muni, Sahara e Ifni. A partir de entonces, el franquismo aseguraba que no tenía colonias, sino que su territorio nacional estaba constituido por provincias iguales en derechos ubicadas en distintos continentes. Se trataba de un cambio solo de maquillaje, porque las provincias africanas siempre tuvieron leyes especiales e incluso se necesitaba un permiso especial para viajar allí. Pero la provincialización supuso una mejora sustancial para la vida de los habitantes de los territorios africanos de España, pues afluyeron capitales de la metrópolis para construir infraestructuras y se redujo la aplicación de leyes racistas.

La provincialización no era un invento español. Ya la había aplicado anteriormente el dictador Salazar en Portugal, también con el objetivo de engañar a la ONU. Salazar había utilizado el lusotropicalismo (una teoría creada por el sociólogo brasileño Gilberto Freyre) para alegar que las acciones de Portugal en sus colonias eran distintas de las realizadas por Francia y por Gran Bretaña y que, por lo tanto, no se podía acusar a los portugueses de colonialismo. Los intelectuales coloniales franquistas imitaron el lusotropicalismo, creando el hispanotropicalismo. Argumentaban que España no había sido nunca colonialista, que jamás había tenido intereses económicos en sus colonias y que los españoles jamás habían sido racistas. Aunque la realidad colonial evidenciaba la falsedad de esta doctrina, en España caló profundamente el mensaje hispanotropicalista. Aún hoy, hay muchos españoles, incluso desde instancias oficiales, que argumentan que los españoles jamás fueron racistas, que España no tuvo colonias, sino provincias ultramarinas, y que el colonialismo español fue benévolo y radicalmente distinto de los otros colonialismos.

¿España es diferente?

Durante décadas, el colonialismo español se sintió acomplejado ante la fuerza expansionista de franceses, ingleses, belgas o alemanes. Los intelectuales defensores del colonialismo español solían insistir en que este era homologable al de otras grandes potencias. El discurso cambió completamente en la década de 1960. Ante la oleada descolonizadora, se quiso desmarcar el colonialismo hispano del resto.

El propio dictador, Francisco Franco, explicaba en 1961: «No puede confundirse la noble empresa de colonización, la elevada tarea de alumbrar pueblos nuevos, entregándoles generosamente —en una verdadera transmutación espiritual— toda la propia herencia de cultura, con este concepto peyorativo y actual, encarnado en dolorosas realidades de hoy, que se ha llamado "colonialismo" o "coloniolaje"».

Manuel Fraga, ministro de Información en los años sesenta, opinaba en la misma línea que Franco en el discurso de concesión de independencia a Guinea: «España aportó un gran bagaje de civilización cristiana, sin prejuicio de razas, respetuosa con las tradiciones ancestrales de los pueblos, modificadora de las condiciones primitivas de existencia, impulsora del desarrollo y del progreso económico». Al parecer, los guineanos no estaban muy de acuerdo con sus afirmaciones. A escasos metros de donde pronunciaba este discurso, los incidentes se multiplicaban. Eran solo la punta del iceberg de lo que iba a llegar.

El discurso hispanotropicalista pudo distraer a los españoles, pero no sirvió para convencer a los colonizados, que continuaron reivindicando la liberación de los territorios coloniales. Finalmente, ante la coyuntura internacional, España otorgó la independencia a Guinea Ecuatorial en 1968 y al año siguiente Ifni se retrocedió a Marruecos. Pero las maniobras neocoloniales realizadas en Guinea fracasaron y, por ello, el franquismo decidió retrasar al máximo la última descolonización pendiente: la del Sahara.

En noviembre de 1975, mientras Franco agonizaba, la administración del Sahara fue cedida a Marruecos y a Mauritania, en una maniobra que vulneraba las directrices de Naciones Unidas, que establecían la necesidad de celebrar un referéndum de autodeterminación. El Sahara español, el colonialismo español en África, el franquismo y Franco terminaron al mismo tiempo. No es casualidad: el colonialismo también era una de las piezas fundacionales de la dictadura.

Las desastrosas descolonizaciones de Marruecos, Guinea Ecuatorial y el Sahara provocaron un desinterés por el colonialismo español en África. En la España democrática, ni los medios de comunicación, ni las instituciones ni el mundo académico prestaron demasiado interés al inmediato pasado colonial. El África español cayó en el olvido.

La otra memoria colonial española

Pero las consecuencias de la colonización hispana se mantienen en África. Las huellas de la presencia española no se han borrado. La cultura de los países colonizados está

hoy en día profundamente marcada por la colonización. En Guinea Ecuatorial sobreviven instituciones nacionalcatólicas, como las Hijas de María, que en la península casi han desaparecido. La dieta de los territorios colonizados cambió radicalmente como consecuencia de la introducción de determinados alimentos durante el período colonial. Las lenguas locales, que fueron perseguidas por el colonialismo, han quedado en Guinea Ecuatorial en una situación de marginación…

Los saharauis y los guineanos, que vivieron durante siglos en una sociedad tribal en que no había un poder centralizado, se han visto sometidos a un Estado despótico que actúa duramente sobre los grupos minoritarios. La dictadura que sufre Guinea Ecuatorial es heredera directa del franquismo, que tomó como modelo. Los saharauis ni siquiera disponen de Estado propio, tras la caótica escapada española. Mientras que en España la memoria colonial caía en el olvido, los colonizados no tenían forma de olvidar la colonización española. La memoria colonial es tan asimétrica como lo fue el mismo colonialismo.

Revisar el colonialismo, en el siglo XXI

A partir de la Segunda Guerra Mundial, los habitantes de África, Asia y Oceanía empezaron a cuestionar sistemáticamente el colonialismo. Denunciaban la discriminación de los colonizados, el racismo, los trabajos forzados, el sistema de pases, los déficits en los sistemas sanitarios y educativos, la aculturación forzada…

Al fin, las potencias colonizadoras cedieron a sus demandas y acabaron traspasando la soberanía de sus posesiones a sus habitantes (intentando asegurarse, antes, de disponer de mecanismos neocoloniales para seguirlas explotando). Cuando ofrecieron las independencias presentaron esta medida como la culminación del proceso colonizador y no como su negación (realmente, los nuevos estados eran más herederos de la colonización que de las realidades precoloniales). Los colonizadores argumentaban que la función del colonialismo había sido civilizar a los salvajes y que, una vez estos ya habían sido plenamente civilizados gracias a la labor de las metrópolis, podían gozar de su plena soberanía. El rey Balduino de Bélgica, tataranieto del criminal monarca Leopoldo II, el que se enriqueció a costa de sembrar el África Central de cadáveres, elogió la tarea de su antepasado en el discurso de independencia del Congo, en junio de 1960, y se irritó sobremanera cuando el primer ministro, Patrice Lumumba, respondió apasionadamente a sus palabras (hay incluso quien cree que Lumumba acabaría siendo asesinado en 1961 justamente por esta intervención).

Las descolonizaciones dejaron un regusto amargo a los colonizadores: en realidad, ni los belgas, ni los franceses, ni los portugueses, ni los holandeses ni los españoles dejaron sus colonias porque creyeran que ya se había terminado «la misión civilizadora». Fueron las circunstancias internacionales y la presión de los colonizados las que obligaron a una descolonización que no se había programado de forma tan temprana.

Las crueldades de la colonización no eran desconocidas por los europeos que vivían en las potencias colonizadoras. Las barbaridades del Estado Libre del Congo habían sido ampliamente publicitadas por Mark Twain, por Roger Casement o incluso por Arthur Conan Doyle. El genocidio de los hereros y los namaquas fue usado por los ingleses y los franceses para criticar la colonización alemana (y, oportunamente, para apoderarse de sus colonias mediante el Tratado de Versalles). Henri Alleg hizo públicas las torturas ejercidas por el Ejército francés en Argelia durante la guerra de liberación nacional… No se ignoraba ni la reclusión forzada de las poblaciones aborígenes de

Australia, ni la desindustrialización forzada de la India bajo el dominio británico, ni el *boom* de las adicciones a las drogas provocado por la intervención occidental en China en el siglo XIX…

En el momento de las descolonizaciones, la mayoría de los occidentales opinaban que la colonización era buena, aunque no negaban que se habían producido «abusos». Consideraban que los crímenes coloniales eran producidos por el mal funcionamiento del sistema colonial. Serían responsabilidad de algunos colonizadores que habrían actuado al margen de la civilización que deberían defender. En realidad, muchos apologistas de la colonización eran capaces de reconocer que el proceso colonizador podía dar pie a muchos abusos. Otros, imbuidos de darwinismo social, iban mucho más allá y consideraban que la destrucción de las sociedades «inferiores» por parte de las «superiores» era un proceso natural e inevitable y estaban convencidos de que los pueblos más «débiles» estaban llamados a desaparecer ante el arrollador avance occidental.

En cualquier caso, el conocimiento de estos crímenes no conllevaba una crítica a la colonización como tal. Se consideraba que los supuestos bienes producidos por el proceso colonial superaban los inconvenientes. En un primer momento se subrayaban los beneficios del proceso evangelizador. Se creía que la difusión del cristianismo entre poblaciones paganas justificaba por sí misma la colonización. Los beneficios de la conversión compensarían ampliamente los perjuicios de la sumisión colonial.

También se valoró extraordinariamente la cultura. Se consideraba que los pueblos occidentales eran «civilizados» porque tenían Estado, escritura, tradición escrita, corpus de leyes codificados… Se suponía que, gracias a la colonización y a la aculturación forzosa, los pueblos de África, Asia y Oceanía habrían pasado del salvajismo o la barbarie a la civilización. Y, además, se consideraba que, gracias a la influencia occidental, las sociedades de estos continentes habrían evolucionado, habrían pasado de ser organizaciones «tribales» en continuo estado de guerra a constituirse en estados modernos basados en la convivencia pacífica. Además, se valoraba muy positivamente que todos los pueblos del planeta hubieran acabado sumándose a la economía global.

La cultura de masas jugó un papel clave en la legitimación del hecho colonial. Múltiples obras de todo tipo cantaban las supuestas virtudes del colonialismo y las hacían llegar a todo tipo de gente en Occidente. Las novelas de Julio Verne y Emilio Salgari o los poemas de Rudyard Kipling eran leídos en todas partes y reafirmaban el sentimiento de superioridad de los occidentales. Los testimonios de los misioneros en las escuelas y en los púlpitos pintaban a los africanos y a los asiáticos como individuos salvajes que eran redimidos por la bondad de los occidentales. Las pinturas bélicas que se exhibían en palacios y parlamentos seguían glorificando las batallas en que los europeos habían aniquilado a las sociedades de otros continentes…

Pero, además de las obras colonialistas generadas durante el período colonial, tras las independencias continuaron apareciendo nuevas producciones culturales de claro tono colonial. El cómic vehiculó el racismo, presentando a los africanos o como salvajes sedientos de sangre, o como inútiles necesitados de tutela occidental; retratando a los asiáticos de Extremo Oriente como seres pérfidos y maliciosos, nada dignos de confianza; y a los árabes como seres sucios y mediocres.

Nuevas películas banalizaron el colonialismo, presentándolo como una experiencia llena de *glamour* (por ejemplo, *Memorias de África*) o una misión heroica de Occidente (como la película de dibujos animados *Elcano y Magallanes, la primera vuelta al mundo*). Cuando aparecieron los videojuegos, los orientados a la construcción de imperios se convirtieron en un éxito mundial: el jugador, como un colonizador real, debía explorar el territorio, expandirse territorialmente, explotar los recursos y, finalmente, exterminar al enemigo… El colonialismo y sus brutalidades se banalizaban por completo.

Hasta finales del siglo XX, la mayoría de los occidentales consideraban, a partir de la formación recibida, que la colonización había sido positiva para los colonizados. Desde posiciones supremacistas, se argumentaba que la religión, las formas políticas, la cultura e incluso la lengua de los europeos eran superiores a las de los africanos, los asiáticos, los habitantes de Oceanía, los indígenas americanos… El mundo, políticamente, se había descolonizado (como mínimo, formalmente), pero las mentalidades de los occidentales (y de muchos no occidentales) estaban lejos de descolonizarse. En las redes sociales los mensajes de glorificación del colonialismo son, todavía hoy, absolutamente recurrentes. No es extraño: gracias al supremacismo, los individuos más marginados de una sociedad se pueden sentir superiores a los individuos de otros continentes.

Pero no todo el mundo estaba de acuerdo. Incluso en Occidente había quien argumentaba que no había ningún tipo de superioridad moral o cultural entre las sociedades, y que el dominio occidental sobre el resto del planeta se podía explicar en términos de superioridad técnica o militar, pero que esto no implicaba de ninguna forma una superioridad moral. Algunos antropólogos demostraron que todas las sociedades tenían complejos sistemas políticos, familiares, jurídicos y lingüísticos, lejos de la concepción evolucionista que se había defendido hasta el momento. Incluso algunos misioneros cuestionaron que Occidente fuera superior espiritualmente a determinados pueblos de otros continentes. Y destacados economistas demostraron que la incorporación de Asia, África y Oceanía a la economía global no supuso el desarrollo de estos continentes, sino su subordinación a otros sistemas económicos. Es decir, su subdesarrollo. Teóricos como Frantz Fanon, Albert Memmi o Edward Said hicieron críticas de gran calado a quienes defendían el colonialismo.

Estos autores planteaban que los crímenes del colonialismo no eran un accidente, sino que la violencia colonial era parte estructural de un sistema. Se apuntaba que no se puede implantar un dominio extranjero sobre un pueblo, y cambiar sus sistemas políticos, religiosos, culturales y lingüísticos, sin violencia. Y se insistía en que la sujeción de los pueblos no occidentales en posición subordinada a una economía mundial constituía, en realidad, un expolio en toda regla. No era cuestión de hablar de los abusos de la colonización, sino de la colonización como un abuso.

Estas posiciones podían ser minoritarias en Occidente, pero, en cambio, estaban sólidamente implantadas en los continentes que habían sido colonizados. Ya en pleno colonialismo, a medida que algunos habitantes de las colonias iban adquiriendo mayores conocimientos de la cultura occidental, los usaban como vía de difusión de su pensamiento crítico contra la colonización. Maestros, catequistas, abogados,

diputados… Los que se suponía que debían ser los abanderados de la occidentalización se convirtieron pronto en los portavoces de la denuncia de la ocupación extranjera. Mientras algunos occidentalizados de los países colonizados defendieron a capa y espada la cultura recién adquirida y estigmatizaron a sus compatriotas, otros contribuyeron a divulgar el pensamiento anticolonial. La mentalidad colonial cada vez era más cuestionada en África, Asia y Oceanía, y también entre algunos sectores de la población de América Latina.

La gran pantalla: fábrica de colonialistas y de racistas

El cine tuvo un gran impacto en la gestación de mentalidades racistas y colonialistas. Ya a finales del XIX en Estados Unidos se rodaban unos filmes que ridiculizaban a los negros (el género llamado *watermelon*). Todavía fue peor el trato que recibieron los asiáticos, que eran retratados como malvados en personajes como Fu Manchú.

La estigmatización alcanzó a todos los no occidentales. Las películas del Oeste mostraron hasta la saciedad a los indios como seres brutales que merecían el exterminio. Las intervenciones del Séptimo de Caballería recibían invariablemente los aplausos del público, por más sangrientas que fuesen.

El colonialismo fue glorificado en las películas de la época colonial. Presentaban a blancos que se «defendían» frente a agresivas sociedades en África, Asia y Oceanía y exaltaban a las fuerzas coloniales que masacraban a los «salvajes».

La alternativa a los filmes en que los europeos masacraban a los «salvajes» eran los filmes en que los europeos salvaban a unos «salvajes» que parecían ser incapaces de defenderse por sí mismos. Al fin, el público acababa convencido de la superioridad de Occidente y de su moral. Aunque el cine de glorificación del colonialismo en el siglo XXI ya no está en su mejor momento, se siguen estrenando muchísimas películas y series que muestran a occidentales (misioneros, periodistas, soldados de tropas internacionales o cooperantes) que salvan a unos pasivos habitantes de otros continentes.

Disculpas de Estado y reparaciones

En las últimas décadas del siglo XX y en los primeros años del siglo XXI, desde los países que habían sido colonizados, algunos colectivos y gobiernos pidieron a determinadas administraciones occidentales, en alguna ocasión, disculpas por los crímenes del colonialismo (más que por la colonización en sí). Pero, normalmente, estas peticiones cayeron en saco roto. De tanto en tanto, los escándalos estallaban, como cuando, en 2001, el general francés de paracaidistas Paul Aussaresses reconoció haber recurrido a la tortura y al asesinato en Argelia para luchar contra el Frente de Liberación Nacional. Aun así, esto no solía repercutir en una crítica global al hecho colonial.

En Occidente las mentalidades fueron cambiando lentamente. El colonialismo fue perdiendo su supuesto *glamour*. Cada vez se hizo más evidente la relación entre racismo y colonialismo. Los historiadores fueron acumulando pruebas de los crímenes del período colonial y en los libros de texto empezaron a aparecer reflexiones críticas sobre la expansión europea. No obstante, no faltaba, tampoco, la exaltación de lo colonial. Los antiguos colonos reivindicaban con orgullo su «labor civilizadora» y su contribución a la grandeza nacional. Y las instituciones y numerosos partidos políticos usaron el colonialismo para difundir mensajes nacionalistas. La defensa de la expansión colonial servía para resaltar la «grandeza» nacional y ofrecía buenos rendimientos políticos.

En los años ochenta del siglo XX, el panorama intelectual se revolucionaría con la aparición de nuevas críticas al colonialismo por parte de académicos procedentes del Sur instalados en universidades americanas, como Gayatri Spivak o Homi K. Bhabha, que crearon la disciplina de los Estudios Postcoloniales, a la que posteriormente se sumaron muchos otros investigadores, como Arturo Escobar, Achille Mbembe, Walter Mignolo o Aníbal Quijano. Estos autores realizaron una crítica epistemológica al discurso colonial, que se sumó a las críticas crecientes a las prácticas coloniales por parte de antropólogos e historiadores especialistas en sociedades extraeuropeas. La progresiva muerte de muchos protagonistas de la experiencia colonial contribuyó a fomentar un debate más crítico con el fenómeno.

Pero, realmente, lo que generó un cambio sustancial en la valoración del colonialismo fue el creciente papel de las comunidades procedentes del Sur en las sociedades del Norte. Las poblaciones inmigrantes, y las descendientes de Asia, Oceanía y África, se convirtieron en agentes activos de la reivindicación de la memoria de los crímenes coloniales. Distintos colectivos empezaron a reclamar que se revisara el pasado colonial, argumentando que la glorificación del colonialismo constituía una ofensa hacia sus víctimas. Añadían que las desigualdades actuales en el mundo, y el racismo que se vive en todo el planeta, también son una consecuencia de la realidad colonial.

En 2001 se celebró en Durban, en la Sudáfrica *pos-apartheid*, la Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia, coincidiendo en el Año del Diálogo entre Civilizaciones. En la declaración final se recordaba el padecimiento de los millones de víctimas del colonialismo y se requería a los Estados que honraran su memoria, que se implicaran en la expresión de disculpas públicas y que establecieran reparaciones por los daños cometidos. Era la primera vez que, de forma masiva, instituciones del Sur pedían reparaciones de este tipo.

Las peticiones, pues, se agrupaban en dos niveles. Por una parte, se instaba a las potencias occidentales a pedir disculpas oficiales por el colonialismo y a reconocer los daños causados por este (y también por la esclavitud, el tráfico de esclavos y el racismo). Se exigía que el colonialismo fuera reconocido como un crimen contra la humanidad. Asociada a esta reivindicación, se exigía a los responsables de la colonización que se hiciera una tarea de divulgación de los crímenes coloniales, que se incorporara esta temática en los programas escolares, que se revisara el nomenclátor,

que se eliminara la glorificación del colonialismo en el espacio público, que se abrieran los archivos para la investigación de la historia colonial…

Por otra parte, también se reclamaban reparaciones por los crímenes del colonialismo (en la línea de las concedidas por Alemania a Israel por el genocidio judío). Esta reparación era mucho más compleja. Por un lado, es obvio que para los Estados occidentales resultaba más fácil hacer declaraciones públicas que movilizar presupuestos para reparar daños pasados. Por otro, había problemas prácticos para llevar a cabo las reparaciones. La mayoría de quienes resultaron perjudicados por el colonialismo ya murieron, y, por tanto, no se puede compensar directamente a las víctimas. Además, las instituciones estatales del Sur no siempre pueden considerarse las representantes de las poblaciones que fueron víctimas del colonialismo, pues a veces colaboraron con los colonizadores en contra de las poblaciones locales (es el caso, por ejemplo, de Marruecos en relación con las poblaciones rifeñas). También es difícil conseguir que las reparaciones redunden en beneficio, justamente, de los descendientes de los afectados por la colonización.

La demanda de reparaciones se dinamizó extraordinariamente con el auge del movimiento Black Lives Matter, a partir del asesinato de George Floyd a manos de un agente de policía en Estados Unidos, en 2020. Este caso de violencia policial en Norteamérica generó un cuestionamiento de los comportamientos en todo el planeta. Las protestas por el asesinato de este afroamericano provocaron una reflexión sobre los orígenes del racismo contemporáneo y sus raíces coloniales. Y algunas movilizaciones terminaron con el derribo de estatuas de colonizadores, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra y en otros países. Colón, el general Lee, George Washington y Cecil Rhodes saltaron de sus pedestales y se rompieron en el suelo; incluso en Mallorca el monumento a fray Junípero Serra fue vandalizado con pinturas. Numerosos intelectuales procedentes del Sur protestaron por la presencia de homenajes al colonialismo en el espacio público y abrieron un debate sobre la memoria colonial. Los afroamericanos lideraron el proceso en Estados Unidos, que tuvo su réplica en América Latina con las protestas de los indígenas y en Europa con movilizaciones de las poblaciones originarias de países del Sur. El cuestionamiento del racismo acabó arrastrando a un cuestionamiento del colonialismo que obligó a las instituciones a pronunciarse.

Algunos gobiernos han decidido rectificar y han ofrecido reparaciones en forma de aumentos de los presupuestos de cooperación al desarrollo o de medidas de condonación de la deuda de las antiguas colonias, argumentando que estas medidas contribuirían a reducir los problemas económicos derivados del colonialismo. Otros, sin embargo, han preferido financiar actividades contra el racismo en el propio territorio nacional, argumentando que el racismo es una herencia del colonialismo. Esto es lo que algunos llaman «justicia restaurativa»: implementar políticas económicas y sociales que ayuden a establecer una situación más justa para los colectivos desfavorecidos que la creada por el colonialismo.

Las diferentes potencias colonizadoras han reaccionado de forma distinta a las reivindicaciones de disculpas y reparaciones. Francia fue muy reticente, durante décadas, a reconocer los problemas derivados del colonialismo. Aunque en 2001 se

proclamó la ley de memoria histórica Taubira, que reconocía la esclavitud y el tráfico de esclavos como un crimen contra la humanidad, cuatro años más tarde se aprobó otra ley de memoria que establecía que los programas escolares debían reconocer «el rol positivo de la presencia francesa en Ultramar». La polémica fue durísima.

Al llegar al poder, Emmanuel Macron se mostró más sensible a las peticiones de reparaciones. Incluso reconoció que Francia había usado la tortura de forma sistemática en Argelia y pidió disculpas por ello. También se comprometió a retornar diversas obras de arte expoliadas de las colonias e inició, en 2021, el proceso de retorno de estas dentro de un procedimiento de «reconciliación de memorias». No obstante, en diversas ocasiones Macron se pronunció en contra de transferir capitales como compensaciones por los crímenes del colonialismo.

En Francia, además de las políticas de restitución del Gobierno central, cabe destacar una multiplicidad de iniciativas, impulsadas por ayuntamientos o por la sociedad civil, para revisar la memoria del colonialismo en el nomenclátor o en el espacio público (como las llevadas a cabo en Burdeos, una ciudad con una larga trayectoria esclavista y colonial). Pero quedan muchos temas pendientes; por ejemplo, el haitiano. Haití se vio obligado a pagar 150 millones de francos a Francia, tras su independencia en 1804, para indemnizar a los propietarios de esclavos que se habían sublevado contra la servitud. Fue una deuda inasumible, que se pagó durante más de un siglo y que provocó el subdesarrollo del país y lo convirtió en uno de los más miserables del planeta. Muchos reivindican, hoy, que estos pagos le sean devueltos.

Por su parte, Alemania, en 2021, tras muchos años de negociaciones con el Gobierno namibio, reconoció el genocidio namaqua y herero de 1904 y decidió ofrecer a Namibia 1100 millones de euros en 30 años en ayudas al desarrollo. Pocas de estas ayudas llegarán realmente a los hereros y a los namaquas, pues tras el exterminio quedaron reducidos a un 7% de la población del país. Ya antes, Alemania había decidido devolver a este país africano los restos humanos depositados en sus museos e instituciones. No obstante, Alemania siempre ha rechazado reconocer las violencias del colonialismo como crímenes de guerra, para evitar reivindicaciones individualizadas de los descendientes de las víctimas. En 2021, Burundi se sumó a la reclamación de reparaciones a Alemania: exigió 36 000 millones de euros a Alemania y Bélgica por las pérdidas causadas por el colonialismo. Alegaba, incluso, que la política colonial era la responsable del conflicto étnico que ha sacudido al país en las últimas décadas.

En 2013 el Reino Unido pidió disculpas a los kenianos por la brutal represión del movimiento Mau Mau en la década de 1950. No solo esto: ofreció una compensación a las víctimas y financió la construcción de un monumento conmemorativo en Nairobi dedicado a ellas. No obstante, no hubo una condena al colonialismo en sí, y el Gobierno británico ha sido reticente a pedir perdón por otras actuaciones coloniales especialmente brutales, como la matanza de Amritsar (en el Punyab, en la India) de 1919. Desde 2014, quince países caribeños reclaman a Gran Bretaña compensaciones millonarias por el tráfico de esclavos y el colonialismo, pero el Gobierno británico siempre ha argumentado que las reparaciones no son la solución. En 2021, no obstante, Jamaica cursó una demanda judicial de reparaciones por la esclavitud.

A Bélgica le costó especialmente reconocer las responsabilidades derivadas del

colonialismo. Incluso resultó muy difícil que el Gobierno belga se excusara por la conspiración que llevó al asesinato de Patrice Lumumba, el primer ministro congolés, en 1961. Pero, al fin, se fueron dando pasos. En 2018, el Museo Real de África Central de Tervuren, una gran institución museográfica colonial, reabrió como Museo de África, anunciando que había descolonizado su colección. Pero la reforma no satisfizo a los críticos del colonialismo, tanto por la presentación de la colección como porque la mayoría de las piezas expuestas eran fruto del expolio colonial. En 2021, Burundi reclamó indemnizaciones multimillonarias a Bélgica por las consecuencias del colonialismo, pero no hubo respuesta por parte del Gobierno belga…

La cuestión de la memoria colonial belga estalló en 2020 con el *boom* del movimiento Black Lives Matter, que se plasmó en el ataque contra algunas esculturas del rey Leopoldo II, responsable de crímenes terribles en el Congo a finales del siglo XIX. Dos semanas después, tras años de dudas, el actual monarca belga hubo de pronunciar un discurso en que mostraba el arrepentimiento de Bélgica por las políticas coloniales practicadas. Pero no hubo un compromiso de pagar reparaciones. El museo de Tervuren, finalmente, acordó ceder parte de su colección a los países de origen, aunque hay múltiples dificultades prácticas para hacerlo.

Italia fue de los primeros países en hacer efectivas reparaciones. En 2008, un acuerdo entre Silvio Berlusconi y el dictador Muamar el Gadafi establecía que Italia pagaría 200 millones de dólares anuales, durante 25 años, a través de un «pacto de amistad» para compensar los daños causados por el colonialismo en Libia. En realidad, este presupuesto estaba destinado, básicamente, a reforzar la lucha de los libios contra la inmigración ilegal (es decir, favorecía más a Italia que a Libia) y se interrumpió tras la caída de la dictadura de Gadafi.

Justin Trudeau, primer ministro canadiense, pidió perdón a los pueblos indígenas por el trato recibido durante la colonización. Volvió a pedirlo en 2021, cuando se hizo público que miles de niños indígenas habían muerto en los internados católicos donde se los ubicaba para separarlos de sus padres.

En México, el presidente López Obrador, en 2021, pidió disculpas a las poblaciones indígenas por el trato recibido por el Estado mexicano durante la Guerra de Castas, entre 1847 y 1901, pero no ha cejado en reclamar, sin resultado, que España también se retracte por sus políticas coloniales.

El Vaticano durante mucho tiempo había elogiado el colonialismo, porque había abierto las puertas a la evangelización; en realidad, la Iglesia católica colaboró estrechamente con los estados coloniales. Pero en 2015, en Bolivia, el papa Francisco I pidió excusas por el papel jugado por la Iglesia en la conquista de América. No obstante, muchos sectores de la Iglesia siguen mostrando su orgullo por su labor en la evangelización de ultramar.

Japón se ha mostrado muy reticente a pedir disculpas por las brutalidades cometidas contra poblaciones asiáticas y oceánicas en la década de 1930 y durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque el Gobierno japonés paga indemnizaciones a las mujeres que fueron obligadas a actuar como esclavas sexuales de sus tropas, la población japonesa es muy reticente a cualquier revisión histórica de su política imperialista.

Los trabajos forzados, la gran asignatura pendiente

Millones de colonizados de Asia, África y Oceanía fueron obligados a trabajar para las administraciones coloniales mediante sistemas de trabajos forzados. La creación y el mantenimiento de las infraestructuras coloniales iban con frecuencia a cargo de los habitantes de la zona. Se movilizaban, por la fuerza, batallones de trabajo y sus integrantes percibían un salario muy bajo o no recibían nada de nada. Si se resistían, eran duramente castigados.

Muchas de las infraestructuras construidas no repercutían en beneficio de las poblaciones locales, sino que estaban destinadas a servir a las empresas de la metrópolis instaladas en las colonias.

Además, en muchos sistemas coloniales había numerosos trabajos reservados a los presos (como el transporte de agua o la limpieza de los espacios públicos). Los administradores coloniales encarcelaban a mucha gente por pequeñas faltas, porque necesitaban mano de obra para estas labores. Así, hubo quien tuvo que hacer trabajos forzados por participar en rituales tradicionales, por saltarse la rígida normativa racista de pases, por protestar contra el colonialismo, por «faltar al respeto» a un blanco…

Los trabajos forzados eran una parte estructural de la colonización, porque sin ellos esta no hubiera podido avanzar. Beneficiaron a las administraciones coloniales, pero también a muchas empresas e incluso a colonos particulares. Y millones de personas no occidentales sufrieron perjuicios por ellos. Hasta ahora, nadie se ha atrevido a plantear el tema de las reparaciones por los trabajos forzados, que, sin duda, serían millonarias.

Estados Unidos también ha sido poco receptivo a excusarse por sus muchas intervenciones exteriores brutales. Una de las únicas excepciones fue la aprobación, en 1993, de la Resolución de Disculpas, una ley por la que se pide perdón a los hawaianos por la intervención de Estados Unidos en el derrocamiento de la reina Liliuokalani, sucedido un siglo antes. Pero Hawái, hoy en día, es territorio norteamericano y esto probablemente explica la excepción. En cambio, no ha habido disculpas oficiales para las agresivas políticas norteamericanas respecto a Japón, China, Filipinas, Polinesia, América Latina… Los casos pendientes de reparación son incontables…

Por lo general, en los países occidentales hay muy poco consenso sobre las disculpas coloniales: amplios sectores de la población todavía comparten ideas etnocéntricas que justifican la colonización a partir de la pretendida superioridad de los colonizadores (la campaña por el Brexit, por ejemplo, fue asociada a la resurrección de la nostalgia imperial británica). Las disculpas generan un amplio disgusto entre los defensores de la colonización, que en Occidente cada vez son menos, pero que no son pocos. Pese a todo, el equilibrio internacional, y el creciente peso de las minorías, obliga a los gobiernos occidentales a actuar. Por lo general, lo están haciendo de forma lenta, sin demasiada convicción, y centrándose en casos particulares, sin una estrategia general. En realidad, no queda demasiado claro por qué un Estado se disculpa en un caso y en otro no, cuando los crímenes son omnipresentes. En todas partes ha habido reticencias a considerar el colonialismo, en sí, como un crimen, y en consecuencia quedan

muchísimas experiencias coloniales sin arrepentimiento.

España, en la cola

En 1963, en un discurso pronunciado en las Cortes españolas, con motivo de la proclamación de la Autonomía de Guinea Ecuatorial, el almirante Carrero Blanco, mano derecha de Franco, afirmaba: «En Río Muni y Fernando Poo ni hay ninguna injusticia que corregir, ni mucho menos ninguna reivindicación que ejercer». No era extraño que Carrero pronunciara estas palabras: el imperialismo formaba parte estructural de la ideología franquista. Para defender la «grandeza» de España se recurría constantemente al recuerdo de la «España donde nunca se ponía el sol», a las «gestas» de los «descubridores», y a la supuesta «labor civilizadora» de la «Madre Patria» sobre los pueblos indígenas de América, Asia, África y Oceanía. Por otra parte, a principios de la década de 1960 muchos políticos occidentales habrían compartido el mensaje de Carrero: el colonialismo todavía generaba un amplio consenso en el seno de las potencias coloniales.

Con el final de la dictadura, los mensajes colonialistas más radicales dejaron de emplearse en España, pero no hubo una revisión en profundidad de la memoria colonial. El 12 de octubre, anteriormente «Día de la Raza» y más tarde «Día de la Hispanidad», se mantuvo como fiesta nacional. Los libros de texto siguieron elogiando la expansión española y los «conquistadores» siguieron llenando el nomenclátor de pueblos y ciudades españoles.

En el año 1992, coincidiendo con el Quinto Centenario del «Descubrimiento», se puso de largo la «nueva España» democrática, con la celebración de los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Exposición Internacional de Sevilla. Con estos eventos, España se presentó como el puente natural entre América Latina y Europa. La experiencia colonial española pasó de ser magnificada como empresa civilizadora a ser loada como «encuentro de culturas» en la «primera globalización». Pero no hubo ninguna asunción de responsabilidades por los crímenes del colonialismo. Se mantuvo, maquillada, la defensa a ultranza de la expansión colonial española (aunque grupos minoritarios lanzaron vivas críticas a la visión colonialista del Quinto Centenario).

El nacionalismo español continuó asociado a la mentalidad colonial. Instituciones como la Monarquía y el Ejército siguieron glorificando las experiencias coloniales pasadas. La conquista de América siguió considerándose un momento de esplendor. Y las críticas a la colonización todavía se clasificaban como una turbia «leyenda negra» creada por los enemigos internos y externos de España. Quien criticaba el colonialismo español podía ser acusado, simplemente, de antiespañol.

Este tipo de mensajes colonialistas, lejos de remitir, se acentuaron en la segunda década del siglo XXI, especialmente cuando el independentismo catalán empezó a chocar con el nacionalismo español. Las instituciones oficiales españolas, ante la difusión del discurso soberanista catalán, apostaron por reforzar el «relato de España», dando una «visión positiva» de la historia de España que facilitara el «orgullo de ser español». Y este «relato de España» incluía, además, una visión positiva de la

expansión colonial española (que fue también muy discutida por el nacionalismo catalán).

Los grupos de ultraderecha, obviamente, se abonaron a un discurso que reivindicaba, «sin complejos», la «labor» de Colón, Magallanes, Blas de Lezo, los tercios de Flandes, fray Junípero Serra, la Legión, los misioneros españoles, «los últimos de Filipinas», las tropas de la guerra hispano-cubana y cualquier grupo de españoles que intentara imponer el dominio de España en cualquier punto del mundo. Exposiciones, películas, ensayos, novelas y cómics resucitaron la glorificación del colonialismo español en pleno siglo XXI.

El nacionalismo español ha demostrado una nula capacidad de autocrítica en el tema colonial. Cuando estalló el movimiento Black Lives Matter, la prensa española reaccionó con cierta simpatía al derribo de estatuas de colonialistas y esclavistas ingleses o franceses. Pero la visión cambió radicalmente cuando hubo ataques a estatuas de colonizadores como Junípero Serra o Cristóbal Colón. Se multiplicaron las reacciones virulentas y se hizo una exaltación sin rubor de la conquista de América.

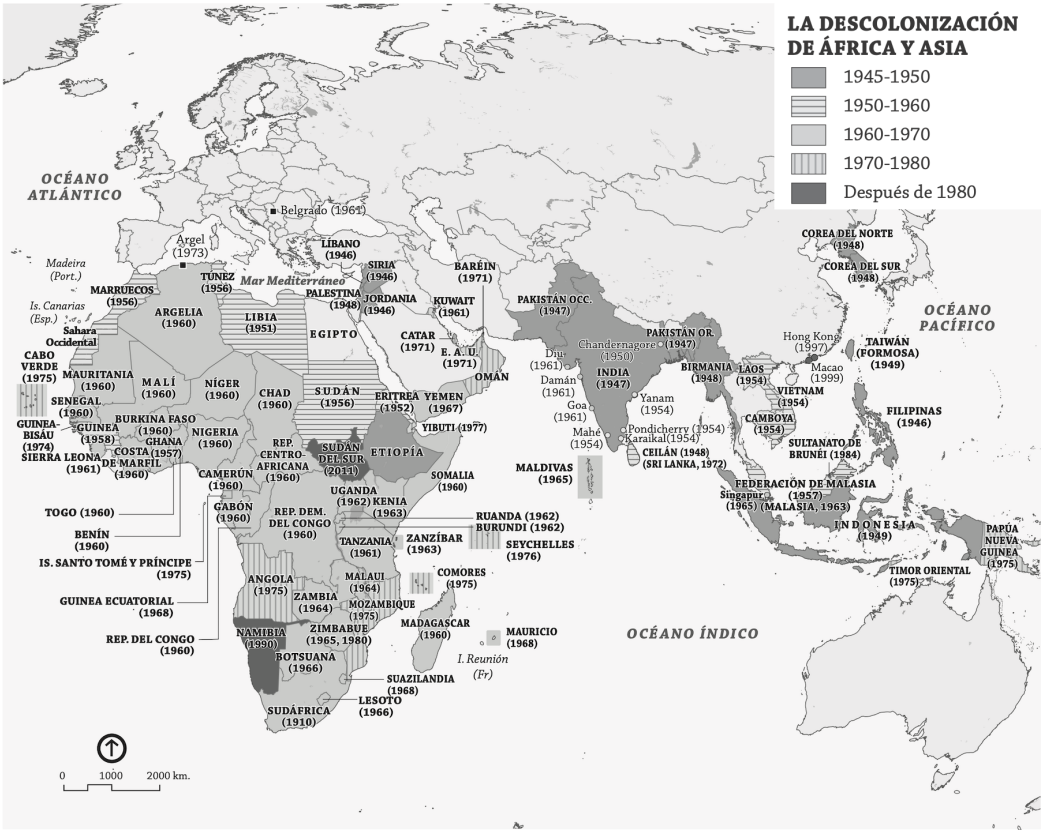
Cuando en 2020 el presidente mexicano, López Obrador, pidió a España que se disculpara por la colonización de México, el Gobierno español rechazó firmemente esta petición, alegando que no se podían analizar los fenómenos del pasado desde una óptica actual (aun cuando el mismo ejecutivo hispano lo ha hecho en repetidas ocasiones a través de la celebración de grandes conmemoraciones relacionadas con la conquista de América). Pero hubo reacciones durísimas también desde la oposición: se calificaron las declaraciones de «afrenta para España», de «ignorancia escandalosa», de «difamación»… Y se tachó de antipatriotas a los defensores de las reparaciones.

En España puede convivir una visión negativa del colonialismo en general con una exaltación del colonialismo español, porque los mensajes hispanotropicalistas del franquismo (que presentaban la presencia colonial hispana como una «labor» benefactora) no han sido eliminados de la mentalidad popular. Aunque algunos académicos han dejado clara la esencia violenta del colonialismo español (como la de todos los colonialismos, por otra parte), muchos materiales de divulgación continúan argumentando que el colonialismo español fue un fenómeno completamente distinto de los colonialismos francés, inglés o belga. En el fondo, esta doctrina refleja un claro supremacismo: España y los españoles no solo son considerados superiores a los pueblos de otros continentes, a los que «ayudan» imponiendo su cultura y su forma de vida, sino que también se los considera superiores a otros pueblos occidentales porque actúan con criterios morales superiores a ellos.

Mientras en toda Europa se multiplican los debates sobre cómo pedir disculpas por el colonialismo, o sobre cómo implementar reparaciones, en España el debate está por abrir. Muchos creen todavía, como Carrero Blanco, que en el colonialismo no hubo «ninguna injusticia que corregir».

Apéndices

OCÉANO GLACIAL ÁRTICO
Groenlandia
Islandia
Alaska
CANADÁ
Terranova
(Colonia R.U.)
IMPERIO RUSO
REINO UNIDO
DINAMARCA
ALEMANIA
FRANCIA
ITALIA
MONGOLIA
ESTADOS UNIDOS
PORTUGAL
ESPAÑA
Azores
Gibraltar
(R.U.)
IMPERIO OTOMANO
CHINA
COREA
JAPÓN
OCÉANO PACÍFICO
Bermudas
MARRUECOS
Is. Canarias
Ifni
LIBIA
EGIPTO
PERSIA
KUWAIT
Hawái (EE.UU.)
Bahamas
Cuba
MÉXICO
RÍO DE ORO
ARGELIA
INDIA
Hong Kong
Macao
Formosa
Is. Guam
GAMBIA
ÁFRICA OCC. FRANCESA
SUDAN ANGLOEGIPCIO
ERITREA
Diu
Goa
INDOCHINA
FILIPINAS
Is. Marianas
Honduras Británica
Jamaica
GUINEA PORTUGUESA
SIERRA LEONA
COSTA DE ORO
TOGO
ETIOPIA
SOMALIA BRITÁNICA
CEILÁN
MALASIA
Is. Carolinas
Guayanas
ESTADO LIBRE DEL CONGO
KENIA
Is. Maldivas
Bismarck
Arch. Bismarck
Is. Gilbert
NIGERIA
TANGANICA
Seychelles
Sumatra
INDIAS ORIENTALES NEERLANDESAS
Is. Salomón
Ascensión
BRASIL
GUINEA ECUATORIAL
ANGOLA
RODESIA
Java
Nuevas Hébridas
Is. Samoa
Is. Fiyi
Polinesia Francesa
Is. Cook
OCÉANO PACÍFICO
CHILE
OCÉANO ATLÁNTICO
CAMERÚN
MOZAMBIQUE
MADAGASCAR
OCÉANO ÍNDICO
PAPUA
AUSTRALIA
Is. Nueva Caledonia
SUAZILANDIA
BASUTOLANDIA
UNIÓN SUDAFRICANA
BECHUANALANDIA
Tasmania
ARGENTINA
Is. Malvinas (R.U.)
Georgias del Sur
ÁFRICA DEL SUDOESTE ALEMANA
NUEVA ZELANDA (1840)
OCÉANO GLACIAL ANTÁRTICO
LOS GRANDES IMPERIOS COLONIALES EN VÍSPERAS DE LA I GUERRA MUNDIAL
Alemania
Bélgica
España
Francia
Países Bajos
Italia
Portugal
Gran Bretaña
Imperio ruso
Imperio otomano
Japón
Dinamarca


LA DESCOLONIZACIÓN DE ÁFRICA Y ASIA
1945-1950
1950-1960
1960-1970
1970-1980
Después de 1980
OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO PACÍFICO
OCÉANO ÍNDICO
Mar Mediterráneo
Belgrado (1961)
Argel (1973)
Madeira (Port.)
Is. Canarias (Esp.)
Sahara Occidental
LÍBANO (1946)
SIRIA (1946)
BAREIN (1971)
TÚNEZ (1956)
MARRUECOS (1956)
PALESTINA (1948)
JORDANIA (1946)
KUWAIT (1961)
PAKISTÁN OCC. (1947)
ARGELIA (1960)
LIBIA (1951)
EGIPTO
CATAR (1971)
E. A. U. (1971)
PAKISTÁN OR. (1947)
Chandernagore (1950)
Diu (1961)
Damán (1961)
Goa (1961)
INDIA (1947)
BIRMANIA (1948)
LAOS (1954)
Hong Kong (1997)
Macao (1999)
TAIWÁN (FORMOSA) (1949)
COREA DEL NORTE (1948)
COREA DEL SUR (1948)
OMÁN
Yanam (1954)
VIETNAM (1954)
CAMBOYA (1954)
FILIPINAS (1946)
CABO VERDE (1975)
MAURITANIA (1960)
MALÍ (1960)
NÍGER (1960)
CHAD (1960)
SUDÁN (1956)
ERITREA (1952)
YEMEN (1967)
YIBUTI (1977)
SENEGAL (1960)
GUINEA-BISÁU (1974)
GUINEA (1958)
BURKINA FASO (1960)
NIGERIA (1960)
GHANA (1957)
COSTA DE MARFIL (1960)
SIERRA LEONA (1961)
REP. CENTRO-AFRICANA (1960)
SUDÁN DEL SUR (2011)
ETIOPÍA
Mahé (1954)
Pondicherry (1954)
Karaikal(1954)
CEILÁN (1948) (SRI LANKA, 1972)
SULTANATO DE BRUNÉI (1984)
MALDIVAS (1965)
CAMERÚN (1960)
SOMALIA (1960)
FEDERACIÓN DE MALASIA (1957) (MALASIA, 1963)
Singapur (1965)
UGANDA (1962)
KENIA (1963)
TOGO (1960)
GABÓN (1960)
REP. DEM. DEL CONGO (1960)
RUANDA (1962)
BURUNDI (1962)
SEYCHELLES (1976)
BENÍN (1960)
TANZANIA (1961)
ZANZÍBAR (1963)
IS. SANTO TOMÉ Y PRÍNCIPE (1975)
COMORES (1975)
ANGOLA (1975)
MALAUI (1964)
ZAMBIA (1964)
MOZAMBIQUE (1975)
GUINEA ECUATORIAL (1968)
REP. DEL CONGO (1960)
NAMIBIA (1990)
ZIMBABUE (1965, 1980)
MADAGASCAR (1960)
MAURICIO (1968)
I. Reunión (Fr)
BOTSUANA (1966)
SUAZILANDIA (1968)
LESOTO (1966)
SUDÁFRICA (1910)
I N D O N E S I A (1949)
PAPÚA NUEVA GUINEA (1975)
TIMOR ORIENTAL (1975)
0
1000
2000 km.

Conceptos clave

Personaje

Batalla

Concepto

Escenario

Aculturación

Proceso mediante el cual un pueblo es obligado a modificar su cultura.

Apartheid

Sistema político implantado en Sudáfrica en 1948. Aunque oficialmente se definía como «desarrollo por separado», se basaba en la discriminación a todos los niveles de la población africana.

Áscari

Soldado de un territorio colonizado al servicio del ejército colonial.

Batalla de Dien Bien Phu

La batalla de Dien Bien Phu (1954) supuso la mayor derrota francesa en la guerra de Indochina y provocó la retirada de este país de Vietnam.

Bóers (o afrikáners)

Población sudafricana de origen holandés y hugonote.

Bóxers

Miembros de la secta de Puños Rectos y Armoniosos, un grupo nacionalista chino que se sublevó en 1899 contra las injerencias políticas, religiosas y comerciales occidentales.

Colonia de explotación

Colonia que es explotada económicamente por los habitantes autóctonos o de otros territorios coloniales (en contraposición a las colonias de poblamiento).

Colonia de poblamiento

Colonia que es explotada económicamente por habitantes llevados de la metrópolis (se las llama así en contraposición a las colonias de explotación).

Comunidad Franco-Africana

Entidad política que agrupaba a Francia y sus colonias africanas. Se creó en 1958 y pretendía establecer un régimen federal. Desapareció en 1960 al independizarse de Francia todos los países miembros.

Diglosia

Convivencia entre dos o más lenguas en un régimen de desigualdad legal o de prestigio.

Etnocentrismo

Creencia en la superioridad de la propia cultura respecto a las otras.

Etnocidio

Política encaminada a suprimir la cultura de un grupo humano.

Genocidio

Política encaminada a exterminar a un grupo humano por su pertenencia étnica, religiosa o racial.

Guerras anglo-bóers

La Primera Guerra Anglo-Bóer tuvo lugar entre 1880 y 1881, por las presiones británicas sobre la zona; los bóers consiguieron en ese caso la retirada de Gran Bretaña. Pero, tras el descubrimiento en 1886 de ricos yacimientos de oro y diamantes en territorios bóers, Gran Bretaña decidió apoderarse de ellos y se desencadenó la Segunda Guerra Bóer, que se libró entre 1899 y 1902 y finalizó con la extinción de las dos repúblicas independientes que los bóers habían creado.

Guerras de liberación nacional

Combate emprendido por un grupo nacionalista para acabar con la dominación colonial.

Leopoldo II de Bélgica (1865-1909)

El que fuera segundo rey de los belgas fundó y explotó el Estado Libre del Congo como si se tratara de una propiedad privada. Amasó una gran fortuna a través de la explotación de este territorio y de sus habitantes, hasta que las voces críticas con sus desmanes en África lo obligaron a ceder al Parlamento belga, a cambio de una cuantiosa indemnización, el control del Congo.

Mandato

Territorio cedido por la Sociedad de Naciones o por la ONU a una potencia colonial para su administración provisional.

Mise en valeur

Política de inversión masiva de un Estado en sus colonias, con el objetivo de recuperar los gastos a medio o largo plazo.

Protectorado

Territorio que mantiene sus estructuras políticas precoloniales, pero que depende de una metrópolis en lo relativo a defensa, asuntos exteriores u otros aspectos.

CRONOLOGÍA

Colonialismo e imperialismo

1764. Bengala queda en manos de la Compañía Británica de las Indias Orientales.

1788. Fundación de una colonia penal británica en la bahía de Botany, Australia.

1819. Ocupación británica de Singapur.

1825-1830. Guerra de Java, entre los holandeses y los autóctonos.

1826. Ocupación británica de Malasia.

1827. Los ingleses se establecen en Banjul, Gambia.

1830. «Crisis del abanico» y conquista francesa de Argelia, territorio otomano.

1842. Por el Tratado de Nankín, el Gobierno chino se ve obligado a hacer concesiones a los británicos.

1845. Inicio de la construcción del canal de Suez.

1848. Conquista francesa de Túnez.

1849. Francia toma posesión de Libreville.

1850. Descubrimiento de oro en Australia y comienzo de la fiebre del oro.

1853. Francia convierte Nueva Caledonia en su colonia.

1854. Tratado de Kanagawa entre Estados Unidos y Japón, por el que este se abre al exterior.

1857. La India pasa a manos de la Corona británica.

1858. Expedición franco-española a la Conchinchina. Inicio de la colonización francesa en Indochina.

1866. Última travesía de un negrero por el Atlántico. Fin de la trata en esa zona.

1867. Rusia vende Alaska a Estados Unidos.

1873. Inicio de la guerra en Aceh (Indonesia) entre holandeses y autóctonos.

1880. Inicio de la «carrera por África» y de la partición del continente.

1884. Conferencia de Berlín. Establecimiento del Estado Libre del Congo. Alemania se anexiona Camerún, Togo y Namibia.

1885. Protectorado alemán en Tanganica.

1886. Anexión de Birmania a la India británica.

1889. Italia se apodera de Eritrea y la Somalia italiana.

1893. Protectorado británico sobre Afganistán.

1894. Enfrentamientos en Corea entre fuerzas chinas y japonesas. Los chinos son derrotados.

1896. Derrota italiana en Adua, Etiopía.

1898. Inicio de la revuelta antieuropea de los bóxers en China. España pierde Filipinas en la guerra hispano-americana.

1900. Hawái es anexionado a Estados Unidos.

1901. Creación de la Commonwealth de Australia.

1902. Derrota bóer frente a los ingleses en la Segunda Guerra Bóer.

1904. Genocidio de los hereros del África del Sudoeste Alemana.

1904-1905. Guerra ruso-japonesa por el control de Extremo Oriente con victoria japonesa.

1908. Leopoldo II cede el Congo a Bélgica a cambio de una indemnización.

1911. Italia conquista Cirenaica y Tripolitania en la guerra italo-turca.

1912. Instauración del protectorado hispano-francés sobre Marruecos.

1916. Tratado Sykes-Picot, por el que Francia e Inglaterra se dividen sus zonas de influencia en Oriente Próximo.

1917. Declaración Balfour, por la que el Reino Unido se compromete a favorecer la creación del Estado judío.

1918. Independencia de Armenia, Georgia y Azerbaiyán de la URSS, frustrada posteriormente por el Ejército Rojo.

1919. Independencia de Afganistán.

1927. Se completa la conquista del protectorado español de Marruecos, iniciada en 1909.

1931. Conquista japonesa de Manchuria y establecimiento allí de un Gobierno títere.

1936. Conquista italiana de Etiopía.

1943. La Francia Libre reconoce la independencia de Líbano.

1944. De Gaulle promete más autogobierno a los africanos en la Conferencia de Brazzaville.

1945. Independencia unilateral de Indonesia.

1947. Insurrección anticolonial en Madagascar.

1948. Creación del Estado de Israel. Independencia de la India y de Birmania. Instauración del *apartheid* en Sudáfrica.

1951. Libia se convierte en un reino independiente.

1952. Golpe de Estado de los oficiales libres que acaba con el dominio inglés en Egipto.

1954. Francia pierde sus últimos enclaves en la India. Descolonización de Indochina.

1956. Independencia de Marruecos y Túnez. Independencia de Ghana.

1958. Referéndum en el África negra francesa sobre la permanencia en la Comunidad Franco-Africana: en todas las colonias gana el sí, excepto en Guinea.

1959. Matanza de tutsis en Ruanda.

1960. Año de África. Diecisiete países africanos acceden a su independencia. Sudáfrica rompe sus vínculos con el Reino Unido.

1962. Independencia de Argelia.

1968. Descolonización española de Guinea Ecuatorial.

1974. La Revolución de los Claveles en Portugal abre paso a la descolonización de las colonias portuguesas.

1975. España cede el Sahara a Marruecos y Mauritania.

1977. Independencia de Yibuti.

Mundo

1815. Finaliza el Congreso de Viena.

1823. En Estados Unidos, Monroe pronuncia la frase «América para los americanos» y sienta doctrina.

1824. Batalla de Ayacucho, fin de las guerras de independencia en la América hispana.

1830. Revolución de Julio, Francia.

1838. Gran Bretaña abole la esclavitud en todos sus dominios.

1848. Año de las revoluciones liberales.

1861. Unificación nacional de Italia, salvo Roma.

1864-1871. Unificación alemana. Se forma el Imperio alemán.

1865. Fin de la guerra de Secesión en Estados Unidos.

1871. La Comuna de París.

1876. Batalla de Little Bighorn, en Estados Unidos. Muerte del general G. A. Custer frente a los siux de Caballo Loco.

1884. Conferencia Internacional del Meridiano en Washington.

1899. Se inicia la Guerra de los Mil Días en Colombia.

1900. Se crea el Tribunal Internacional de La Haya.

1904. Entente cordial franco-británica.

1905. Revolución rusa.

1914-1918. Primera Guerra Mundial.

1917. Revolución rusa.

1922. Stalin, secretario general del Partido Comunista soviético.

1933. Hitler sube al poder.

1939-1945. Segunda Guerra Mundial. Holocausto.

1947. Doctrina Truman.

1950. Inicio de la guerra de Corea.

1955. Firma del Pacto de Varsovia.

1963. Movimiento pro derechos civiles de Martin Luther King.

1968. Acontecimientos de Mayo en Francia.

Sobre el autor

GUSTAU NERÍN

Actualmente es profesor de Historia de África en la Universidad de Barcelona y ha enseñado en diversas universidades de Guinea Ecuatorial, Cataluña, Francia y Brasil. Se ha especializado en el estudio del colonialismo español en el continente africano y de la memoria del tráfico de esclavos. Entre sus libros cabe destacar *Guinea Ecuatorial, historia en blanco y negro* (1998), *El imperio que nunca existió* (2001), *La guerra que vino de África* (2005), *Un guardia civil en la selva* (2008), *La última selva de España* (2010), *Corisco y el estuario del Muni (1470-1931)* (2015) y *Traficants d'ànimes* (2015).